
HARLEQUIN
Jazmín
NIÑOS Y EMBARAZOS
Rebecca Winters
Los secretos del conde

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LOS SECRETOS DEL CONDE, N.º 2535 - diciembre 2013
Título original: The Count's Christmas Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3900-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

–Pat, soy yo.

–¿Dónde estás?

–En el Grand Savoia, comiendo en mi habitación. Tenías razón: es un sitio encantador con todos los servicios. Gracias por organizármelo.

–De nada. ¿Qué tal va mi precioso sobrinito?

–Se está echando otra siesta, gracias a Dios. Así he podido seguir donde lo dejé anoche.

–Ya podías haberme llamado antes de acostarte para contarme qué tal iban las cosas. Era poca cosa saber que habías llegado a Génova. Me pasé el día esperando saber de ti.

–Lo siento. Nada más llegar al hotel comencé la búsqueda, pero la guía telefónica no tenía la información que yo buscaba, y hablé con recepción. Me pusieron con un directivo de una de las principales compañías de telefonía que hablaba inglés y me ayudó de mil amores.

–¿Por qué?

A pesar de la seriedad del asunto, la desconfianza de su hermana la hizo reír.

–Era una mujer, así que no es que haya ligado. Cuando le conté mi problema fue la mar de amable e intentó ayudarme, pero cuando colgamos estaba demasiado cansada para llamarte.

–No pasa nada. ¿Y qué vas a hacer ahora?

–Ella me sugirió que llamase a la comisaría de policía, y me dio el número del departamento de asistencia en viaje. Me dijo que encontraría a alguien de guardia que hablase inglés. Están acostumbrados a recibir llamadas de extranjeros que se pierden o que tienen cualquier clase de problema, y que me ayudarían. En cuanto cuelgue contigo, llamo.

–¿Y si tampoco consigues nada?

–Tomaré el primer vuelo que salga por la mañana como habíamos pensado y no volveré a darle más vueltas.

–Más te vale que sea así porque, si quieres que te diga la verdad,

yo creo que has llegado a un callejón sin salida. A veces es mejor no saber, porque lo que desconocemos no puede hacernos daño.

–¿Qué quieres decir?

–Pues lo que he dicho. Podría ser que te estuvieras metiendo en algo que hubieras preferido evitar. No todo el mundo es tan bueno e inocente como tú, Sami, y no quiero que te hagan daño.

–No estarás teniendo una de tus premoniciones, ¿verdad?

–No, pero no puedo evitar sentirme inquieta.

Pat parecía convencida de que había ido a Italia para no llegar a ninguna parte, y quizás tuviera razón.

–Si no lo encuentro en Génova, tomaré el primer avión que me lleve de vuelta a casa.

–Que así sea. Perdóname si no te deseo buena suerte. Esta noche llámame antes de acostarte, sea la hora que sea, ¿vale?

–De acuerdo. Un beso.

–Otro para ti.

Sami colgó. ¿Tendría razón su hermana? Quizás no debería estar buscando al abuelo de su hijo. Si lo encontraba, se llevaría tal sorpresa al saberse abuelo que podía poner patas arriba su mundo, puede que incluso le afectase a la salud. Hasta cabía la posibilidad de que su encuentro fuera tan desagradable que le hiciera desear no haber salido de casa.

Y eso era lo que le preocupaba a su hermana.

Bueno, a ella también, la verdad. Pero ya que había llegado tan lejos, tenía que recorrer todo el camino. El hombre que contestó el teléfono cambió inmediatamente al inglés en cuanto la oyó hablar.

–¿Hablo con el departamento de asistencia en viaje?

–Sí.

–Necesito de su ayuda.

–¿De qué se trata?

Sami respiró hondo.

–Estoy intentando encontrar a un hombre llamado Alberto Degenoli que se supone vive en Génova, pero su número no aparece en la guía. He venido desde Estados Unidos para buscarlo, y he pensado que quizás usted…

Pero no siguió hablando porque el hombre que creía que la estaba escuchando pasó a hablar con otra persona en un italiano endiabladamente rápido. Pronto hubo una tercera voz. Su conversación se desarrolló durante otro minuto antes de que el primer hombre volviese a dirigirse a ella.

–¿Puede deletrearme el nombre?

Sami lo hizo y de nuevo otra ráfaga de italiano ininteligible sirvió de telón de fondo.

–Vaya usted a la comisaría de policía y pregunte por el comisario Coretti.

«¿Comisario?».

–¿Ahora?

–Ahora, claro –dijo el hombre, y colgó.

Aquellos modales al teléfono le hicieron parpadear varias veces, pero al menos la había atendido.

A continuación llamó a recepción y pidió que le enviasen a la niñera del hotel. Sami se había entrevistado con ella el día anterior. Era enfermera titulada y su impresión había sido buena, y mientras esperaba a que llegase, se retocó un poco el maquillaje y se puso la chaqueta del traje.

Solo cuatro personas tenían el número de móvil del conde Alberto Enrico Degenoli, de modo que cuando el teléfono sonó, Ric dio por sentado que sería su prometida, Eliana, quien llamaba para intentar disuadirle una vez más de que no emprendiera el viaje de negocios que tenía previsto para dentro de unos minutos. Al fin y al cabo, era la niña mimada de su padre.

Ahora que Ric estaba a punto de convertirse en el yerno de uno de los industriales más acaudalados de toda Italia, el padre de su prometida esperaba controlar toda su vida. Pero él aún tenía un asunto de negocios de capital importancia que tratar en Chipre del que nadie sabía nada, y debía cerrarlo antes de la boda.

El amor no intervenía en aquel matrimonio y Eliana lo sabía. Era una pura cuestión de intereses económicos. No obstante, una vez el sacerdote impartiera sus bendiciones, Ric tenía pensado interpretar su papel para que el matrimonio funcionase. Pero hasta Nochebuena, su tiempo y sus negocios eran su única preocupación y su futuro suegro no podía hacer nada para cambiar eso.

Cuando apartó la mirada de la pantalla del ordenador para ver quién le llamaba, descubrió que se trataba de su secretario personal, que lo llamaba desde el *palazzo*.

Pulsó la tecla.

–¿Mario?

–Disculpe la interrupción, Excelencia –Mario llevaba al servicio

de la familia Degenoli como secretario personal treinta y cinco años, pero era un hombre chapado a la antigua que insistía en ser todo lo formal posible con Ric ahora que había heredado el título–. El comisario de policía Coretti acaba de llamar al palacio para hablar con usted. Dice que se trata de un asunto extremadamente urgente, pero se ha negado a darme los detalles. Me ha pedido que le diga que lo llame a su número personal.

Aquello debía de haber irritado bastante a Mario, que tenía acceso a todos los detalles de la vida de Ric. Sinceramente, aquel secretismo también lo alarmó a él, ya que semejante llamada solo podía acarrear más tragedias y sufrimientos para su familia, y de eso habían tenido lo bastante como para llenar varias vidas.

–Dame el número.

Lo anotó, dio las gracias a Mario y marcó.

–¿*Signor* Coretti? Soy Enrico Degenoli. ¿En qué puedo ayudarle?

No había vuelto a hablar con el comisario desde el funeral de su padre, muerto en una avalancha en el mes de enero. El comisario figuraba entre los dignatarios de Génova que habían recibido al avión en cuya bodega viajaba el cadáver de su padre. El recuerdo de lo que había ocurrido aquel fin de semana en Austria siempre perseguiría a Ric, además de haber cambiado el curso de su vida.

–Discúlpeme por interrumpirle, pero hay una mujer norteamericana muy atractiva que acaba de llegar de Estados Unidos y que busca a Alberto Degenoli de Génova.

En un principio le dio un vuelco el corazón, pero tan pronto se le aceleró como se le paralizó. Si esa mujer lo buscase a él, le habría dicho al comisario que quería encontrar a un hombre llamado Ric Degenoli.

Él y su padre tenían el mismo nombre, pero a su padre lo conocían por Alberto y a él por Enrico. Solo su familia lo llamaba Ric… ellos, y la mujer que había quedado atrapada con él en la avalancha.

–¿Sabe que mi padre ha fallecido?

–Si lo sabe, no lo ha dicho. Para serle sincero, tengo la impresión de que ha venido de pesca, ya me entiende –Coretti carraspeó–. Me ha pedido que le encuentre porque dice que es un asunto de vida o muerte –añadió en voz baja.

«¿Qué?».

–Dado el secretismo con el que me lo ha contado, me ha parecido lo más conveniente hablar antes con usted.

Que lo que aquella mujer tuviera que decir fuese de naturaleza delicada lo alarmó de un modo distinto, haciéndole levantarse de golpe de su sillón de cuero. Hasta el momento había hecho cuanto había estado a su alcance para proteger a su familia del escándalo.

Desgraciadamente, no había podido controlar el pasado de su padre. Aunque Ric fuese un Degenoli, su padre y él habían tenido diferencias en asuntos fundamentales; incluso en el hecho de que no se pareciese a él, sino a su madre, por lo que nadie que no los conociera bien podría decir que eran padre e hijo.

Una de las mayores preocupaciones de Ric había sido que la debilidad de su padre por las mujeres lo afectase a él de un modo imprevisible. Estando su boda a la vuelta de la esquina, el día de Año Nuevo, era imperativo que nada pudiera salir mal a aquellas alturas. Se jugaba demasiado.

Su padre llevaba muerto menos de un año, y no era un secreto que había estado con varias mujeres después de la inesperada y repentina muerte de su madre por culpa de una neumonía dieciséis meses antes. Recordaba perfectamente oírle decir que aunque su padre no tuviera un céntimo seguiría ejerciendo una poderosa atracción sobre las mujeres, y ella siempre había disculpado sus escarceos.

Él no podía ser tan generoso. Si la mujer que esperaba en el despacho de Coretti creía que podía chantajear a la familia o reclamar algún derecho sobre la herencia de su padre, era que todavía no lo conocía bien.

–¿Cómo se llama?

–Christine Argyle.

El nombre no le decía nada.

–¿Está casada o soltera?

–No lo sé. En su pasaporte no lo indica, pero no lleva alianza. Llamó al departamento de asistencia en viaje y ellos me la pasaron a mí. En un principio pensé que lo que se traía entre manos era un tejemaneje inventado para acercarse a la familia, pero no ha dado marcha atrás, y dado que tiene que ver con su padre, me ha parecido que lo mejor era llamarle y conocer su opinión antes de decirle que no puedo ayudarla y pedirle que se marche.

–Gracias por manejar la situación con tanta diplomacia –le contestó Ric sin darle ninguna inflexión a su voz, pero la rabia le ardía bajo la superficie. Ir directamente a la comisaría y llamar desde allí su atención era una buena jugada, y no habría corrido ese

riesgo a menos que tuviese algo de su padre que la familia no querría que se hiciera público. Qué conveniente. Qué predecible.

Seguramente, habría conocido a Alberto en alguna fiesta de negocios del otoño pasado, cuando su padre tomó la determinación de dejar de estar de luto por su esposa. En la mayoría de los casos en esas fiestas se organizaban partidas privadas que se celebraban a bordo de los yates de lujo anclados en el puerto sobre los que la policía no tenía jurisdicción.

Habría un jugoso abanico de mujeres disponibles, incluidas norteamericanas con ínfulas de actriz, dispuestas a complacer cualquier apetito. Pero sería catastrófico que la última aventura de su padre no se pudiera acallar y que resultase vergonzante para la familia, moral y económicamente.

¡No, si él podía evitarlo!

Si se filtraba algún detalle a la prensa podría afectar a sus futuros planes de modo insospechado. Antes de la boda las negociaciones en Chipre tenían que ir como estaba previsto para salvaguardar la herencia de su madre con el fin de que su suegro no pudiese echarle el guante de ningún modo, y no estaba dispuesto a permitir que algo se interpusiera en su camino.

–*Per favore*... reténgala en su despacho hasta que yo llegue. Y, por favor, no utilice mi título delante de ella. Preséntame solo como el *signor* Alberto Degenoli y yo seguiré a partir de ahí.

Aquella mujer no se habría liado con su padre de no haber estado su título de por medio, pero estaba dispuesto a seguirle el juego hasta lograr destapar sus propósitos.

–Entendido. Ha salido un momento, pero volverá a mi despacho en un instante. Le diré que no tardará usted en venir.

Los pensamientos le iban a toda velocidad.

–No le diga nada de esto a nadie.

–No estará usted cuestionando mi lealtad a la casa de los Degenoli...

–De ningún modo –murmuró Ric, pasándose una mano por el pelo, y se volvió a mirar por la ventana de la Degenoli Shipping Lines. Desde hacía más de ciento cincuenta años, su familia había disfrutado de la magnífica vista del puerto de Génova que se tenía desde allí; Génova, la ciudad portuaria más importante de Italia–. Perdóneme, pero en cuanto alguien pretende tocarme a la familia...

–Lo comprendo. Ya sabe que puede confiar en mi discreción.

–*Grazie* –se despidió, y colgó.

Pasara lo que pasase, no iba a permitir que una palabra de lo sucedido llegase a oídos de sus hermanos. Claudia y Vito ya llevaban bastante a sus espaldas y no tenían por qué cargar con nada más, menos aún a una semana de Navidad. Era absolutamente necesario que aquello se mantuviera en el más estricto secreto.

Pidió a su chófer que lo esperara en el callejón lateral, indicó a los de seguridad que los siguieran y salió de la oficina con sus guardaespaldas. Tenía que ocuparse de aquel asunto de inmediato, antes de salir para el aeropuerto.

Por segunda vez en un día, Sami pagó al conductor del taxi delante de la comisaría central de Génova sin poder evitar los temblores. El comisario le había dicho que su personal había encontrado el teléfono de la persona que buscaba y que había contactado con él.

¡Era un milagro! Después de haber estado buscando a Alberto Degenoli sin éxito, casi había perdido la esperanza.

No podía saber qué iba a resultar de su encuentro, pero tenía que pasar por ello por el bien de su hijo. Su existencia iba a ser una sorpresa mayúscula para el señor Degenoli, pero su hijo se merecía tener la posibilidad de saber algo de su familia paterna.

Por supuesto, era demasiado pequeño para saber nada de nada, y dependía de ella que se sentaran las bases para su futuro, si es que el señor Degenoli quería que hubiese relación entre ellos. Si no, volvería a Reno y lo criaría sin sentirse culpable por no haber hecho cuanto estuviera en su mano para unirlos.

Al dejar atrás las puertas, su primer pensamiento fue que la comisaría estaba tan ajetreada a las cuatro de la tarde como lo había estado más temprano. Además de los agentes y la gente variopinta que estaba allí, el humo del tabaco lo llenaba todo, y sintió picor en los ojos y en la nariz. Había un pequeño nacimiento colocado en una mesa a la entrada, lo que le recordó el poco tiempo que quedaba para Navidad y lo poco que había hecho aún para prepararla. Pero la razón por la que había abandonado Reno era mucho más importante para ella.

Dado que ya había estado antes en la comisaría sabía adónde dirigirse, y cuando echó a andar, un hombre la rebasó con paso rápido y giró en una esquina al fondo del vestíbulo. Era alto y vestía con elegancia, con traje y corbata. Debía de rondar los treinta años,

y desprendía un aire de poder y autoridad del que no parecía consciente, pero que resultaba tan natural en él como respirar.

Sami pasó junto a varios agentes que la miraron desde su perspectiva de hombres y no de policías antes de girar en la esquina y entrar en la zona de recepción del comisario. A excepción del secretario con el que ya había hablado antes, la zona estaba vacía. ¿Dónde estaría el otro hombre?

Se sentó y vio que el secretario descolgaba el teléfono, seguramente para avisar a su jefe de que había llegado. Colgó y la invitó a pasar y ella, tras quitarse unos cuantos pelos rubios del traje de chaqueta, le dio las gracias y abrió la puerta del despacho.

El extraño que había pasado junto a ella en el vestíbulo se hallaba de pie hablando con el comisario. Si estaba ocupado, ¿por qué le había hecho pasar su secretario?

De un vistazo reconoció el físico poderoso y atlético del hombre del traje. Unas finas arrugas de expresión partían de sus ojos y de su boca. Quizás estuviera equivocada, pero bajo unas cejas densas y oscuras, sus ojos también oscuros la miraron con hostilidad, una reacción que no estaba acostumbrada a suscitar en el otro sexo.

Sami era de mediana estatura, de modo que tenía que levantar la cara para mirarlo. Tenía una belleza muy masculina que la hipnotizaba, en particular el cabello negro como la noche que llevaba peinado hacia atrás, lo cual realzaba sus facciones mediterráneas y su perfecta piel aceitunada...

El comisario hablaba un inglés con un fuerte acento, y fue su voz lo que le hizo apartar la atención del desconocido.

–*Signorina*, permítame presentarle al *signor* Alberto Degenoli.

Sami se desinfló. «Este no es el hombre que yo busco». Quizás fuera un pariente.

–¿Cómo está usted? –musitó, estrechándole la mano que él le ofrecía. Su apretón era firme y fuerte, como su persona.

–¿Cómo está usted, *signorina*?

Tenía un inglés impecable, sin rastro de acento, pero fue su voz profunda lo que le produjo un estremecimiento, una especie de eco del pasado. Podía estar equivocada, pero tuvo la impresión de haber oído ya ese timbre de voz.

Qué tontería, si no se conocían.

–Se ha quedado pálida, *signorina*. ¿Se encuentra bien?

–Sí, sí... –se sujetó al respaldo de la silla que encontró más cerca–. Yo... es que usted no es la persona que venía buscando y me

he desilusionado –balbució, antes de volver a mirarlo–. Tiene su mismo nombre, pero… pero es usted demasiado joven. Obviamente, debe de haber más de un Alberto Degenoli en Génova.

–No. No hay nadie más –Ric negó con la cabeza.

–¿Solo usted?

–Exacto.

–Quizás entendió usted mal la ciudad y se trata de Ginebra, en Suiza, *signorina* –comentó el comisario–. Muchos norteamericanos se equivocan, dado el parecido.

Ella frunció el ceño.

–Es posible. El señor Degenoli se dedica a los fletes marítimos.

–Como tantos otros en Ginebra.

–Pero es que es italiano.

–Son miles los italianos que viven en Suiza.

–Sí, lo sé –quizás las diferencias de pronunciación habían provocado la confusión. Qué raro. Tanto tiempo…–. Gracias por la sugerencia –miró al señor Degenoli–. Siento mucho haberle hecho venir hasta aquí para nada. Los he incomodado a ambos. Discúlpenme, por favor.

–Si nos diera una descripción más clara de la persona que busca quizás…

–Bueno, debe de rondar los sesenta años, aunque no lo sé con exactitud. Me siento fatal por haberlos molestado. Gracias por venir tan rápido –miró al comisario Coretti–. Perdóneme por haberle robado su tiempo. Ha sido usted muy amable. Me marcho. No quiero importunarles más.

Coretti la miró fijamente.

–Parecía estar desesperada cuando acudió a mí, *signorina*. Mejor la dejo con este caballero al que ha hecho venir para que se conozcan mejor y puedan tratar de sus… asuntos.

«¿Asuntos?».

–¿Qué quiere decir?

–No creo que sea usted tan inocente como quiere hacernos creer, ¿verdad?

Aquella grosera sugerencia la molestó, y sintió que se le teñían las mejillas de rojo.

–Obviamente, ha malinterpretado usted mis motivos, pero se equivoca si está pensando que yo…

En ese momento no le hizo ni pizca de gracia pensar en quedarse sola con aquel desconocido que tanto la intimidaba con su

forma de mirarla.

–No he encontrado a la persona que estoy buscando, de modo que seguir con esto no tiene sentido. Siento mucho las molestias que les he causado.

El comisario Coretti sonrió de un modo desagradable.

–¿Qué ocurre, *signorina*? Me dijo usted que era un asunto de vida o muerte.

–Y lo es –respondió ella. Le temblaba la voz.

–¡Pues explíquenoslo!

–Sé que he sido muy reservada al respecto, pero estoy intentando hacer mis pesquisas del modo más discreto posible por el bien de las partes implicadas. Cuando ayer me quedé sin resultados en mis otras pesquisas, acudí a usted en busca de respuestas con la esperanza de no perjudicar a nadie con ello. Pero el hecho es que el hombre al que busco es de cierta edad. Podría incluso tener setenta años.

El tiempo pareció quedar suspendido mientras el señor Degenoli la atravesaba con sus ojos negros como la noche.

–*Signor* Coretti, ¿sería tan amable de dejarnos solos un momento?

–Por supuesto.

Cuando el comisario salió, el despacho se quedó más silencioso que una tumba, si exceptuaba el latido de su corazón. No le sorprendería que aquel desconocido lo estuviese oyendo también.

–Creo que ya ha sido incluso demasiado reservada. Me gustaría ver su pasaporte.

Aquel hombre parecía sentir curiosidad por ella, y en aquel momento quedó completamente convencida de haber oído antes esa voz, pero ¿dónde? Había estado en Europa un año antes, pero no había visitado Italia.

Mientras rebuscaba en el bolso trataba de recordar, y él seguía allí plantado, más grande que la vida misma y con un aire de autoridad que intimidaba más que el de cualquier comisario. Le entregó su pasaporte, él lo leyó y se lo devolvió.

–No la conozco –le dijo, y en sus ojos brillaba la ira–. El Alberto Degenoli que creo que busca ya no vive, pero supongo que eso ya lo sabe usted. ¿Se conocían bien?

Ah, ahora entendía lo que había dicho el comisario antes de sus «asuntos». Ambos habían dado por sentado que había mantenido una relación con el hombre que buscaba.

–Yo no lo conocía –respondió, irguiéndose–. De hecho, no nos habíamos visto nunca, pero esperaba poder hacerlo.

Qué triste resultaba haber viajado hasta Italia para nada.

–¿Y qué significaba ese hombre para usted?

Ella respiró hondo.

–Dado que está muerto, nada.

–¿Cómo se enteró de su existencia?

Sami había oído hablar de él por boca de su hijo, pero él también estaba muerto. Si aquel hombre era el único Degenoli vivo en Génova, lo que había dicho el comisario sería cierto casi con toda probabilidad. Tendría que tomar un avión a Ginebra para seguir con su búsqueda allí antes de volver a casa.

–Ya no importa –intentó tragar, pero su garganta se negaba–. Perdóneme por haberle molestado.

Dio media vuelta y salió.

Cuando llegaba ya a la puerta de la comisaría, cayó de pronto en la cuenta de qué era lo que había estado inquietándola: aquel hombre tenía la misma voz que el fallecido padre de su hijo. Por eso le había resultado tan turbador.

Pero su voz carecía del matiz tierno y cariñoso que impregnaba la del padre de su hijo. Su tono y sus modales parecían acusarla de algo, y después de sentir un estremecimiento se subió al primer taxi que aguardaba en la parada que había frente a la comisaría.

Ric solo había podido ver durante un segundo aquellos ojos verdes llenos de lágrimas antes de que su dueña saliera a toda prisa del despacho de Coretti. ¿Sería posible que existieran dos norteamericanas que hablaran de un modo tan parecido? Seguramente la coincidencia sería posible, ya que no había visto a aquella mujer en su vida.

Durante meses había estado buscando a la mujer que había quedado atrapada con él en la nieve; había albergado la esperanza de que ella fuese a buscarlo, pero cuando llegó el verano concluyó que debía de haber muerto en esa avalancha.

Cerró los ojos un instante para recordar cómo había temblado la voz de aquella mujer y por mucho que le pesara admitirlo parte de su ser estaba convencido de que la emoción era auténtica. Su belleza clásica de rubia de piel pálida contrastaba enormemente con las mujeres morenas de su país y le había afectado más de lo que le

gustaría reconocer.

Pero por buena que hubiera sido su actuación, Ric estaba convencido de que la *signorina* Argyle le había mentido, o, al menos, no le había dicho toda la verdad, y estaba decidido a desvelar su secreto, fuera el que fuese.

Dejándose llevar por la adrenalina, llamó a Carlo, su jefe de seguridad, y le pidió que siguiera a la norteamericana rubia que salía de la comisaría. Quería saber exactamente adónde se dirigía para poder concertar un encuentro privado con ella.

Aquel no había sido el momento de abordarla. La conversación que pretendía que tuvieran debía desarrollarse en un lugar en el que estuviera garantizada la confidencialidad, en el que nadie pudiese aparecer de pronto y descubrirlos.

Subió a su limusina. En cuestión de minutos supo que se hospedaba en el Grand Savoia, uno de los mejores, si no el mejor, hoteles de Génova. Era caro durante todo el año, pero en particular en época de vacaciones. Le pidió al chófer que lo llevase allí. Carlo le había indicado que la encontraría en el tercer piso, a la derecha según se salía del ascensor, en la cuarta puerta a mano izquierda.

No tardaron en detener la limusina ante la puerta y Ric entró en el hotel. Había tomado la decisión de pillarla por sorpresa, de modo que descartó la posibilidad de llamarla desde recepción y tomó la escalera para llegar a su piso, subiendo los escalones de dos en dos. Cuando llegó ante su puerta llamó con fuerza para estar seguro de que le oía.

–¿*Signorina* Argyle? Soy el *signor* Degenoli. Tenemos que hablar –no obtuvo respuesta. Mejor probar con otra táctica–. ¿Por qué quería localizar a Alberto? Me gustaría ayudarla si es posible.

Carlo le había dicho que había entrado en la habitación y que no había vuelto a salir, pero podía estarse duchando. Dejó pasar otro minuto y volvió a llamar.

–*¿Signorina?*

Unos segundos después, la puerta se entreabrió solo lo que permitía la cadena. Vio esos ojos verdes mirarle consternados, pero los tenía bordeados de rojo. Debía de haber estado llorando. Eso sí parecía auténtico.

El cabello dorado que le rozaba los hombros brillaba a la luz del pasillo. Ya no llevaba la chaqueta del traje. Por lo que podía ver, una figura de marcadas curvas se ocultaba tras aquella blusa blanca de seda metida por dentro de la falda azul marino. Cada centímetro

de aquel cuerpo le atraía poderosamente.

–No me había dado cuenta de que el comisario me había puesto vigilancia.

La forma natural de su boca denotaba una sensualidad en la que no había reparado en comisaría, pero en aquel momento tenía apretados los labios. Se aferraba con fuerza a la puerta, como si no confiase del todo en que no fuera a echarla abajo.

Ric se apoyó en la pared.

–No le culpe a él. Ha sido cosa mía. Le he pedido a uno de mis hombres que la tuviese vigilada hasta que yo pudiera hablar con usted.

–¿Sus hombres?

–Mis guardaespaldas. Si me permite pasar, se lo explicaré encantado.

Ella frunció el ceño.

–Lo siento, señor Degenoli, pero como le dije antes en la comisaría, no hay nada más que hablar y tengo otros planes.

–Yo también –de hecho, se le estaba haciendo tarde para salir hacia Chipre–, pero no hemos concluido nuestro asunto –declaró, molesto por no poder evitar preguntarse cuáles serían esos planes. Le molestaba ser consciente de la atracción tan intensa que estaba ejerciendo sobre él aquella desconocida. Su interés por ella no tenía sentido, pero el sonido de su voz y su modo de hablar seguía jugando con sus sentidos.

–Se lo ruego, créame cuando le digo que lamento mucho que haya tenido que ir a la comisaría para nada. Si quiere que le pague por los inconvenientes, puedo darle cincuenta dólares para la gasolina que ha gastado. Es todo lo que puedo permitirme.

Si eso era cierto, había escogido un hotel demasiado caro.

–No quiero su dinero. Para serle sincero, sé que cuando se marchó de la comisaría estaba muy alterada –ladeó la cabeza–. Está claro que ha llorado. Ahora que no tenemos al comisario de testigo, puede hablarme con libertad.

–Seguramente podría, pero no tiene sentido –Sami se secó los ojos con el dorso de la mano–. He llegado al final de mi búsqueda. Ahora tengo que decir adiós.

A Ric ya no le quedaba ninguna duda de que le estaba ocultando algo vital, y metió el pie entre la puerta y el marco para que no cerrase.

–No hasta que yo no tenga algunas respuestas. Por ejemplo…

No pudo seguir porque oyó gritar a un bebé. «¡Lo sabía!».

–No tan deprisa –se apoyó en la puerta–. ¿De quién es ese niño?

–Mío.

–¿Y de Alberto?

En lo único que podía pensar era en que su padre había hecho el amor con aquella mujer y que ahora ella se presentaba con el fruto de esa unión, pero ya era demasiado tarde.

–No… –protestó ella.

–Entonces, demuéstremelo.

Capítulo 2

Sami volvió a escuchar mentalmente la advertencia de Pat, una advertencia a la que no había hecho caso.

Aquella situación había tocado fondo y eso era precisamente lo que ella pretendía evitar a toda costa. Pero aquel hombre seguía insistiendo y la había seguido al hotel, y dado que ella lo había empezado todo, si no quería tener que vérselas con el comisario Coretti, lo mejor que podía hacer era dejarle pasar.

Descorrió la cadena y se apresuró a llegar a la cuna. Una vez tomó al bebé en brazos, se lo colocó contra el hombro y le dio un beso.

–Has oído ruido y te has asustado, ¿verdad, tesoro? No te preocupes, que no pasa nada –y mirando al señor Degenoli, añadió–: nuestra visita se va a marchar enseguida.

Aquel italiano tan increíblemente guapo había entrado y cerrado la puerta tras de sí y al verle acercarse a mirar al bebé sintió un escalofrío.

Aquel Degenoli tenía que ser pariente del padre de su hijo. Por eso su voz le había resultado tan familiar. En la comisaría se había mostrado tan fiero como ella a la hora de proteger a las personas y su reputación. Pero con el padre y el hijo muertos, ya no había de qué preocuparse. Lo único que faltaba era responder a sus preguntas y volverse para Reno al día siguiente.

–Discúlpeme mientras lo cambio.

Extendió una toalla sobre la cama y puso al bebé en ella.

–¿Dónde lo ha dejado mientras estaba en comisaría?

Sami desabotonó el trajecito azul del niño.

–Pues aquí, por supuesto. El último lugar al que llevaría a un niño es a ese edificio lleno de humo. Este hotel tiene un servicio de niñeras magnífico –su hermana le había hecho la reserva teniendo eso en cuenta–. Por eso me alojé aquí. Ha estado al cuidado de una enfermera mientras yo iba a comisaría.

No parecía creerla.

–No lo he raptado, si es eso lo que está pensando. Llame a

recepción y pregunte. Ellos le verificarán mi identidad.

Él tenía la mirada puesta en el niño.

–¿Qué tiempo tiene?

Sami usó unas toallitas y las echó en una bolsa. Luego le aplicó polvos de talco y le puso el pañal limpio.

–Dos meses, pero eso a usted debe darle igual. No he podido traerlo a Génova a que conociera a su abuelo hasta ahora.

–Abuelo...

–Sí. ¿Qué es lo que le sorprende tanto? Su abuelo. Me parte el corazón que mi hijo no vaya a conocerlo... ni a él ni a su padre –le tembló la voz.

Besó la cabecita del niño de cabello oscuro. Estaba sonrojado de llorar, pero dejó de protestar lo suficiente para reparar en el extraño que con tanta atención lo miraba.

Le abotonó el trajecito, lo envolvió en su manta y lo tomó de nuevo en brazos.

–Creo que ya es hora de cenar, jovencito.

Sobre la cómoda había un biberón de leche preparado ya y se sentó con él en un sillón para dárselo.

–Su voz me resulta familiar, *signorina*.

Así que ella no era la única que sentía la conexión.

–A mí me pasa lo mismo con usted. Es curioso, ¿no le parece?, teniendo en cuenta que no nos conocemos.

Él frunció el ceño.

–Más que curioso. ¿Ha estado usted en Europa recientemente?

–Hace más de un año que estuve por última vez.

–Me gustaría volver a ver su pasaporte.

–Espere a que le dé primero el biberón al niño.

El pequeñín comía con ganas, pero se había despertado de su siesta antes de tiempo y estaba dispuesto a volver a dormirse. Se lo puso sobre el hombro para que eructase y volvió a dejarlo en la cuna.

Consciente de que los ojos del señor Degenoli la seguían a todas partes, sacó del bolso el pasaporte.

–Por si se lo pregunta, me saqué este pasaporte varios años antes de que naciera mi hijo.

El desconocido estudió las páginas con varios sellos estampados.

–Este último es de enero. Dice que estuvo usted en Austria.

–Así es.

–¿Dónde exactamente?

–En Innsbruck.

Al oírla mencionar ese nombre se quedó pálido.

–¿Por qué esa ciudad?

–Porque mi hermana y su marido tienen una agencia de viajes y yo iba a conocer algunos hoteles de allí. Siempre buscan lugares nuevos que ofrecerles a sus clientes.

El señor Degenoli parecía tan alterado que decidió poner fin a aquella batería de preguntas. Sin dudar, se levantó, tomó el bolso y sacó un sobre marrón.

–Tenga... lo he traído para enseñárselo al abuelo de mi hijo. Ahí lo explica todo.

Él la miró con desconfianza antes de abrirlo y sacar la partida de nacimiento.

–Como puede ver ahí, he llamado Ric a mi hijo por su padre. Ric Argyle Degenoli. Verá, es que Ric y su padre, Alberto, quedaron atrapados en la misma avalancha que también me sepultó a mí en enero –se le quebró la voz–. Supongo que Alberto era pariente suyo. ¿Su tío, quizás?

El hombre permaneció en silencio, lo cual le pareció indicador de que por fin la escuchaba.

–Me había detenido en uno de los hoteles para echarle un vistazo y tomar algo caliente. Estaba a punto de salir de nuevo para ver un poco los alrededores cuando la avalancha se llevó por delante el hotel de tres pisos como si fuera un tren de mercancías. Ric y yo quedamos sepultados vivos durante varias horas. Supe que había muerto antes de que yo perdiese el conocimiento, pero hasta que usted me lo dijo en la comisaría no había sabido que Alberto también había resultado muerto –suspiró con tristeza–. Cuando me desperté en la clínica, di por sentado que el padre de Ric había sobrevivido porque solo un hombre de apellido Degenoli aparecía en la lista de fallecidos. Era Ric, por supuesto. Su padre debió de fallecer más tarde por culpa de las heridas, después de que se hubiera publicado esa lista.

Sami no pudo evitar que las lágrimas le rodaran por las mejillas.

–Fue una pesadilla. Mi hermana vino a buscarme a Innsbruck para llevarme a casa. Seis semanas más tarde me di cuenta de que estaba embarazada. Fue entonces cuando decidí que en algún momento iría a buscar a Alberto para que supiera que tenía un nieto. Pero ahora sé que el viaje ha sido en vano.

El hombre se había quedado sospechosamente callado.

–Mi hermana lo llama Ricky, pero a mí me gusta más la versión italiana. Su padre fue un héroe, y le he puesto su nombre para honrar su memoria.

–¿Un héroe? –preguntó él con voz grave.

–Sí. Algún día, cuando Ric sea lo suficientemente mayor, le contaré lo valiente que fue su padre.

–¿En qué sentido?

–Tendría que haber estado allí para comprenderlo. Ric era increíble. Cuando la nieve nos sepultó, fue él quien impidió que me volviera loca. Es que padezco claustrofobia, y no se imagina lo que fue para mí estar atrapada. No estaría viva de no ser por él. Éramos unos desconocidos atrapados en la misma tumba negra. Nos oíamos el uno al otro, pero no teníamos ni idea de quiénes éramos. Solo sé que estaba a punto de tener un ataque cuando él empezó a hablarme pidiéndome que me relajara; me decía que estaba convencido de que saldríamos de allí si no nos dejábamos llevar por el pánico. Me dijo que de milagro habíamos quedado debajo de unas vigas que estaban soportando el peso de la nieve e impedían que cayera sobre nosotros, lo cual nos ofrecía una bolsa de aire y un poco de espacio para movernos.

»En un principio me dije que debía de haber muerto y que él era un ángel. Cuidó de mí y no permitió que el pánico me desbordara. Pero cuando me abrazó diciéndome que todo iba a salir bien, supe que era mortal. Solo pensaba en protegerme. Al principio sus besos en la mejilla me ayudaron a mantener el terror a raya. Yo se los devolvía porque necesitaba su consuelo. Hablamos un poco. Me contó que venía de una boda a la que había asistido con su padre, Alberto. Yo le conté que estaba de viaje, pero no entramos en detalles. A medida que iba pasando el tiempo y nadie nos socorría, empezamos a comprender que íbamos a morir. En ese momento fue cuando empezamos a buscar el calor y el consuelo el uno en el cuerpo del otro –respiró hondo–. Hicimos el amor. Fue algo tan natural que me pareció casi un sueño. Entonces oí un ruido. Un trozo de madera de la viga se había roto y se le clavó en la cabeza –un sollozo se le atascó en la garganta–. Quedó inconsciente y su sangre nos mojó a los dos. Dejé de notarle el pulso y supe que había muerto. Cuando me desperté en una clínica, lo último que recordaba era haberle visto morir en mis brazos.

»Habíamos quedado sepultados en la más completa oscuridad entre restos de paredes y muebles cuando la avalancha lo destrozó

todo, pero mientras estuvimos juntos, aferrándonos a la vida porque sabíamos que eran nuestros últimos momentos en esta tierra, me sentí más unida a él que a cualquier otro ser humano que haya conocido. Cuando miro a mi hijo, veo a su padre. Mi única esperanza es criarlo para que pueda dar la talla ante el hombre tan maravilloso que le dio el ser. Sé que era un gran hombre porque fue tremendamente generoso frente al terror. En ningún momento pensó en sí mismo, solo en mí. Espero haber contestado a todas sus preguntas con esta explicación, señor Degenoli.

El desconocido no se había movido ni un ápice de donde estaba, y el color de su cara se había vuelto ceniciento. La partida de nacimiento había caído al suelo. Qué raro que no la hubiera recogido...

–Si sigue sin creerme, no sé qué más puedo decirle para convencerle. Ahora me gustaría que me contestara usted a una pregunta: ¿Alberto era su tío?

–No –respondió él con voz cavernosa–. Era mi padre.

–El comisario Coretti me lo presentó como Alberto, pero ese no es su nombre, ¿verdad? Lo hizo para protegerle, ¿no? Lo comprendo.

–Déjeme que se lo explique de otro modo. Mi padre fue bautizado como Alberto Enrico Degenoli, y todo el mundo lo llamaba Alberto. Yo fui bautizado con su mismo nombre, Alberto Enrico Degenoli, pero todo el mundo me llama Enrico. Sin embargo, mi familia me llama... Ric.

Sami se quedó mirándolo sin pestañear y sintió que el mundo perdía todo movimiento.

–Pero... pero tú no puedes... tú no eres ese Ric. ¡Él murió en mis brazos!

–No, Sami –respondió–. Estoy aquí.

Oírle pronunciar así su nombre la impactó de tal modo que tuvo que agarrarse a la cuna con las dos manos. Un gemido se escapó de sus labios.

–¿*Tú* eres Ric? –preguntó, negando con la cabeza–. Yo... no me puedo creer... esto no puede estar pasando. Yo...

La habitación comenzó a darle vueltas y cuando pudo darse cuenta se encontró sentada en la cama junto al hombre que la había dejado embarazada. Se había sentado junto a ella y le sostenía la cara con las dos manos.

–Quédate quieta un momento. Has sufrido un shock.

Se había dirigido a ella en el tono dulce y compasivo que recordaba tan bien, exactamente como lo había hecho durante la avalancha. Con los ojos cerrados podía recordarlo todo, y regresó allí con él en espíritu.

Pero en cuanto volvió a abrir los ojos, vio que tenía ante sí a un desconocido. Sabía que era Ric, pero no podía creerse que el hombre impresionante, casi intimidante que había pasado a su lado en el pasillo de la comisaría fuese el mismo Ric que le regaló su pasión y sus ganas de vivir.

La melena de Sami fue a parar a su mano. Si cerraba los ojos podía recordar la misma textura sedosa con la que había jugado en la oscuridad.

Seguía muy pálida y Ric se levantó de la cama para ofrecerle un vaso de agua. Cuando le vio salir del baño, ella se incorporó y apuró el agua de un trago.

–Gracias –susurró con voz temblorosa, antes de volver a tumbarse como una flor marchita.

Ric dejó el vaso a un lado y se sentó de nuevo junto a ella.

–Fue un milagro que sobreviviéramos.

–Sí. Aún no puedo creerme que estés vivo y aquí sentado.

No era la única.

–Mientras estuvimos atrapados habría vendido mi alma al diablo por saber cómo eras –confesó él, emocionado–. Intuía que tenías que ser una mujer encantadora, pero tengo que admitir que ni en sueños me había imaginado que fueses así.

Sin poder evitarlo, levantó una mano para tocarle la cara y recorrer sus facciones, despertando recuerdos que nunca olvidaría.

–Ric... –le rozó los labios–. No sé si estoy alucinando otra vez.

Él le besó la palma de la mano.

–Nunca fue una alucinación. Éramos mortales entonces y lo seguimos siendo ahora.

Las lágrimas se desbordaron por las comisuras de los párpados, unos ojos vívidos como el verde de un bosque tropical.

–Cuando pensé que estabas muerto, quise morir yo también. Mientras te sentía respirar pude aguantar, pero cuando esa viga te golpeó y no conseguía que me contestaras, para mí fue el fin del mundo.

Ric percibió la misma tristeza en su voz que él había estado

arrastrando durante meses. La miró a la cara, sobreponiendo a su recuerdo lo que ahora podían ver sus ojos. Las lágrimas le brillaban en las oscuras pestañas, poco comunes en mujeres tan rubias.

Ella seguía mirándolo con incredulidad.

–Me siento como me sentí después de la avalancha. Puede que esté alucinando y nada de esto sea real…pero tiene que serlo porque te estoy tocando y oigo tu voz. Te tengo aquí en carne y hueso, y no en sueños.

–Tú fuiste quien me mantuvo con vida mientras estuvimos enterrados –le confesó él–. Salvaste mi cordura, Sami. Como tú, tengo la sensación de estar en un sueño. Cuando hicimos el amor, recuerdo que pensaba que estaba soñando y que no quería despertar. Todo en aquella experiencia era como irreal.

Sami se secó las lágrimas.

–Lo sé. Hasta que descubrí que estaba embarazada, hubo muchas ocasiones en las que pensé que lo había inventado –lo miró–. ¿Qué te pasó cuando te rescataron?

Él tomó su mano.

–Me dijeron que si hubieran pasado unos minutos más, los médicos no habrían podido recuperarme. Yo no me enteré de nada hasta dos días después, cuando me desperté en un hospital de Génova. Había pasado dos días en coma. Cuando me desperté, me encontré rodeado de mi familia. Lo primero que le pregunté al doctor fue si tú estabas viva. Él enseguida me dijo que debías de estarlo porque tu nombre no figuraba en la lista de fallecidos. Allí mismo decidí que en cuanto pudiera, iría a buscarte. Inmediatamente después del funeral de mi padre empecé a buscarte.

–No puedo creerlo.

–¿Por qué te sorprendes tanto? Habíamos compartido algo único y que nunca podría olvidar. Pero al no encontrar tu nombre en la lista de los grupos de turistas que visitaban la zona tuve que ampliar el campo de búsqueda. Recordaba que me habías dicho que eras de Oakland, California, y allí es donde dirigí la búsqueda. Puse a mi gente a trabajar en ello durante meses.

–Oh, Ric…

Las lágrimas volvieron a rodarle por las mejillas y se levantó de la cama. Él se levantó también.

–Eras mi prioridad, pero no aparecías en la guía telefónica. En ningún vuelo de los que salían de Austria aparecía tu nombre.

Ningún avión que hubiese llegado a San Francisco u Oakland tenía un nombre que nos llevase a ti. Era como si hubieras desaparecido de la faz de la Tierra.

–¡Claro! Eso es porque no sabías mi nombre verdadero –exclamó–. Todo el mundo me llama Sami por mi padre, Samuel. Cuando mis padres murieron, mis abuelos nos criaron a mi hermana y a mí; mi abuelo decía que le recordaba mucho a mi padre, y empezó a llamarme Sami.

–Creía que era el diminutivo de Samantha, pero en tu pasaporte no decía eso.

–Es lo que todo el mundo piensa si no me conoce. Y pensar que me has estado buscando por un nombre equivocado... Es cierto que nací y me crié en Oakland –continuó explicando–, pero cuando volví a la universidad empecé a encontrarme mal. Fui al médico y cuando me dijo que estaba embarazada no podía creérmelo. Pat, mi hermana, insistió en que me trasladase a Reno, Nevada, para que pudiera estar con ella y con su marido. Su agencia de viajes está creciendo, y me dieron trabajo durante las vacaciones.

Nevada... la avalancha les había cambiado a los dos la vida por completo.

–¿Tuviste un mal embarazo?

–No. Cuando se me pasaron las náuseas de la mañana, no tuve más problemas, y dado que Pat es toda mi familia quería estar cerca de ella y de sus hijos, así que me trasladé a Reno y empecé las clases allí. No es de extrañar que no me localizaras al no tener mi verdadero nombre.

Sami le miró con atención.

–¿Te ha quedado alguna lesión de la herida en la cabeza? –le preguntó con ansiedad.

–No. Solo me duele de vez en cuando.

–Cuánto me alegro de que no fuera nada peor. Aquel fue el peor momento... –le temblaba la voz.

–Menos mal que yo no me acuerdo de nada.

–A mí no me gusta pensar en ello. Durante el embarazo tomé la decisión de que cuando Ric naciera vendría con él a Génova durante la baja maternal para buscar a su abuelo. Mis padres murieron hace tiempo y me pareció que para Ric sería estupendo crecer sabiendo que al menos le quedaba un abuelo vivo –se rodeó la cintura con los brazos–. Es una tragedia que hayas perdido a tu padre.

–Sí –respondió, aunque en aquel instante todos los acontecimientos de su vida parecían quedarle muy lejos.

–No dejaba de pensar en él. Me daba miedo imaginar cómo se iba a tomar la noticia. Podría ser lo peor del mundo para él, pero esperaba que lo consolara un poco saber que no habías estado solo al morir.

–*Ringrazio il cielo* que decidieras buscarlo. ¡Yo no habría sabido nada de ello si no! Ten por seguro que mi padre habría querido ser el abuelo de nuestro hijo.

«Cuando se hubiera repuesto de conocer las circunstancias de la concepción de su nieto», añadió para sí. Hasta a él le estaba costando trabajo asimilar todo aquello...

Sami se mordió el labio inferior.

–No sabía si estaba haciendo bien. Por eso no he querido contárselo ni a la policía.

Su discreción era encomiable.

–No quería avergonzar a tu padre o causarle dolor, además del que ya tendría. Creo que en el fondo pensaba que cuando lo encontrara él se negaría a creerme y ese sería el fin de la historia. Pero por el bien del niño tenía que intentarlo. Cuando el comisario sugirió que quizás había malinterpretado el nombre de la ciudad, ya no supe qué pensar. La idea de tomar un avión para Ginebra y tener que empezar de nuevo la búsqueda me parecía desproporcionada, pero estaba dispuesta a hacerlo por el bien de tu hijo. Ay, Ric...

La mujer con la que había quedado atrapado era única entre un millón.

Los ojos se le fueron a la cuna. El bebé que dormía tan plácidamente era su hijo. ¡Increíble! Dio unos pasos hasta ponerse a su lado y miró al bebé... su hijo, tumbado boca arriba, con los bracitos hacia la cabeza y los puños cerrados.

–A pesar de tanta muerte y tanta destrucción, conseguimos crear un hijo.

–Sí –musitó ella, acercándose–. Es increíble, pero este niño es perfecto.

Ric había pensado lo mismo nada más verlo. Su júbilo era tal que tomó al bebé en brazos sin importarle si lo despertaba y se lo colocó sobre el hombro. Quería despertarlo para poder verlo bien. El calor que salía de aquel cuerpecito le llegó al corazón, uniéndolos como padre e hijo.

El pequeño debió de notar que alguien distinto de su madre lo

tenía en los brazos y comenzó a removerse inquieto. Su olor era tan dulce como el de su madre, y se movía con tanta fuerza que Ric le sujetó la morena cabecita con la mano para colocarlo en el hueco de su brazo y poder contemplar las facciones que lo proclamaban un Degenoli y un Argyle. Ambos genes eran inconfundibles.

–*Ciao, bambino mio*. Bienvenido a mi mundo –le dijo, y lo besó en la frente y en las mejillas. El chiquillo de piel aceitunada se movió aún más y Ric se echó a reír al verle patalear y mover los bracitos. El primer Degenoli de su generación.

Su hermana, Claudia, apenas acababa de enterarse de que estaba embarazada cuando tuvo un aborto. Había ocurrido al poco de conocer la noticia de la muerte de su padre en la avalancha. El dolor por su pérdida y la de su marido, Marco, nunca le abandonaría, pero al mirar a su hijo solo quedó sitio en su alma para el gozo.

Cuando alzó la mirada se encontró con que Sami los había estado contemplando a ambos con lágrimas en los ojos. Después de haberse preguntado cientos de veces cómo sería, no podía dejar de mirarla.

–Aún no puedo creerme que estés vivo, que tengas a tu hijo en los brazos –sollozó–. Cuando salí de la comisaría estaba hundida. Si no encontraba a Alberto en Ginebra tendría que volverme a casa sin que mi hijo pudiera conocer jamás el lado italiano de su familia. ¿Y si no me hubieras seguido hasta aquí? –se lamentó.

–Nada podría habérmelo impedido. Tenía que averiguar quién eras en realidad porque no podía creerme que hubiese otra mujer sobre la faz de la Tierra con tu misma voz.

–Sé lo que quieres decir. En cuanto empezaste a hablar tendría que haberte llamado Ric y ver qué pasaba. Nos habríamos ahorrado muchas molestias.

Iba a responder cuando le sonó el móvil, lo que le devolvió bruscamente a la realidad. Tenía una idea bastante aproximada de quién podía ser.

–Dame al niño mientras contestas.

Sami tomó al niño en brazos y comenzó a pasearse por la habitación. Al verla, a Ric se le hizo un nudo en la garganta y se dio la vuelta para atender la llamada. Frunció el ceño al pensar en cómo iba a afectar aquella noticia a sus negociaciones con el padre de Eliana, y por supuesto a su hija. Su matrimonio no era por amor, pero saber que su prometido había tenido un hijo con otra mujer no

era una noticia fácil de asimilar. Tendría que plantearlo con cuidado. Y en cuanto a su propia familia, se quedarían atónitos.

–¿Eliana? –contestó.

–Creía que ibas a llamarme antes de salir del despacho, pero tu secretario me ha dicho que no estás allí.

Se frotó la nuca antes de contestar.

–Voy de camino al aeropuerto y tenía pensado llamarte antes de despegar.

Y habría sido la verdad de no haber surgido otra cosa, algo que había cambiado la esencia misma de su vida. ¡Sami, la mujer con la que había estado sepultado en vida, estaba viva y acababa de mostrarle a su propio hijo!

–¿Estás bien? –le preguntó ella tras una pausa–. Estás... raro.

No sabría por dónde empezar a contarle lo que le estaba pasando por dentro.

–Son... negocios. Estoy un poco preocupado. Perdona.

–Por supuesto que te perdono, Enrico.

Ric respiró hondo. Antes de que se celebrara la boda aquellas palabras iban a ser puestas a prueba y de qué manera.

Sami le había dicho que era un hombre extraordinario. ¿Cómo se sentía al tenerle que ocultar aquella revelación a Eliana? Pero aún no podía contárselo. No era posible hacerlo cuando ni él mismo entendía lo que había pasado. Aquel suceso daba lugar a tantas ramificaciones que necesitaba tiempo para pensar en cómo iba a enfrentarse a todo ello.

–Te llamaré mañana desde Chipre.

–Prométemelo.

–¿Alguna vez no he cumplido mi palabra?

–No, pero sigo molesta porque permitas que tus negocios se interpongan de esta manera. Cuando estemos casados pretendo tenerte ocupado mucho tiempo. Para empezar, quiero darte un hijo. A ser posible, un varón.

Ric cerró los ojos. «Alguien se te ha adelantado, Eliana».

Él no podía hacer nada por modificar el estado actual de las cosas. El destino había interpuesto una avalancha en su camino, con lo que su mundo había cambiado para siempre.

–Perdóname, Eliana, pero tengo que irme. Hablamos mañana.

–*A domani, caro*.

Colgó y se volvió hacia Sami. El bebé había vuelto a quedarse dormido.

–Mientras estabas al teléfono he tenido tiempo de ordenar un poco mis pensamientos. Puede que me equivoque, pero tengo la impresión de que era una mujer quien te llamaba, y a juzgar por el tono de tu voz, o es tu mujer o tu novia.

Durante aquellas horas que habían pasado atrapados habían transgredido todas las normas esperando el final, de modo que no le extrañó que Ric fuese intuitivo y franco.

–Era mi prometida, Eliana.

–¿Estabais...?

–No –sabía lo que estaba pensando–. No me comprometí hasta un tiempo después, cuando había perdido toda esperanza de encontrarte. Mantuve vivo el pensamiento porque como conocías mi apellido pensé que quizás vendrías a Génova a buscarme. Ahora que sé que estabas embarazada entiendo por qué no has venido hasta ahora.

–¿Le hablaste a tu prometida de nosotros?

–Ni se lo conté a ella ni a nadie –susurró antes de acercarse–. ¿Y tú? ¿Tienes una relación con alguien? ¿Estás casada?

–No.

Aquel monosílabo tendría que haberle aliviado, pero no fue así.

–Rompí con un hombre con el que salía poco antes del viaje a Europa. Como ya te imaginarás, ya no era la misma persona cuando volví. Él me llamó al enterarse de que ya estaba de vuelta para decirme que no había renunciado a intentarlo de nuevo. Yo le dije que para mí se había terminado todo, pero él me contestó que iba a seguir intentándolo. Cuando supe que estaba embarazada decidí decírselo para que se olvidara de mí.

–¿Y lo conseguiste?

–No. Me dijo que se casaría conmigo y que criaríamos al niño como si fuera hijo suyo.

A Ric, la idea de que otro hombre ocupase el lugar de padre de su hijo no le hizo gracia.

–Debe de quererte mucho.

–Sí, creo que sí. Yo también lo quiero, pero no estoy enamorada de él, y hay una gran diferencia. Es un hombre maravilloso, pero por eso rompí con él la primera vez: porque no quería hacerle daño. Ha sido muy bueno conmigo, pero sé que le hizo mucho daño saber que había hecho el amor con un desconocido, sobre todo porque él y yo no habíamos llegado a ese punto –se le quebró la voz–. Por mucho que intentara explicarle las circunstancias, sé que siguió

pareciéndole increíble.

–Y lo es –corroboró Ric–. Incluso para mí, y yo estuve allí.

El color volvió a teñirle las mejillas a Sami.

–Sé que es demasiado pedirle que lo olvide. Él sigue esperando que cambie de opinión, pero no creo que ocurra –besó al niño–. ¿Cuándo es la boda?

«Mi boda con Eliana…».

–El uno de enero.

–El día de Año Nuevo… falta muy poco.

Viéndola a ella allí de pie, con su hijo en los brazos, le resultaba imposible pensar en su boda.

Ella le miró a los ojos.

–Soy consciente de que pocas personas tienen que enfrentarse un día a una situación como esta. Si hubiera sabido que estabas vivo, habría manejado la situación de otro modo, pero ahora que sabes que tienes un hijo, soy consciente de que necesitas tiempo para asimilar la situación y para darte cuenta de cómo te sientes con todo esto.

–¿Que cómo me siento? Acabas de mostrarme a mi hijo, y nunca me habría imaginado que ser padre podría aportarme esta clase de felicidad.

Ni Ric ni sus hermanos habían estado muy unidos a su padre. Viajaba mucho y lo veían poco, y aunque su voluntad era ley en la familia, dejaba la crianza de sus hijos en manos de su mujer y del personal de la casa. Cuando llegó a la universidad fue cuando su padre empezó a mostrar algún interés en él. Cuando pensaba en cómo había ignorado siempre a Vito y a Claudia, se le hacía un nudo en el estómago. Siempre que pensaba en la posibilidad de tener un hijo se decía que estaría totalmente involucrado en su vida desde el día de su nacimiento.

Y, para él, aquel era el primer día de la vida de su hijo.

–No tenía ni idea de que saber que soy padre me iba a hacer sentir una especie de renacimiento –añadió, mirándolos a ambos.

–No obstante, vas a casarte dentro de nada y tienes que hablar de todo esto con Eliana –respondió ella–. Es bueno que mi vuelo para Estados Unidos salga mañana por la mañana. Ric y yo volveremos a Reno mientras tú asimilas todo esto. Ahora que sabemos de la existencia del otro y podemos intercambiar nuestros teléfonos, no hay prisa.

Él frunció el ceño.

–¿No hay prisa? Me he perdido los dos primeros meses de la vida de mi hijo y no pienso perderme ni un minuto más.

–Pero con la Navidad y tu boda a la vuelta de la esquina, no es momento de...

–¿De qué? ¿De decidir cómo voy a encajar el bebé en mi vida? No fue concebido siguiendo un calendario, pero es un milagro viviente. A diferencia de mi padre, que se desentendió de sus hijos hasta que fueron mayores, yo quiero estar con mi hijo todo el tiempo que tú y yo podamos acordar.

–No hay nada que acordar, como tú dices. Vivimos en distintos continentes y este niño es lo que da sentido a mi vida. Cuando Eliana y tú os caséis, lo traeré a visitarte como habría hecho de haber sido tu padre el que hubiera quedado con vida. Mi hermana me ayudará para que los vuelos no me salgan tan caros. Y cuando os sea posible, tu esposa y tú podréis volar a Estados Unidos para verlo.

Ric la estaba escuchando, pero la mujer que había dado a luz a su hijo seguía siendo una desconocida para él. Pero eso iba a cambiar, porque no tenía intención de permitir que se escabullera de su vida llevándose a su hijo.

Capítulo 3

–Hablaremos de eso más adelante. Por ahora lo que tenemos que hacer es conocernos mejor –dijo Ric. Se había dado cuenta de que iba a tener que manejar con mucho cuidado la situación–. Estaba de camino a Chipre, a mi otra casa, para ocuparme de un asunto de vital importancia, así que te vienes conmigo.

Ella abrió los ojos de par en par.

–Has dicho que querías que Ric conociese a su familia italiana. Mi madre nació en Chipre y yo me pasé allí la mayor parte de mi infancia. Cuando Ric se haga mayor será también para él su segundo hogar. Quiero que estés conmigo esta semana y que veas cómo es mi mundo en un entorno relajado. Chipre tiene el clima más cálido de todo el Mediterráneo en invierno. Mañana seguro que hasta se puede ir a nadar.

–No puedo hacer eso, Ric. Solo iba a estar aquí unos días.

–Es que no sabías que me ibas a encontrar a mí, y ahora que lo has logrado, todo ha cambiado para los dos. Nuestro hijo necesita estar con su familia. Si tu hermana no puede cambiarte el billete para otro día, yo sí que puedo hacerlo.

–No lo dudo, siempre que no tuvieras una prometida que seguro que no lo comprende.

–No me espera hasta el día de Nochebuena. Hasta entonces, lo que haga con mi tiempo mientras esté fuera de Génova es solo cosa mía. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, luego volverte mañana a casa queda fuera de toda posibilidad.

–Pero...

–Sami –la interrumpió él–, no pretenderás negarme la ocasión de estar contigo y con el hijo que no sabía que tenía. Necesitamos tiempo para procesar el hecho de que los tres estamos vivos –respiró hondo–. Nos han concedido una segunda oportunidad, no solo de vivir, sino de disfrutar de nuestro precioso hijo.

–Ya, pero...

–No hay peros que valgan. Después de lo que nos pasó en aquel hotel, no pienso asumir el riesgo de otro desastre inesperado.

Cualquier cosa podría ir mal en tu vuelta a Reno, y no me digas que es poco probable porque los dos sabemos de probabilidades. Necesito pasar este tiempo contigo y con Ric, y si eres sincera admitirás que tú también, ahora que sabes que estoy vivo.

Sami bajó la mirada.

–Aun así, tu prometida se quedará destrozada cuando sepa la verdad. ¿Cuánto tiempo piensas mantenerla al margen?

Él la miró con intensidad.

–El tiempo que haga falta. No tengo una respuesta mejor.

–Temo por ella, Ric. He visto cómo le afectó la noticia a Matt, y eso que ya no estábamos saliendo. Saber lo del bebé puede ser terrible para ella; incluso podría no recuperarse del golpe, especialmente si no se lo dices cuanto antes. Si yo estuviera en su lugar...

–No nos anticipemos a lo que pueda o no pueda ocurrir –la interrumpió él–. Tu novio supo la verdad y aun así te dijo que quería casarse contigo.

–Puede ser –admitió Sami–. Le dije que necesitaba tiempo y llevo meses sin verlo, pero si volviéramos a estar juntos por el bien del bebé creo que con el tiempo llegaría a lamentarlo y a sufrir por lo que hice. Querrá tener hijos propios algún día y si nos casáramos acabaría queriendo más a los suyos que a Ric, y yo no podría soportarlo. Es una de las cosas que más me ha pesado a la hora de decidir no volver con él. No permitiré que le pase nada a Ric si puedo evitarlo.

–Entiendo lo que dices, Sami –le hacía feliz verla capaz de defender la felicidad de su hijo con tanta determinación–. Yo también tengo esos mismos sentimientos y ese instinto de protección. Por eso tengo que ser cuidadoso a la hora de decírselo a Eliana, porque sufrirá de un modo que ni siquiera tú te has imaginado.

Sami movió la cabeza.

–Esta situación es increíble.

–Pero no irresoluble. Ric es tu prioridad o no habrías tomado el avión a Génova para que lo conociera su abuelo. Ahora que sé de su existencia, también para mí es mi prioridad. Quiero levantarme por la noche a darle el biberón. Esta semana quiero poder bañarlo y hacer todas esas cosas que hace un padre primerizo. En ese tiempo encontraré el mejor modo de decírselo a mi prometida.

–Yo... yo me sentiría mejor si Eliana estuviese allí contigo. ¿Y si

alguien se lo dice?

–¿Quién? Mi personal y mi piloto me son leales. El comisario Coretti sabe que no debe hablar de ningún asunto que me concierna con nadie.

–Aun así, yo...

–Aun así, nada. Tú has tenido la ventaja de contar con nueve meses para pensarlo todo bien mientras esperabas el nacimiento, y yo, una vez haya pasado algún tiempo con Ric y contigo, estaré mejor preparado para hablar con Eliana y anticiparme a sus preguntas. Si mañana por la mañana volvieses a Reno, sería una huida que solo complicaría nuestra situación.

Seguía sin mirarlo. La admiraba por proteger a Eliana, pero el bebé era un hecho innegable. Mientras habían permanecido en aquella oscuridad claustrofóbica le había hecho un hijo. El pequeño Ric era su creación. A pesar de lo que se le iba a venir encima, saberse padre le llenaba de una alegría y una excitación que no había conocido antes.

–La increíble mujer con la que quedé sepultado no me negaría esos privilegios. ¿Tanto ha cambiado en once meses?

Ese pensamiento la hizo levantar la cabeza.

–Pero tú no estás preparado para un bebé.

–¿Acaso hay alguien que lo esté? Si te refieres a necesidades físicas, tienes todo lo que pueda necesitar por el momento. Yo me ocuparé de lo que pueda faltar. Haré una llamada, llevarán una cuna y ropa de cama.

–No sé, Ric.

Seguía sin estar convencida.

–No me digas que te sientes incómoda conmigo después de todo lo que hemos pasado.

Un rubor se asomó a las mejillas de Sami.

–No, claro que no.

–Entonces, no hay nada que te obligue a negarte a venir conmigo. Haré que uno de mis hombres se ocupe de cancelar tu reserva de hoy.

–¿Tus hombres? ¿Qué son exactamente?

–Guardaespaldas.

–Recuerdo que me contaste que te dedicabas a los fletes marítimos. No entiendo por qué necesitas esa clase de protección.

–Luego te lo explico.

–Pero no estás preparado para recibir invitados en tu casa, y

menos un niño.

–¿Invitados? –explotó él–. Ric es mi hijo y tú eres su madre. Eso os coloca en una categoría completamente distinta. ¿Preferirías que me quedase aquí contigo durante esta semana?

–¿En el hotel?

Percibió pánico en su voz y le agradó constatar que no era inmune a él igual que él no lo era ante ella.

–Me refiero a esta habitación. Después de todo lo que has pasado para localizar a mi padre, ¿de verdad crees que me iría de aquí sin ti?

–Creo que has dicho que tenías un asunto muy importante que tratar en Chipre.

–No hay nada más importante que mi hijo. Creía que lo había dejado claro. En mi casa tendrás tu propio dormitorio mirando al Mediterráneo. Pondremos una cuna junto a tu cama y el niño y tú podréis disfrutar de todas las comodidades. Aunque también podemos quedarnos aquí. Tú decides.

La vio apretar los dientes. No le gustaba ninguna de las dos opciones.

–¿Cuándo tenías pensado salir?

–Hace dos horas. Tengo la limusina aparcada delante del hotel.

Esperó a que lo sopesara todo en la cabeza.

–Estoy asustada –confesó en voz baja.

–La mujer que pidió ayuda al jefe de policía de Génova para encontrar al abuelo de Ric era una guerrera. Me satisface más de lo que te imaginas constatar que nuestro hijo ha heredado ese rasgo de su madre.

–Eso no lo sabes.

–¿Cuántas posibilidades crees que tiene un feto de sobrevivir a lo que pasaste tanto emocional como físicamente?

Se miraron a los ojos.

–Si recoges tus cosas, yo las bajaré. El vuelo tarda unas horas en llegar a Paphos. Cenaremos en el avión. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

Sami miró al bebé y luego a él.

–Si tan seguro estás...

–Jamás en la vida he estado más seguro de algo.

Tras otro momento de duda, sacó del armario la maleta. Verla hacerlo le quitó la tensión del cuerpo. Sacó el móvil y llamó a su ama de llaves de Paphos para darle instrucciones. Mientras

esperaba a que Sami hiciera el equipaje, habló con Carlo y el chófer para ponerlos al tanto de sus planes.

Antes, mientras iba desde la comisaría al hotel, había estado dándole vueltas a la posibilidad de que su padre hubiese tenido un affaire con aquella mujer, aunque de ninguna de las maneras podría haberse imaginado que Christine Argyle iba a resultar ser Sami, y lo que era todavía más sorprendente: que el bebé al que había oído llorar al otro lado de la puerta iba a resultar ser su propio hijo.

A Sami le temblaban las piernas, mezcla de la impresión y el hambre. Era imposible que Ric estuviera vivo y sin embargo allí estaba, era aquel italiano alto y bien formado que llevaba al bebé en un brazo y su maleta en la otra mano.

¡Pero estaba prometido! Esa certeza no la abandonaba ni un segundo, encendiéndose y apagándose como si fuera un anuncio de neón. ¿Cómo podía irse con él sabiendo que le pertenecía a otra? Había intentado razonar con él, pero se había negado a atender sus temores.

–Esto pesa –le oyó decir. Obviamente, no tenía ni idea de por dónde discurrían sus pensamientos–. ¿Qué hay aquí dentro?

–Leche del niño. He tenido que traer bastante por si surgía alguna emergencia.

Ric se echó a reír y la gente se volvió a mirarlo. Ella caminaba a su lado con la sillita del niño y una bolsa de pañales. A ojos de los demás debían de parecer una pareja casada que se alojaba en el hotel para pasar la Navidad. Pero la mujer con la que él pretendía casarse estaba en algún lugar de Génova, completamente ajena a lo que había ocurrido.

El peso de la culpabilidad era tan desbordante que apenas se dio cuenta de que el hotel estaba ya decorado para celebrar la Navidad. De lo único que se dio cuenta fue del orgullo que rebosaba Ric al comprobar que el personal y los huéspedes le sonreían al verle llevar a su hijo en brazos.

También vio envidia en los ojos de las mujeres, jóvenes y mayores, que le encontraban terriblemente atractivo, y sintió un escalofrío al pensar que su hijo se parecería a él cuando fuera mayor. ¿Cómo era capaz de pensar así sabiendo que tenía prometida?

Salieron por la puerta principal donde según él su coche les

estaba esperando, pero allí no había un coche, sino tres limusinas negras. La central tenía los cristales tintados y un adorno dorado en el maletero que parecía representar a un antiguo marino.

Dos de los guardaespaldas de Ric abrieron las puertas para ayudarla a subir y se ocuparon del equipaje, además de colocar la sillita del bebé en su sitio y al niño en ella. La deferencia con que lo trataban a él hizo que lo mirara a los ojos en cuanto se sentaron el uno frente al otro.

–Ric, ¿qué está pasando? –le preguntó en cuanto el vehículo se puso en marcha.

–Que vamos al aeropuerto.

Su voz profunda le atravesó el cuerpo e incendió sus sentidos sin proponérselo.

–Pero… ¿en esto?

–¿No estás cómoda?

Juraría que tras su intensa mirada se estaba riendo.

–Esa pregunta no se merece respuesta. ¿Por qué el conductor se ha dirigido a ti llamándote Excelencia? No hablo italiano, pero se lo he oído decir, así que no me digas que no lo he entendido bien. ¿Es que trabajas para el gobierno?

Besó al niño en la cabeza. Ric hijo seguía dormido.

–Me dedico a los fletes marítimos, ¿recuerdas?

Ella suspiró.

–¡Haces mucho más que eso! ¿Quién eres en realidad? Dime la verdad, por favor.

A pesar de haber compartido la experiencia más íntima que puede unir a dos personas, no sabía prácticamente nada de él… excepto lo más importante: que era un hombre con carácter que había acogido a su hijo sin una sombra de duda, aunque estuviera comprometido con otra mujer. ¿Cuántos hombres harían eso?

–Soy Alberto Enrico Degenoli decimotercero.

–¿Todos tus predecesores se llamaban como tú?

–Sí.

A Sami se le escapó un sonido de la garganta que pareció casi un graznido.

–Eso es muy interesante, pero sé que no me lo has dicho todo. Cuando estuvimos sepultados no mencionaste nada de todo esto.

Él enarcó las cejas.

–Tú tampoco me dijiste que eras estudiante, ni dónde cursabas esos estudios. Si me lo hubieras dicho, podría haberte encontrado

hace meses.

Si con eso quería decir que sus vidas podían ser diferentes, ya era demasiado tarde para eso.

–Supongo que te acordarás de que estuvimos de acuerdo en que no debíamos hablar demasiado.

–Cierto. Nos comunicamos de un modo más fundamental empujados por las circunstancias. Creo que hacer el amor en aquella oscuridad total añadió un elemento excitante que acrecentó nuestro placer y que nos condujo a la concepción de nuestro hijo.

Con aquellas palabras el recuerdo de lo que había pasado le subió varios grados la temperatura del cuerpo.

–Algún día reconocerá que está en deuda con nosotros por darle la vida contra todo pronóstico, ¿no te parece? Yo te estaré agradecido por siempre por haberle cuidado con tanto esmero en mi ausencia, Sami.

Aunque aquel cumplido la satisfizo, la implicación de que su ausencia había terminado la estremeció. Había acero sustentando sus palabras. El comisario Coretti había obedecido sin rechistar cuando le había pedido que saliera del despacho. ¡De su despacho! Ahora que lo pensaba, el comisario había localizado a Ric inmediatamente. Estaba a punto de hacerle otra pregunta sobre su persona cuando la limusina se detuvo.

–Hemos llegado –dijo él, y las puertas se abrieron de inmediato.

Al bajar vio un brillante avión privado verde y blanco con la palabra *Degenoli* en letras doradas con el logo de un marino debajo. Antes de que se diera cuenta de nada más, uno de los guardaespaldas la acompañó al avión, y subió por la escalerilla delante de Ric, que llevaba al niño en los brazos.

El auxiliar de vuelo le indicó que tomase asiento en uno de aquellos magníficos sillones de cuero blanco de la cabina. Ric colocó y sujetó la sillita en el asiento que había entre ambos y puso en ella al niño, que había vuelto a quedarse dormido. En apenas unos segundos, el avión comenzó a avanzar por la pista.

Aunque sabía que no estaba viviendo un sueño, las revelaciones de aquel día seguían pareciéndole irreales, y cuando pensaba en que Ric y ella iban a pasar toda una semana juntos y solos, el cuerpo le temblaba a merced de una serie de sensaciones completamente nuevas.

Debería haber llamado a Pat a Reno para contárselo todo, pero Ric era como una fuerza de la naturaleza. Todo había ocurrido muy

deprisa, y aquel no era el momento de iniciar una conversación con su hermana teniéndole a él sentado al lado, oyéndolo todo. Cuando aterrizaran en Paphos y estuviesen instalados, la llamaría.

Pat iba a llevarse la sorpresa de su vida, y se tiraría de los pelos cuando supiera que Ric tenía una prometida que aún no sabía nada del bebé.

Cuando el avión tomó velocidad de crucero y el símbolo de los cinturones abrochados se apagó, el auxiliar de vuelo les sirvió una deliciosa cena de pasta con pollo acompañada de un vino blanco dulce. Sami tomó un sorbo y sintió en ella la mirada de Ric.

–Supongo que no estás amamantando al niño.

Sami dejó la copa.

–Lo intenté, pero mi leche no le sentaba bien y el pediatra me aconsejó que pasara a los biberones. Le gusta a temperatura ambiente y ha sido buen comedor desde el principio.

La mirada de Ric se desplazó al bebé dormido.

–Ya me di cuenta de que apuró hasta la última gota del biberón en la habitación del hotel. Estoy deseando poder dárselo yo cuando vuelva a despertarse.

El pequeño Ric debió de oír la voz de su padre porque no había pasado un minuto cuando abrió los ojos y empezó a emitir suaves gorjeos. Con eso bastó para que Ric lo sacara de la sillita y lo tomara en brazos.

Sami había terminado de cenar, de modo que se levantó y buscó en la bolsa del niño un biberón y una gasita para el hombro.

–Me parece que ya vuelves a tener hambre, tesoro –le dijo, y lo besó en la mejilla antes de darle a Ric el biberón–. Con que se lo pongas en la boca, él hará el resto.

Le colocó la gasa en el hombro derecho y volvió a sentarse.

Ric jugó un poco con el pequeño antes de darlo de comer, y cuando el auxiliar de vuelo volvió a acercarse, levantó a su hijo para que pudiera verlo. Los dos sonrieron y hablaron en italiano antes de retirar los platos de la cena.

Se le daban bien las tareas de padre. La verdad era que se sentía un poco celosa por que su hijo hubiese aceptado tan de buen grado que su padre le hiciera los honores, pero también la conmovió. El pequeño Ric estaba envuelto en su arrullo azul de seda rematado con encaje blanco, y su imagen resultaba encantadora junto a la chaqueta oscura de su padre.

Sin duda, aquel era un traje hecho a medida por alguno de los

mejores diseñadores italianos. Cuando se habían abrazado en la oscuridad, llevaba una camisa, pero quien dijera que el hábito hace al monje no conocía a Ric.

Tanto a oscuras como con luz, él era quien realzaba la ropa que llevaba puesta.

«¡Basta ya de pensar así, Sami!», se reprendió. Aquel hombre estaba a punto de casarse con otra mujer.

–Nuestro hijo es perfecto –musitó él.

Eso era precisamente lo que ella estaba pensando en aquel momento sobre él. De todos los hombres del mundo, ¿cómo había acabado atrapada en una avalancha precisamente con él?

–A mí me recuerda a uno de esos principitos que salen en los cuentos de hadas –dijo ella.

–No es un príncipe, sino un conde –la corrigió Ric antes de besarlo en la mejilla.

Sami parpadeó.

–El primer Alberto Enrico Degenoli se hizo a la mar y amasó una fortuna que trajo después a Génova. El poder de entonces le concedió el título de conde por eso. A lo largo de los años la fortuna fue creciendo gracias a los negocios marítimos. La historia de nuestra familia arranca en el siglo XIII.

Sami no se esperaba llevarse una segunda sorpresa de tal magnitud en el mismo día. Ahora que lo pensaba, el marino dorado de la limusina tenía sentido, pero tantas revelaciones en tan poco tiempo la estaban mareando, hasta tal punto que tuvo que agarrarse a los brazos del sillón. Ric era el conde Degenoli. En unas semanas su prometida sería la condesa Degenoli. ¡Dios bendito!

–Cuando tuviste al niño, no eras consciente de que habías traído al mundo a Alberto Enrico Degenoli decimocuarto. Es mi primer hijo, y por derecho propio heredará el título de conde después que yo.

Debía de estarse refiriendo al hijo que tuviera con Eliana, porque el pequeño Ric era ilegítimo.

–Cuando mi padre falleció, el título pasó a mis manos –continuó él–, pero un título no significa nada hoy en día, así que olvídalo, Sami. Para sus amigos nuestro hijo será Ric Argyle Degenoli.

Las ramificaciones de todo aquello le resultaban difíciles de asimilar.

–Ric, no soy tan inocente. Sé que siendo conde, tu compromiso será de importancia pública. Cualquier movimiento por tu parte

producirá una onda de serias consecuencias.

–Tienes razón, pero has accedido a venir conmigo, de modo que nadie más sabe nada por ahora. Más tarde hablaremos tranquilamente de todo ello. Por ahora pretendo disfrutar de este tiempo contigo y con nuestro hijo. ¿Crees que podrás contener tus reservas ese tiempo?

Había algo en su tono que la conmovió y bajó la cabeza mientras intentaba asimilar aquella última revelación. No sabía si iba a ser capaz de hacer lo que le pedía. Pero cuando intentaba ponerse en su piel comprendía por qué necesitaba tiempo lejos de sus responsabilidades y deberes para enfrentarse a su nueva naturaleza de padre.

–No hay precedente para lo que nos ha ocurrido –admitió al fin–. Siento seguir insistiendo contigo. Tienes razón cuando dices que yo tuve todo un embarazo para darme cuenta de que iba a ser madre, mientras que tú te acabas de enterar esta tarde. Intentaré controlar mi ansiedad.

En el silencio que siguió, él puso su mano sobre la de ella y Sami sintió que su calor le subía por el brazo y le recorría todo el cuerpo.

–Así hablaría la mujer que me ayudó a pasar aquellos horribles momentos en los que pensamos que nuestro tiempo se había acabado.

A Sami se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Cuánto me alegro de que no fuese así... Ric es lo más dulce, lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

–Hicimos un buen trabajo, ¿eh? –le dijo en voz baja.

Ella estuvo a punto de echarse a reír.

–Sí. Mi familia y mis amigos están locos con él.

Pat había dicho en más de una ocasión que el padre del bebé tenía que ser una especie de dios romano para haber engendrado a un niño tan bonito como Ricky, y en aquel momento, Sami pensó que bien podría decirle a su hermana que Ric era más sensacional que cualquier estatua. Pero no debía olvidar que pronto sería de otra mujer.

–Dime una cosa: ¿eres rico? –bromeó.

Él besó la cabeza del bebé.

–Eso depende de la definición de cada cual.

Y con semejante respuesta esquivó la pregunta. Su hijo tenía un padre único.

–¿Y la familia de Eliana? ¿Es rica?

Una sombra cruzó el rostro de él.

De pronto, el pequeño Ric soltó un tremendo eructo y sus padres se echaron a reír. El ceño había desaparecido. Nada como un bebé para dejar todo lo demás a la altura del betún.

–Perdóname por ser tan curiosa, pero es la primera vez que conozco a un conde.

–No me gusta que me lo recuerden, Sami. No significa nada.

–Pues no creo que los hombres que te han llamado Excelencia piensen lo mismo.

Él hizo una mueca.

–Son viejos hábitos que no hay quien los desarraigue.

–Me alegro de que me hayas dicho lo que piensas al respecto. Nunca cometeré el error de llamarte «señor conde». Tú decidirás si un día quieres contárselo a Ric.

Sami oyó que él respiraba hondo.

–Dado que tú eres su madre, voy a contarte un secreto que nadie más conoce aún. Después de la muerte de mi padre hice las gestiones necesarias para que el título fuese abolido oficialmente para que nunca más pudiera recaer en otra persona, lo cual significa que la vida de Ric va a ser libre, y la de sus hijos también.

Ella lo miró con ansiedad.

–¿Tan gravoso ha sido para ti?

–No te lo imaginas.

–Cuéntamelo tú.

«Así dejaré de pensar en la mujer a la que amas».

–El título recae siempre en el primer heredero varón. Recuerdo haberlo oído decir desde que tengo uso de razón. Toda la atención se centró en mí: en mi educación, mi vida social, mis deberes, mi futura esposa... pero a mis hermanos los ignoraron por completo. Vito y Claudia eran adornos en la pared. Mi hermano se encerró en sí mismo. Carecía por completo de confianza en sí mismo, ni se sentía capaz de lograr nada. Claudia era una chica, virtualmente olvidada en el esquema de las cosas.

Cada vez que yo recibía un honor de mi padre me encogía por dentro, consciente de que mi hermano y mi hermana quedaban siempre apartados, olvidados incluso en algunas ocasiones.

–Es horrible –musitó Sami.

–No te haces una idea. A mí me ponía enfermo, y me juré que el día que fuese conde haría que ese reino del terror desapareciera. Ese día llegó cuando enterramos a mi padre.

Sami se quedó pensativa. Los títulos seguían siendo de rigor en algunas sociedades, pero, al parecer, Ric aborrecía tanto la idea que había hecho lo necesario para deshacerse de él. Para ello había que ser un hombre poco corriente empujado por la fuerza de sus propias convicciones. En aquel momento lo admiró más que nunca.

Sus hermanos no se creían en un principio que fuese a hacer tal cosa, pero dado que era el conde tenía el derecho de hacer lo que quisiera.

Sami tenía que admitir que lo del título tenía un cierto aura, y en secreto disfrutó de paladear el hecho de haber concebido a otro conde Degenoli. Uno chiquitito. En lo que faltase para llegar al destino podía soñar con lo romántico que parecía todo.

Pero no podía disfrutar de ello sabiendo lo diabólico que aquel sistema le parecía a Ric. Desde que habían tomado la limusina para ir al aeropuerto se había sentido como un personaje de un cuento de hadas. Ella era la joven doncella a la que el príncipe se lleva a vivir a su castillo. Pero había dos importantes advertencias en aquella historia.

Para Nochebuena el hechizo quedaría roto y Sami y su hijo volverían a Nevada para seguir adelante con su vida. El día de Año Nuevo, Ric contraería matrimonio.

Se incorporó en el sillón.

–¿Qué crees que dirá Eliana cuando se entere de que ya no tienes título?

Su respuesta no tardó.

–Tendrá que asumirlo. Para eso la han educado.

–No si no era su sueño –por alguna razón, se le aceleró el corazón–. ¿Cuándo tienes pensado decírselo?

–En cuanto me lo confirmen. Esperaba que todo estuviese resuelto hace una semana, pero los tribunales aquí van más despacio que en Estados Unidos.

–No sabía que eso fuese posible.

Ric volvió a reírse.

–Es un regalo de Navidad que me hago a mí mismo, pero el tuyo supera con creces a cualquier cosa que hubiera podido concebir en este mundo o en el próximo.

–Puedes pensar en Ric como tu regalo de Navidad.

–Nuestro regalo –la corrigió, antes de cambiarse al bebé de hombro. Parecía estar totalmente enamorado de su hijo–. Creo que nuestro pequeño *bimbo* tiene sueño.

–¿*Bimbo*?

–Es una palabra cariñosa en italiano.

–Me gusta. Ahora es fácil cuidar de él porque solo come y duerme. Dentro de un mes todo cambiará.

Ric le acarició el cuellecito.

–¿Has oído eso, *figlio mio*? ¿Qué te parece si te cambiamos el pañal antes de volver a sentarte en tu sillita?

Con una sonrisa, Sami le colocó todo lo necesario.

–Sé que el pañal parece muy pequeño, pero hace perfectamente su trabajo.

Y ambos se sonrieron antes de que él se pusiera manos a la obra. Después de un exceso de polvos de talco y un par de intentonas para cerrar el pañal, consiguió hacerlo.

–Bravo –exclamó ella.

Ric tomó al niño en brazos.

–La próxima vez lo haré mejor.

–No te imaginas la cantidad de veces que se lo puse mal. Lo que pasa es que Ric tiene mucha paciencia.

Por acuerdo tácito ambos se sentaron, Ric con el bebé en los brazos.

–Háblame del parto. ¿Fue muy largo?

–Unas dieciocho horas.

La mirada de él se volvió seria.

–¿Estuviste sola?

–No. Mi hermana y mi cuñado hicieron turnos para estar conmigo. Se lo debo todo.

Ric apretó los dientes

–Yo debería haber estado allí. ¿Supiste que iba a ser niño antes de que naciera?

–Sí, desde luego. Lo llamé Ric en cuanto el médico me mostró las imágenes. Me dijo que era un niño y que tenía un aspecto saludable y perfecto. Admito que me habría gustado mucho que hubieras estado en aquella habitación conmigo cuando me dieron la noticia, pero también es cierto que mientras estaba tumbada en la camilla tuve la sensación de que me observabas desde arriba o dondequiera que estuvieses, y de algún modo supe que te sentías feliz.

–Creo que sabes exactamente cómo me he sentido cuando me entregaste la partida de nacimiento. Ha sido el momento supremo de mi vida.

Su voz ronca le confirmó lo honda que era su emoción.

–Ric, dime la verdad. ¿Me buscaste por saber si estaba embarazada?

–No. Temía que hubieras muerto en el hospital al que te habían trasladado. Podrías haber perdido la consciencia como me ocurrió a mí y no haber despertado después. Tenía que estar seguro.

–¿Por qué?

–Porque si estabas viva, quería conocerte cara a cara. Quería comprender por qué dos desconocidos podían conectar como nos pasó a nosotros. Pensaba que si hablábamos conseguiría respuestas a las preguntas que me han perseguido desde entonces.

Ella asintió.

–Yo también tengo las mismas preguntas, pero sin respuesta. En nuestro caso no se puede hablar de atracción física en el sentido literal de la palabra. A lo mejor piensas que estoy loca, pero el único modo que he encontrado de explicarlo es que nuestros espíritus se hablaron el uno al otro.

–O que se reconocieron a otro nivel –sugirió él.

–Sí, como si estuviéramos deseándonos un último buen viaje, pero con nuestros cuerpos.

–Yo he pensado lo mismo, Sami. No estás loca.

–Me alegro de que pienses así porque le he dado vueltas y más vueltas en la cabeza y es la única conclusión razonable que he obtenido –se movió en su asiento–. Cuando volví a Oakland me sentía vacía por dentro. Sabía que habías muerto y sentía enormemente tu pérdida, lo cual no dejaba de asustarme porque no tenía que ver con el hecho de que hubiéramos hecho el amor. Para lo que hicimos no nos empujaron las razones al uso. Quiero decir que...

–Sé lo que quieres decir.

–Mientras estuvimos atrapados, me convencí de que iba a morir. La idea de que podía haberme quedado embarazada ni se me pasó por la cabeza.

–A mí tampoco. Usar protección ni siquiera se me ocurrió.

–Los dos pensábamos que nos enfrentábamos al final.

–Pero durante aquellas horas tuve la impresión de haber vivido toda una vida.

Exactamente lo mismo que le había pasado a ella.

–Cuando me dieron el alta del hospital, en un principio creí que era tristeza por la muerte de mi padre. Pero después de un tiempo

seguía teniendo un peso en el pecho, y por más que intentaba analizarlo, siempre eras tú la que aparecía al final.

–Lo mismo me ocurrió a mí –respondió Sami–. Matt pensó que estaba sufriendo una especie de síndrome pos- traumático por la avalancha. Sabía que había quedado atrapada contigo, pero al principio no se lo conté todo. Esperaba poder deshacerme de lo que fuera que tenía dentro. Entonces descubrí que estaba embarazada.

Miró a su hijo, que tan confiado dormía en el pecho de Ric.

–Quizás no debería haberme alegrado tanto con la noticia, pero así fue. Por supuesto, tuve que contárselo todo a Matt, pero él no llegó a entenderlo del todo –hizo una pausa–. Y puedo anticiparte que Eliana tampoco lo comprenderá.

–No. Y en cuanto sepa la verdad y te conozca dará por sentado que eres tú la razón por la que el aspecto físico de nuestra relación ha resultado insatisfactorio hasta ahora.

Sami volvió a cambiar de postura.

–No debería haber venido a Génova.

–Sabes que eso no es lo que piensas de verdad.

Tenía razón.

–Pero estoy segura de que si estáis comprometidos es porque vuestro amor lo puede todo.

–Sami... yo no estoy enamorado de Eliana.

«¿Qué?».

–Nos casamos para asegurar el bienestar económico de nuestras familias. No me malinterpretes: Eliana tiene muchas y grandes cualidades y me siento bien con ella, pero no la quiero. Por desgracia, cuando le pedí que se casara conmigo, no me imaginé que la peor parte de la ceremonia sería anterior a la boda.

Sami estaba inquieta. A lo mejor no quería a Eliana, pero no podía imaginarse que su prometida no estuviese locamente enamorada de él. ¿Qué mujer no sentiría algo por aquel hombre? Enterarse de lo del bebé la destrozaría. Iba a hacerle otra pregunta cuando la señal de abrocharse los cinturones se iluminó.

–¿Ya estamos en Chipre?

Ric se levantó de inmediato para poner al niño en su sillita.

–Ya te dije que el vuelo no era largo. Cuando bajemos del avión notarás la diferencia de temperatura. Yo, cada vez que respiro el aire de la isla, me acuerdo de mi juventud y mis días sin preocupaciones. ¿Sabes que no me he tomado unas vacaciones de verdad para venir aquí desde hace mucho tiempo?

–¿Ni siquiera con Eliana?

–Ella nunca ha estado aquí. No le gusta mucho el agua. Pero ahora que tú estás conmigo, pienso tomármelas.

–Pero has venido aquí por trabajo.

–Soy perfectamente capaz de hacer ambas cosas.

Capítulo 4

Sami tenía la sensación de haber sido engullida por un torbellino desde que había conocido a Ric.

¿Quién le iba a decir que unas cuantas horas podían cambiar de tal modo su vida? Su bebé y ella habían volado en el avión particular del conde Degenoli a una exótica isla del Mediterráneo. Tanto si aquella decisión había sido equivocada como si no, se sentía agotada física y emocionalmente, de modo que lo mejor sería analizar su conveniencia después de haber descansado. Tendría tiempo más que de sobra para enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

No estuvieron mucho tiempo en el coche que los llevó del aeropuerto de Paphos a una finca bordeada de flores, en lo alto de un acantilado que miraba al mar. En apenas diez minutos, Ric le estaba enseñando una fabulosa villa griega de dos plantas y muros de un blanco inmaculado. El colorido mobiliario mediterráneo resaltaba contra las paredes blancas dondequiera que mirase.

Un cojín azul allí, un macetón amarillo con una planta exótica más allá, un inesperado icono griego en rojos y dorados en una esquina. Variedad de armarios y mesas colocados sobre el suelo de barro cocido con un estilo encantador se revelaban como un tesoro oculto. Por las ventanas y puertas de la villa aparecía constantemente el mar. La segunda residencia de Ric era un auténtico paraíso. ¿Cómo sería la primera?

Era increíble que su personal hubiera podido comprar una cuna con tanta rapidez y que todo estuviera dispuesto en la habitación de invitados del segundo piso. Aparte de un hermoso ramo de flores frescas, le habían proporcionado todo lo necesario para que ella y el bebé se sintieran a gusto. En cada habitación había un Nacimiento rodeado de velitas encendidas, y Ric le explicó que el árbol de Navidad no figuraba entre las tradiciones locales.

Le presentó a Mara y Daimon, una pareja que debía de rondar los sesenta años y que llevaba toda la vida viviendo allí y cuidando de la villa y la finca. Trabajaban ya para la familia de la madre de

Ric y hablaban un buen inglés.

Cuando Ric les enseñó al bebé, los dos se deshicieron en halagos y ambos quisieron tenerlo en brazos. No dejaron entrever lo que de verdad les parecía que Ric se hubiera presentado en la casa con una mujer desconocida y una criatura tan pequeña.

–Si necesita algo, no dude en pedírmelo –le ofreció Mara con una sonrisa.

–Lo haré. Gracias.

–El niño es precioso. Se parece a usted. Tiene su misma boca.

–Gracias, pero yo creo que se parece más a su padre.

Daimon asintió.

–He sabido que era un Degenoli en cuanto lo he visto.

–Se parece mucho a Vito –intervino Ric.

–Un poco –respondió Mara–. También tiene las orejas en forma de concha de Claudia, pero el cuerpo y los ojos negros tan brillantes son tuyos, Enrico.

Daimon asintió.

–El nombre está bien puesto.

Sami lo miró.

–¿Qué significa?

–El que dirige la casa.

A Ric se le humedeció la mirada mientras contemplaba a su hijo.

–Pero por ahora es nuestro *piccolo*.

–Otra palabra que no entiendo.

–Significa pequeño.

–Qué bonito suena. Vuestra lengua tiene muchas palabras bonitas, como *ciao* y *cappuccino*.

Ric se rio al oír su pronunciación.

Algo había cambiado en él desde que habían llegado a la casa, como si hubiese dejado las preocupaciones al otro lado de la puerta. No podía negarse que se sentía más feliz. Ya no se parecía al hombre que la había intimidado en la comisaría, vestido con aquel traje oscuro de seda y que la trataba con hostilidad.

De pronto sintió que la miraba con preocupación.

–Es casi medianoche. Debes de estar agotada. Si hay algo que te apetezca comer o beber, Mara te lo preparará antes de que nos despidamos hasta mañana.

Sami negó con la cabeza.

–Después de la cena del avión no me cabe nada más, pero gracias de todos modos.

–Lo que el bebé y tú necesitáis es un buen descanso.

Mara besó al pequeño Ric en la mejilla antes de que Daimon y ella desaparecieran hacia su habitación en la parte trasera de la villa, en la planta baja.

–Son estupendos –le dijo Sami a Ric.

–Para mí son como de la familia. Les confiaría mi vida. El bebé estará mimado mientras estemos aquí.

–Qué suerte tiene este niño. Voy a darle un baño y a acostarle.

–Me gustaría hacer los honores si me das unas clases prácticas.

Y echó a andar delante de ella para mostrarle el camino a su habitación.

–¿No estás demasiado cansado?

–Estoy tan acelerado, como decís los norteamericanos, que no sé si voy a ser capaz de dormir.

Sami se rio.

–En ese caso, trae la bolsa del niño al baño y nos pondremos manos a la obra. Le encanta el agua.

–Es que es un auténtico Degenoli. El primero de nuestra estirpe se hizo a la mar y desde entonces nos corre el agua salada por las venas.

Su comentario la hizo reír, y el orgullo que rezumaba su voz era digno de oírse.

–Habrá que tener cuidado con el tiempo que lo tenemos en el agua para que los deditos no se le queden arrugados como pasas –la risa de Ric se extendió por toda la villa–. Adelante: desnúdalo mientras yo lleno el lavabo.

Trabajaron en armonía. Cuando la temperatura del agua fue la adecuada, Sami le dijo:

–Mételo en el agua y déjale disfrutarla.

Le llegó al corazón ver el cuidado con el que sumergía al bebé, que agitaba entusiasmado brazos y piernas cuando el agua subía y bajaba al compás de sus movimientos. En medio de tanta algarabía se hizo pis, lo que su padre celebró con una carcajada.

Ella también se rio.

–Como ves, sus cañerías funcionan perfectamente. Ahora tendremos que volver a empezar.

Mientras el padre envolvía al niño en la toalla, dejó correr el agua y llenó de nuevo el lavabo. La barbillita le temblaba con el cambio de temperatura. Era adorable. Volvieron a sumergirlo.

–Este jabón es de glicerina, para lavarle el pelo y el cuerpo. Es

muy suave. Asegúrate de lavarle en las arruguitas del cuello y detrás de las orejas, que es donde se queda la leche que se le escurre.

Mientras él se dedicaba a la tarea con maestría para ser un debutante, ella preparó una toalla seca para envolver al niño.

–Es un bebé fuerte, Sami.

–Sí que lo es. De tal palo, tal astilla.

Él la miró en silencio. Luego echó polvos de talco al niño, aquella vez en su justa medida, y le puso el pañal sin problemas. Sami sacó un pijamita amarillo de la bolsa, que Ric le colocó sin problemas.

–Ya casi estamos –dijo Sami cuando le entregaba un pequeño cepillo suave, con el que el padre estuvo peinándolo casi un minuto.

Cuando terminó, lo alzó en brazos y lo giró hacia ella.

–¿Qué te parece, *mamma*?

El uso de la versión italiana de «mamá» la conmovió. Todo parecía tan natural que estaba olvidando que en aquella casa era solo una invitada, y que había una prometida que no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo allí.

–Nadie diría que es el primer día que ejerces de padre. Le ha encantado que lo bañases. Es más, tengo la impresión de que va a querer que lo hagas tú siempre. A este bebito le gusta el toque masculino, ¿verdad, tesoro?

Sami había superado los celos hasta el punto de que ya estaba disfrutando con todo aquello, y a juzgar por la emoción que veía brillar en los ojos de Ric, él tenía el mismo problema. Pero una cosa era bañar al bebé con la supervisión de Sami, y otra bien distinta imaginarse a Eliana ayudándolo una vez casados. Un agudo dolor le llenó el pecho al imaginárselo.

El pequeño Ric era adorable, pero haría falta ser una excepcional mujer para quererle dado que ella no le había traído al mundo. El resentimiento de Eliana estaría siempre presente por no haber podido ser la madre del primogénito de Ric, conde o no conde. Bulliría bajo la superficie y el niño percibiría la tensión.

Conocía a un buen número de mujeres a las que les iba perfectamente bien en un segundo matrimonio, pero era complicado combinar dos familias para formar una nueva. Sin embargo, su situación no podía compararse a la de ellas. Por un lado, Ric y ella eran desconocidos, y no marido y mujer. Por otro, Eliana aún no tenía hijos. Toda su vida se había preparado para

casarse con un aristócrata, un matrimonio en el que tener hijos sería un hecho de gran importancia, en particular el primero. Ric podía no querer ser el conde Degenoli, pero, en el fondo, Sami sabía que ese título formaba parte de su ser. Eliana iba a llevarse dos sorpresas cuando le revelara que había renunciado al título. Sentía lástima por ella.

Perdida en sus pensamientos, le entregó a Ric un biberón ya preparado.

–Mientras come, limpiaré el baño y me daré una ducha antes de irme a dormir.

Ric se quedó donde estaba, acunando al bebé, que ya había visto el biberón y lo esperaba.

–¿Dónde estabas hace un segundo?

Su voz sonaba serena, pero la exigencia palpitaba bajo la superficie. Aquel hombre penetraba en su pensamiento con demasiada facilidad.

–Estoy segura de que ya lo sabes –respondió ella–. Pero como has dicho antes, mejor no meternos en ese berenjenal ahora. Por el momento, lo mejor será que disfrutemos del niño. Como tu habitación está enfrente, seguramente lo oirás llorar por la noche. Si quieres puedes venir y darle el biberón. Sabes que están en su bolsa. Dejaré la puerta abierta.

La mirada de Ric recorrió sus facciones hasta que a ella le temblaron las piernas.

–Que duermas bien, Sami –murmuró, antes de salir de la habitación con el niño. Ella cerró la puerta y se apoyó en ella esperando que pasara la debilidad.

No lo consiguió.

Ric había visto a Sami vestida con traje de chaqueta, pero cuando a la mañana siguiente la vio entrar en el desayunador con vaqueros y un top marrón, se quedó contemplándola. Poco a poco su mirada fue bajando de sus ojos verdes y su cabello rubio a las sensuales curvas de su cuerpo. Su conocimiento íntimo once meses atrás siempre estaría fresco en su mente, e hizo que aquel reconocimiento visual fuese cien veces más fuerte, obligándolo a apartar la vista.

–¡Vaya, qué guapo estás! –exclamó ella dirigiéndose al niño, que estaba tumbado en la sillita que Ric había colocado junto a la mesa

para poder jugar con él.

–Acabo de darle el biberón, pero aún no se ha dormido. Así tenemos tiempo para conocernos mejor.

Sami besó al bebé en la mejilla.

–¿Te lo estás pasando bien con tu padre? ¿Ya te está leyendo el periódico mientras se toma el café? Si pudiera hablar te estaría llamando papi. ¿Cómo se dice en italiano?

–*Papa*.

–¡Así llamábamos Pat y yo al abuelo!

Su entusiasmo hizo que el bebé se animase más e hizo sonreír a Ric. Sami acariciaba la barriguita del bebé y a él le llegó su aroma a melocotón. Acababa de ducharse, y le costó Dios y ayuda resistirse a las ganas de agarrarla por las caderas y sentársela sobre las rodillas.

–Le encantan las mañanas y suele quedarse despierto un rato –le explicó–. Estar contigo lo ha estimulado tanto que puede que no cierre los ojitos hasta mucho más tarde –miró a Ric–. ¿Ha sido bueno?

–Creo que ya conoces la respuesta.

Ella apartó la mirada y se sentó en la silla que había frente a él. Parecía intimidarle estar demasiado cerca. Qué irónico después de lo que habían compartido en Austria.

–No le he oído llorar esta noche.

–Estabas agotada. Al verte dormida me he dado cuenta de que has cuidado tú sola de nuestro hijo durante estos dos meses sin nadie que te echara una mano.

–No puedo quejarme. Tener un hijo ha sido la alegría de mi vida.

–No todas las mujeres piensan lo mismo.

Sami no pudo evitar preguntarse qué clase de madre sería Eliana.

–¿Tenéis pensado tener hijos Eliana y tú?

–Desde luego. Llevo tiempo deseándolo.

–Hay hombres que no quieren ser padres.

Ric conocía a unos cuantos así, pero su propio padre era en sí mismo otra categoría. Quería un heredero, pero no quería actuar como padre, y mientras jugaba con los piececitos de su hijo se dio cuenta de todo lo que su padre se había perdido.

Entonces pensó en Sami. ¿Y si su exnovio, Matt, seguía insistiendo y terminaba casándose con él? ¿Qué clase de padrastro

sería para Ric? Cada vez le gustaba menos la idea.

–¿Te has levantado con él?

Su pregunta lo sacó de aquellos negros pensamientos.

–Sí. Hacia las cuatro me pareció que protestaba, y es que necesitaba un cambio de pañal.

Sami sonrió.

–Ayayay.... ¿qué tal ha sido tu primera experiencia de ese calibre?

–Conseguimos salir del atolladero, ¿verdad, *piccolo*?

El niño se había agarrado a su meñique. Toda su manita cabía en él, y se dio cuenta de que ninguna fuerza de la Tierra era tan grande como la que aquella manita en miniatura ejercía sobre su corazón. No quería que su hijo se agarrara a la mano de ningún otro hombre que no fuera la suya. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo posesivo que podía ser como padre.

Mara entró en el cuarto para rellenar la taza de café de Ric.

–Buenos días, Sami. Ahora que ya te has levantado, voy a servir el desayuno. ¿Café también?

–Preferiría un poco de zumo si es posible, pero no quiero causar molestias.

–¿Qué molestia ni qué molestia? No me dejas hacer nada por ti, y el *bambino* ni siquiera llora. ¡He estado esperando que surgiera una excusa para tenerlo en brazos!

–No te preocupes, que no tardarás en oírlo alto y claro. Y tienes mi permiso para tenerlo en brazos. Pero da unos gritos que hacen temblar al más pintado.

El ama de llaves salió riéndose.

–Le gustas, Sami.

–Eso es porque te quiere a ti, y por lo tanto quiere a tu hijo, que por otro lado es irresistible.

«Lo mismo que su madre». Las cosas inesperadas que hacía y decía habían tenido la alarmante habilidad de encantarle. Quizás por eso se había encontrado haciendo el amor con ella en la oscuridad de la avalancha.

En aquel momento no se le ocurrió pensar qué aspecto tendría. Era joven y estaba asustada, y lo único que él sentía era gratitud por no tener que enfrentarse a la muerte solo. Se habían necesitado el uno al otro y se habían consolado antes de acabar perdiendo la consciencia.

Fue cuando se despertó en el hospital y lo recordó todo cuando

quiso intentar encontrarla, hablar con ella. Sentía una curiosidad natural por ver qué aspecto tenía la mujer que le había ayudado a mantener la cordura, pero no se le había ocurrido pensar que pudiera ser tan atractiva.

Cuando el día anterior había entrado en el despacho del comisario Coretti, se había sentido atraído por aquella desconocida rubia más allá del interés normal que podía despertar en él una mujer guapa. A lo largo de su vida había estado con mujeres muy guapas, entre las que se contaba su prometida, pero aquella atracción era diferente.

El hecho de que hubiese solicitado aquel encuentro con el comisario manteniendo tanto secretismo acerca del asunto que la relacionaba con su padre debería haberle servido de disuasorio, pero había ocurrido precisamente lo contrario. No eran muchas las personas que desprendían ese atractivo.

Sentados a la mesa del desayuno, Ric se dio cuenta de que la química que había entre ellos crecía, algo que no debería ocurrir. Al final iba a resultar que haberla llevado a Chipre había sido un error.

Tenía que llamar a Eliana, pero había estado retrasándolo. Una vez oyera la voz de su prometida, la magia de aquel encuentro con Sami y su hijo se evaporaría, y aún no estaba preparado para eso.

El bebé había pasado a ser el centro de su vida en un abrir y cerrar de ojos. Había ocurrido en el instante en que se había acercado a la cuna en la habitación del hotel y le había visto allí tumbado, tan pequeño e indefenso. El parecido con la familia Degenoli solo había hecho crecer su asombro.

Mientras estaba perdido en sus pensamientos, Mara había servido el desayuno, y para cuando lo terminaron, había diseñado un plan para permanecer ocupado. Así no pensaría tanto. No quería darle tantas vueltas a la cabeza, sino disfrutar del momento.

–Sami, ¿te gustaría dar un paseo en barco?

–¡Me encantaría!

–Bien. Así podrás ver Paphos desde el agua. El mar está en calma y no hace frío. A Ric le encantará. Tenemos trajes de baño y de neopreno a bordo, nos llevaremos a Daimon y a Mara con nosotros.

Sami dejó la copa que tenía en la mano.

–¿Has oído eso, tesoro? Nos vamos a correr aventuras. Tendremos que ponerte el jerseycito verde y el mono.

Así, sin más, había aceptado su plan, lo cual podía significar

varias cosas: si quería encontrar una distracción que le permitiera olvidarse de sus temores, acababa de proporcionársela. Pero si estaba nerviosa por estar con él porque sentía la misma atracción que él por ella, sentía curiosidad por descubrirlo, aunque debería ser lo último que le rondara por la cabeza en aquel momento.

Llamó por teléfono a Daimon y le pidió que Mara y él se unieran a ellos para la excursión, y luego llevó a Ric al dormitorio de Sami para vestirlo. Después fue al suyo para ponerse el bañador y una camiseta.

Entre ambos prepararon todo lo que iban a necesitar y salieron de la casa por la puerta que daba al mar. Mientras ella tenía al niño en brazos fue sacando chalecos salvavidas para todos, se los pusieron y embarcaron. Daimon ayudó a separar el barco del muelle y subió a bordo.

El barco de Ric tenía una pequeña bodega y en la cubierta un techado, de modo que el bebé iba protegido del sol. Sami se sentó junto a él en el banco, al lado del timón. Despacio fue saliendo del muelle hasta alcanzar la primera boya. Una vez allí aceleró y el barco se deslizó sobre la superficie del mar en calma. Ric no dejaba de mirar a su hijo, que lo observaba todo con los ojos muy abiertos.

–¿Crees que le gusta? –le preguntó a ella.

Sami sonrió.

–¿Y precisamente tú me lo preguntas, cuando el agua salada le corre por las venas? –la sonrisa de Ric le puso patas arriba el corazón–. Estoy segura de que los sonidos y la vibración del barco lo tienen alucinado.

–¿Y a ti?

–Yo adoro el mar, pero hacía mucho tiempo que no disfrutaba de algo así. Esto es un lujo. He venido a Europa en varias ocasiones con Pat y su marido, pero nunca había llegado tan al sur. Chipre es precioso.

–Es un lugar lleno de historia –Ric señaló a una ciudad en la distancia–. Eso que ves ahí es el nuevo Paphos. La casa de la familia de mi madre está allí.

–¿Y quién vive en ella ahora?

–Mi tío y su familia. Quizás te guste saber que también hay allí una ciudadela antigua, del periodo micénico, hace unos tres mil años. Una de las principales atracciones es el templo de Afrodita.

–¡Los mitos griegos! Tuvimos que estudiarlos en las clases de inglés del instituto, y a mí me encantaban. Pero la gran diferencia

es que tú creciste entre ellos. Menudos escenarios: Génova y Chipre. Ya te he contado que a mi hermana y a mí nos criaron nuestros abuelos. Desde nuestra casa de Oakland veíamos la bahía de San Francisco, pero aquí tienes el mar en la puerta.

–Te confieso que me encanta salir de la casa y estar ya en el agua.

–¿Y a quién no?

–Háblame de tus padres.

–Mi padre conducía por la autopista cuando hubo un terremoto. Nosotras éramos muy pequeñas y casi no nos acordamos de ellos, pero los abuelos los mantuvieron vivos por nosotras.

–Siento que los perdieras así. Cuéntame más cosas.

Detuvo el motor y se volvió hacia ella.

–Mi padre era ingeniero químico y mi madre se quedó en casa para criarnos. Crecí pensando que me gustaría dedicarme a lo mismo que mi padre, pero descubrí que me gustaban los ordenadores. Hace un año, el otoño pasado, empecé a estudiar Ingeniería Informática. Si hay algo que de verdad he echado de menos en la vida es a mis padres. Cuando era pequeña envidiaba a mis amigas por tener madre y padre... no me malinterpretes, porque yo adoraba a mis abuelos, pero nada puede ocupar el lugar de unos padres dedicados y cariñosos.

–Dedicados y cariñosos –repitió Ric en voz baja. En aquel momento se sintió más decidido que nunca a permanecer al lado de su hijo por muchos obstáculos que hubiera en ese camino–. Cuando mencionaste lo de tus estudios, pensé que me hablabas de algo más sencillo. Me deja impresionado que seas capaz de hacer una carrera siendo al mismo tiempo una madre excepcional. Tienes fuego en tu interior, Sami, y eso es algo muy poco común.

Ella le dedicó una sincera sonrisa.

–Eres un adulador.

–Es la verdad. ¿Por qué viniste a Europa la última vez?

–Durante las vacaciones de enero, Pat me dio un billete para que viajase a Innsbruck. Si no aprovechaba la ocasión pasaría mucho tiempo antes de que pudiera disfrutar de otras vacaciones, y acababa de romper con Matt. Mi hermana quería que revisara varios hoteles de la zona y que les remitiese información sobre ellos porque envían muchos grupos de turistas a esquiar a Austria a través de la agencia. El día de la avalancha me había registrado en uno para ver algunos pueblecitos, y mientras estaba en Imst me

pasé por el hotel para conocerlo y esperar a que pasara la tormenta –hizo una pausa–. El resto ya lo sabes.

Él tardó un instante en hablar.

–Mientras tú esperabas, yo acababa de dejar a mi padre en la habitación. Tenía ganas de echarse una siesta, así que yo decidí bajar a dar una vuelta por el pueblo. Recogí el abrigo y me dirigí a las escaleras. Antes de que hubiera podido ponérmelo fue como si una bomba hubiera estallado en el hotel. Unos segundos después me encontré atrapado en la oscuridad. Oí gemir a alguien y di gracias al cielo por no estar solo. Esa persona resultaste ser tú. Las posibilidades de que nos encontrásemos aquel día en aquel momento son imposibles de calcular, Sami.

–Lo sé.

–Me parece que voy a tener que darle las gracias a tu hermana por la existencia de nuestro hijo. ¿Le has contado ya que has localizado a Alberto Degenoli?

–Sí –respondió Sami, apartando la mirada–. He hablado con ella esta mañana, antes de desayunar.

–¿Y cuál ha sido su reacción?

–Pues la más natural: no podía creérselo.

–¿Se lo has contado todo?

–Sí.

–Y, claro, no le parece bien que estés aquí conmigo.

–No. Pero ella también es madre y sabe que Bruce adora a sus hijos. En ese sentido comprende que tú y yo estamos en una situación sin precedentes.

–Entonces, ¿no te ha dado ningún consejo?

–No.

–Creo que tu hermana me cae muy bien.

–Te encantaría. Es tan desprendida como tú.

–Antes de que me lances cumplidos, no te olvides de que aún no he hablado con Eliana. Incluso mi propia familia me pondría verde por retrasar lo inevitable para dedicarme a disfrutar aquí de mi hijo.

–Pero ellos no están en tu lugar. Yo te comprendo.

Después de que se hubiera resistido tanto a la idea de ir allí, que lo defendiera le resultó muy gratificante.

–¿Por qué hay tantos barcos ahí? –le preguntó ella.

–Son de gente que está buceando. Ahí abajo están los restos del naufragio del *Dhimitrios*. Es una zona de buceo habitual.

Ella lo miró con curiosidad.

–¿Tú buceas?

–Buceé mucho de joven. ¿Y tú?

–Con bombona, nunca. He hecho mucho *snorkeling* y surfing en Carmel en verano, pero Matt es el experto.

Matt otra vez.

–¿Y si nos damos un chapuzón? Mara y Daimon cuidarán de Ric. Abajo hay un camarote con todo el equipo, incluido el traje de neopreno de mi hermana Claudia si lo quieres. También hay aletas.

–¿Y tu prometida también bucea?

–No. Lo suyo son los caballos. Cuando tengo un rato vamos muchas veces a montar por su propiedad, pero tengo que admitir que prefiero los deportes de agua. ¿Y tú?

–Yo sé un poco de todo, pero no soy experta en nada.

–¿En nada?

–En tenis de mesa, quizás.

–Veamos qué tal nadadora eres.

Sami besó al bebé y bajó a hablar con Mara y Daimon, que estaban encantados de tener la oportunidad de cuidar del bebé, y volvió a subir en menos tiempo del que Ric esperaba, llevando puesto un traje de buceo que se le pegaba al cuerpo y dibujaba las curvas que él había memorizado hacía tiempo ya. El deseo le asaltó.

Sami se sentó en el banco para ponerse las aletas. Intentar mirar hacia otro lado que no fueran sus bien contorneadas piernas era imposible.

–Cuando quieras.

Ric se quitó la camiseta.

–Vámonos.

La ayudó a sentarse en el borde del barco para que pudiera saltar, y él hizo lo mismo. Cuando su cabeza mojada volvió a aparecer pensó que no había visto a nadie con una belleza natural semejante a la suya.

–Iremos nadando hasta esa piedra grande de allí. No está lejos, pero si te cansas dímelo y le pediremos a Daimon que traiga el barco. El mar se pone más bravo allí.

Sami se alegró de estar en el agua. En el barco, de frente a él, no había podido quitarle ojo a sus largas y fuertes piernas mientras hablaban. Casi había perdido el hilo de sus pensamientos por ello.

Él nadaba despacio para que pudieran avanzar los dos al tiempo, y a ella las aletas le proporcionaban el empuje necesario para seguirle. Cuanto más se acercaban a la roca, más crecían las olas, y estando ya cerca quedó hechizada por la belleza del sol en el agua.

Ric fue el primero en llegar y le ofreció la mano para tirar de ella y ayudarla a subir.

–¿Qué lugar es este?

Tenía la respiración agitada, pero era más por verlo sin camiseta. Su cuerpo le estaba dejando la boca seca. Era una reacción parecida a la de estar atrapados: sin verle ya había sabido que era excepcional en muchos sentidos.

–El lugar donde nació la diosa Afrodita. La leyenda dice que nació de la espuma que salía de las olas al golpear la roca. Si llevaras el pelo largo y suelto, serías su personificación.

Sami se echó a reír a carcajadas.

–¡Ay, los italianos! No tenéis precio.

–Yo soy medio chipriota, educado entre leyendas de Zeus. Temiendo que la belleza de Afrodita generara celos entre los otros dioses y causara la guerra, su padre la casó con Hefestos.

–Yo también conozco esa historia. Afrodita le fue infiel a su marido y tuvo muchos amantes.

Uno de ellos fue el joven Adonis. Con su pelo negro y ondulado, y su piel morena caldeada por el sol, Ric podría ser una versión adulta del joven. Sin embargo, nunca había visto a Adonis representado con vello en el pecho... mejor no hablarle a Ric de sus pensamientos.

–Y tuvo muchos hijos por ello –bromeó Ric.

–Yo solo he tenido uno, y me temo que no doy más de sí.

Los ojos negros de Ric brillaron.

–Nuestro hijo es tan perfecto que pondría celosos a los dioses.

El tono de su voz le puso la carne de gallina.

–Pues menos mal que Zeus no existe –respondió. Ya tenía bastante con saber que Eliana desconocía la existencia de su hijo. Temía su reacción.

No debería estar a solas con él allí. Miró a su alrededor. Había una ladera de piedras en la distancia.

–Todo sigue tal cual aquí. No se ha estropeado.

–Puede que no en este momento, pero más tarde vendrán montones de turistas al café que queda encima de la playa. Creen que estas aguas tienen poderes místicos que pueden calmar a un

alma atribulada. Ya verás cómo vienen aquí a contemplar la puesta de sol. Esa es la belleza que tiene llegar por barco: cuando quieres puedes alejarte de todos los demás y presenciar la puesta de sol en mitad del mar.

Seguramente crecer en aquellas aguas había cultivado en él un lado poético.

–¿Quieres decir que te gusta estar solo?

–A veces. Si estás con la persona adecuada, no necesitas a nadie más.

Le había dicho que no estaba enamorado de su prometida. Quizás echara de menos a alguna mujer de su pasado que había sido importante para él. Quién sabe.

–Gracias por traerme aquí. Qué suerte tengo. Cuando llegué a Italia ni se me pasaba por la cabeza la posibilidad de que pudiera estar en la cuna de Afrodita dos días después.

–Entonces podrás imaginarte mi incredulidad al pensar que la mujer con la que quedé atrapado está en esta roca conmigo.

Sami apartó la mirada.

–Creo que deberíamos volver al barco. Aunque Ric esté bien, no quiero que Mara y Daimon se preocupen porque llevemos mucho rato lejos.

–No creas. Mis guardaespaldas nos mantienen vigilados.

–¿Desde dónde? –preguntó sorprendida.

–Desde la orilla y desde ese bote de ahí –señaló él.

No se había dado cuenta. La presencia masculina de Ric lo dominaba todo.

–La verdad es que saben cómo pasar desapercibidos. Debe de ser difícil estar vigilando a una persona mientras se lo pasa bien. Espero que les pagues un buen sueldo.

La risa de Ric llenó el aire.

–Verás qué caras ponen cuando se lo cuente.

Sami sintió que se le coloreaban las mejillas.

–¿Son los mismos que me siguieron desde la comisaría?

–No estoy seguro. Hay varios turnos.

–¿Crees que se escandalizarán de verte con otra mujer que no sea Eliana?

–Quizás. Pero lo importante es que ya saben que Ric es hijo nuestro, así que estarán demasiado ocupados preservando nuestras vidas para poder hacer mucho más.

Aunque brillaba el sol, ella sintió que una sombra oscura pasaba

sobre ellos.

–¿Has tenido muchas amenazas en tu vida, Ric?

–Las suficientes para buscar protección, pero no quiero que te preocupes por ello.

–No me preocupo. Me sentí a salvo contigo en aquella avalancha y me siento igual ahora.

–Me alegro. ¿Nos vamos?

–Nos vamos.

–Te echo una carrera hasta el barco.

–¡Pero si tú cortas el agua como ese delfín que vimos cuando veníamos hacia aquí! ¿Qué posibilidades tengo?

–Lo de los delfines te ha dado ventaja.

–¿Ah, sí? Ya veremos.

Y se lanzó al agua decidida a vender cara su piel, aunque el mar estaba algo más rizado y era más difícil avanzar. Creía estarlo haciendo bien hasta que había recorrido las tres cuartas partes de la distancia y se sintió cansada.

Ric lo vio y le pidió que se subiera a su espalda.

–Agárrate fuerte a mis hombros.

Ella obedeció y le dejó hacer todo el trabajo. La sensación de surcar el agua sobre él le dio una descarga de adrenalina. Cuando llegaron a la escalerilla del barco se soltó, ya que no quería que supiera lo mucho que lo había disfrutado. No se había imaginado que volvería a estar tan cerca de él.

Ric se volvió, y el movimiento les lió las piernas.

–¿Estás bien, Sami?

–Sí, sí… estoy bien.

Qué mentirosa.

–Te quitaré las aletas para que subas mejor.

«No…». No quería que la tocase, pero ya era demasiado tarde. Trabajaba muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos se las había quitado y las había echado al bote; ya sin impedimentos, Sami pudo subir a cubierta. Ric iba detrás, y se rozaron con el movimiento.

Daimon estaba allí ofreciéndole una toalla.

–¿Has disfrutado?

–Sí, gracias. Ha sido un viaje maravilloso, pero antes de volver a repetir tendría que ponerme en forma. El pobre Ric ha tenido que salvarme al final.

Lo cual no era nuevo. Ya lo había hecho once meses atrás.

–Supongo que eres consciente de que no ha sido precisamente

una penitencia –le susurró él al oído antes de irse para la proa a ver al niño. Sami sintió el calor de su aliento en cada fibra de su ser antes de seguirlo.

Mara estaba sentada bajo el pabellón de tela dándole de comer y al verlos llegar, sonrió.

–Es un angelito. Esperaba que tardaseis más en volver.

–Tú sigue con el biberón, por favor, que yo voy volando abajo para darme una ducha y cambiarme.

–Tómate el tiempo que quieras.

Qué delicia tener una niñera como Mara, pero era mejor no acostumbrarse a semejante lujo.

Una vez se quitó el traje de neopreno, la ducha caliente le sentó bien. Se lavó el pelo, se vistió con sus vaqueros y su camiseta y salió del baño con una toalla. Cuando empezaba a secarse el pelo, un par de manos fuertes se hicieron cargo de la toalla.

Creía que Ric estaba arriba con el bebé.

Ningún hombre le había secado antes el pelo, pero estaba visto que con Ric iba a experimentar todos los aspectos más maravillosos de ser una mujer. ¡Qué delicia! Cuando ya no pudo soportar más tiempo el contacto de sus manos porque el cuerpo le pedía más, se separó de él y recuperó la toalla.

–Gracias –le dijo, incapaz de mirarlo a los ojos–. Ya sigo yo.

Le estaba bloqueando el paso, y seguramente era deliberado.

–Has estado fantástica en el agua –le dijo con su voz profunda–. Habrás tenido muy pocas ocasiones de nadar después de haber dado a luz a nuestro hijo, y sin embargo, estás increíblemente en forma. Además, en mar abierto. Estoy impresionado.

Iba a tener que quitarle intensidad al momento como fuera si no quería echarse en sus brazos. Se apartó el pelo de los ojos. El agua se lo había dejado más rizado.

–Creo que yo también estoy impresionada.

O, al menos, lo había estado hasta quedarse sin energía.

–He disfrutado del día de hoy, *signorina* Argyle.

–Yo también.

–Cuando estés lista, ven a la cocina y preparamos la cena.

–¿Te gusta cocinar?

–Lo llevo en la sangre.

–Yo creía que en las venas tenías agua de mar –bromeó ella.

–Forma parte de la misma cosa –dijo Ric, y la besó en la punta de la nariz–. Cuando hayamos cenado tranquilamente, levaremos

anclas y volveremos a tierra.

Capítulo 5

Tras comer un menú de degustación griego con sus platos favoritos, Ric se dio unas palmaditas en la tripa mientras miraba al bebé en su carrito. Había acabado quedándose dormido, y Sami y él estaban solos en la cubierta contemplando la puesta de sol. La noche era idílica.

–Sami... tengo curiosidad por saber algo. Si no hubieras viajado a Innsbruck, ¿crees que habrías cambiado de opinión respecto a Matt?

La posibilidad de que volvieran a unirse le estaba inquietando hasta el punto de atreverse a preguntárselo.

–No.

–Sin embargo, desde la avalancha, le has dejado la puerta abierta.

Ella suspiró.

–Al saber que estaba embarazada, me di cuenta de que una personita iba a depender por completo de mí. Cuando era pequeña perdí a mis padres, y me parecía tan triste la posibilidad de que mi hijo no tuviera padre que decidí que pasaría con él todo el tiempo que tuviera. Matt es un tipo estupendo y no me cabe duda de que sería un gran padre. Quizás con el tiempo podría aprender a quererlo. Tú sabes bien a qué me refiero. Pero si nos casábamos pensé que él se sentiría siempre en segundo lugar, después del bebé, y eso tampoco era justo. Se merece empezar una relación con una mujer que no tenga una historia como la mía. Nadie tiene una historia como la nuestra, Ric –añadió, y su expresión se volvió reservada–. Puede que más adelante cambie de opinión y vuelva a ponerme en contacto con él, aunque también es posible que para entonces haya encontrado a otra persona. No sé. Por ahora tengo que encontrar mi propio camino sola.

Ric tuvo la sensación de que alguien caminaba sobre su tumba. Su sueño de pasar una semana a solas con ella y el bebé acababa de convertirse en humo. Lo que había detrás era demasiado fuerte, demasiado serio para seguir dándole la espalda.

–Lo mismo pienso yo –respondió–. Hace fresco. Es hora de volver.

Esperó que ella le pidiera que se quedasen un rato más, pero no dijo nada. Pulsó el botón que recogía automáticamente el ancla y volvieron a la villa sin hablar.

Cuando el muelle estaba ya cerca, Daimon y Mara salieron a cubierta. Daimon saltó para asegurar los cabos. Ric saltó también para ayudarlo y estando allí agachado miró a Sami, que estaba quitándole el chaleco al bebé.

–He tomado una decisión, Sami –le dijo, y ella se volvió a mirarlo–. Eliana está esperando a que la llame, pero necesito antes tu opinión porque pase lo que pase a partir de este momento, estamos juntos en esto.

Ella lo miró seria.

–¿Mi opinión sobre qué?

–¿Nos volvemos a Génova mañana por la mañana? Una vez estemos instalados en el *palazzo* la invitaré a venir a conoceros a ti y a Ric. O puedo pedirle que tome el avión de su familia y que venga hasta aquí mañana por la tarde. ¿Qué opción prefieres?

Sami le entregó al niño antes de subir al muelle con la bolsa de sus cosas.

–Me alegro de que te hayas decidido a contárselo. Es lo que debes hacer. Creo que deberíamos hacerlo aquí, donde no hay nadie más que pueda oírlo. Como tu futura esposa, se merece toda la consideración que podamos darle. Esto le va a resultar muy doloroso.

–Estoy de acuerdo.

El valor y la integridad de Sami hacían de ella una mujer sorprendente.

–Además, será la madrastra de Ric –añadió, y se dio cuenta de que le temblaba la voz–. Si es posible, querría ser su amiga, aunque me doy cuenta de que va a necesitar tiempo para asumir la sorpresa que se va a llevar.

Desde luego había una bondad en ella que no estaba presente en muchas personas. Que la madre de su hijo fuera así le hacía sentirse muy feliz y al mismo tiempo muy humilde.

–De acuerdo. La llamaré desde dentro y le diré que quiero que venga mañana por la tarde. No le diré por qué hasta que la recoja en el aeropuerto. Hasta entonces, disfrutemos de nuestras vacaciones cuanto podamos. Mañana me gustaría que disfrutásemos

un rato de la piscina, ¿qué te parece, *piccolo*?

Ric abrazó al niño consciente de que solo le quedaban veinticuatro horas antes de que todo cambiase.

Sami subió a su habitación para acostar al niño, que se había quedado dormido. Ric la siguió. Después de taparlo con una mantita ligera se incorporó y se encontró demasiado cerca de Ric, quien en lugar de apartarse, puso las manos en sus hombros. Sus ojos, tan negros y vívidos, devoraban sus facciones.

–Si tú y yo hubiéramos ido a parar al mismo hospital después de la avalancha habríamos podido conocernos a la luz del día y apoyarnos el uno al otro mientras le dábamos las gracias a la providencia por habernos salvado. Es una deuda que tenemos pendiente hace mucho tiempo y hoy, después de haber pasado todo el día contigo, necesito abrazarte. Por favor, déjame hacerlo.

Y la abrazó contra su cuerpo antes de que ella pudiera contestar. Ric apoyó la cabeza en su pelo y le acarició la espalda. Sami gimió e instintivamente se pegó más a él. Sentirle así, percibir su aroma tan masculino, le resultaba tremendamente familiar. El modo en que la tocaba y le besaba el cuello le produjo una sensación de *déjà vu*, y la sangre se le volvió lava. Su contacto tenía la capacidad de volverle líquidas las entrañas.

Todo estaba siendo como antes. No tenía aire suficiente para respirar entonces y tampoco ahora, pero no por estar sepultada por toneladas de nieve. Aquella vez había sitio para ponerse de pie y el fragante aire de las flores que crecían en el jardín entraba por las ventanas y las puertas de la villa. Una vez más había vuelto a embriagarla, anegando sus sentidos, silenciando su conciencia.

–Eres la mujer sin artificios más hermosa que conozco, Sami, y te deseo aún más que antes.

Y buscó su boca en un frenesí de necesidad que ninguno de los dos pudo controlar.

Más tarde no podía recordar cuándo la había llevado a la cama. Solo sabía que había acabado allí con él, respondiendo al deseo que sentía por aquel hombre que amenazaba su capacidad de raciocinio. Cada beso era puro éxtasis. Se sentía cayendo, cada vez más, y más.

–Desde la avalancha he soñado con nosotros tantas veces… y ahora estás viva, Sami.

–Lo sé. Yo tampoco acabo de creérmelo.

Besó la cicatriz que el golpe de la viga le había dejado en la frente, y al hacerlo de pronto se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Ric iba a buscar otra vez su boca cuando se levantó de pronto y se alejó para que no pudiera tocarla. Tuvo que agarrarse al borde de la cómoda para no perder el equilibrio.

–No nos hagas esto. Vuelve –le rogó él desde la cama. Sus ojos eran dos brasas.

El deseo la hacía temblar.

–¿Acaso crees que yo no lo deseo? Pero no podemos hacer lo que queremos sin más, Ric. Está claro que tú y yo sentimos una atracción por lo que ocurrió durante la avalancha y el milagro de haber vuelto a encontrarnos, pero eso es todo. Por ahora no hemos hecho nada de lo que tengamos que avergonzarnos. Por eso esto tiene que parar aquí y ahora, para que no vuelva a ocurrir nunca.

Él se levantó de la cama. Estaba todavía más guapo con el pelo revuelto.

–¿Qué estás diciendo, Sami? –le preguntó con voz de hielo.

Ella retrocedió.

–Estoy diciendo que en Austria tú y yo fuimos como dos cuerpos que se encuentran en el espacio. Pero esos dos cuerpos hace tiempo que describen órbitas distintas a pesar de la atracción que hemos sentido hoy. Supongo que es comprensible dado que ambos creíamos muerto al otro.

Ric se cruzó de brazos.

–Y ahora que hemos descubierto que estamos vivos, ¿qué haremos la próxima vez que nos veamos y volvamos a sentir esa atracción?

Ella respiró hondo.

–Pues nos enfrentaremos a ella. Tenemos que hacerlo. Sí, compartimos una conexión increíble en la avalancha, pero eso no era la vida real. Tú estás a punto de casarte. Yo tengo mis estudios.

Él no respondió.

–En enero reanudaré mi carrera. Necesito acabar como es debido mis estudios para poder ganar lo suficiente para Ric y para mí.

Un músculo le tembló a Ric en la sien, cerca de donde se había herido.

–¿Y dónde es eso exactamente?

–En la universidad de Reno. Trasladé allí mi matrícula al marcharme de California. Lo mejor es que el departamento de

Ingeniería Informática tiene un programa nocturno, de modo que podré estar con Ric durante el día. He llegado a un acuerdo con varias mujeres cuyos hijos yo cuidaré durante el día y ellas cuidarán de Ric por la noche. Está todo organizado. Y tú vas a casarte dentro de unas semanas. Cuando Eliana y tú lo hayáis hablado mañana por la tarde, los tres nos sentaremos y organizaremos un régimen de visitas que nos beneficie a todos. Espero que acepte bien la situación porque todo será más fácil.

Ric se acercó a ella.

–¿Y crees de verdad que todo va a ser así de simple? –le preguntó con una inflexión en la voz que le sonó peligrosa.

–No –respondió, mirándolo–. ¿Tienes tú una solución mejor? Porque si la tienes, estoy dispuesta a escucharte, pero no esta noche. Estoy muy cansada después de la paliza de nadar que nos hemos dado. Todos necesitamos descansar.

Él no se movió.

–Si me necesitas para algo, estaré en el estudio de la planta baja haciendo una llamada.

«Por favor, márchate y deja que nos olvidemos de este momento», rogó Sami en silencio.

Él debió de leerle el pensamiento porque un segundo después ya no estaba.

Sami se despertó tarde a la mañana siguiente. Cuando bajó descubrió que Mara había servido el desayuno en el patio de la piscina. Ni Ric ni el bebé estaban por ningún lado, pero su cochecito sí. Cuando se estaba sentando los vio aparecer por una de las puertas. Ric llevaba al pequeño en brazos. Se miraron a los ojos.

–Buenos días. Siento haberme levantado tan tarde.

Él se acercó para que pudiera besar al niño.

–De eso se trata cuando se está de vacaciones. Así, Ric y yo hemos tenido la oportunidad de dar un paseo y de charlar de hombre a hombre.

Ella sonrió.

–¿Habéis arreglado el mundo?

–Por supuesto.

Él le devolvió la sonrisa.

Aparentemente, parecía no tener una sola preocupación en el mundo, pero Sami no podía disimular la tensión que sentía.

Necesitaba conocer la respuesta a la pregunta que ardía en deseos de hacer.

–¿Pudiste hablar anoche con Eliana?

Él asintió.

–Llega esta tarde a las seis y media.

–Supongo que no sospecha nada, y eso me pone nerviosa.

–Si te sirve para calmar tu ansiedad, le dije que tenía algo de suma importancia que hablar con ella, lo cual la habrá puesto en alerta, y eso es bueno –Ric respiró hondo–. Si hubiera a quién culpar en todo esto... pero no lo hay. Tú y yo nos aferramos a la vida hasta nuestro último aliento, y si eso es un pecado, que lo sea, pero no pienso permitir que nuestro hijo sufra por ello.

–Te creo.

Sami no sabía cómo iba a enfrentarse a Eliana, pero iba a tener que hacerlo fuera como fuese. Sin duda la novia de Ric sería una mujer excepcional, porque si no él no se casaría con ella, pero cuando las presentara y se mirasen la una a la otra, los ojos de Eliana estarían contemplando a la mujer con la que Ric había hecho el amor en la más absoluta oscuridad y a resultas de lo cual su futuro marido tenía un hijo.

¿Distinguiría un atisbo de comprensión en su mirada o solo amargo resentimiento?

Miró al cielo, azul como si lo hubieran pintado con acuarelas, y la temperatura había subido hasta casi veintidós grados. Costaba trabajo creer que estaban en diciembre.

Sami echó una mirada a Ric, que se había ido a una de las tumbonas a jugar con el niño. Una vez le contase a Eliana la verdad todo se sabría, y no tendría que aplacar solo a su prometida, sino a sus respectivas familias, amigos, todo aquel que lo conociera y lo quisiera tendría preguntas que hacer.

Lo más difícil de todo sería asimilar que un acto tan íntimo como el suyo, un acto que les costaba explicarse incluso a ellos mismos, iba a ser del dominio público. Dada la preeminencia de Ric, los dos pasarían a ser blanco de maledicencias y cotilleos. Esa clase de notoriedad le iba a ser muy molesta, pero tanto el niño como ella estarían de vuelta en Reno en breve, donde no tendría que lidiar con los paparazzi las veinticuatro horas del día. Sería él quien tendría que soportarlo. Y sería su matrimonio lo primero en resentirse. Y aunque sabía que él estaría dispuesto a llegar a donde hiciera falta para proteger a su hijo, sería inevitable que el niño

sintiera la presión y que tuviera que acostumbrarse a vivir inmerso en ella toda su vida.

Su deseo de animar a Ric antes de que Eliana llegase la empujó a levantarse de la mesa.

–Discúlpame un momento. Enseguida vuelvo.

–No tardes, que nos gusta tu compañía.

Subió rápidamente a su habitación. Era un regalo que había empezado a preparar poco después de enterarse de que estaba embarazada. Poco se imaginaba ella que iba a poder dárselo a Ric en persona.

El fondo de su maleta no estaba ocupado solo por leche de bebé. Abrió la tapa y sacó el álbum que había envuelto en papel de regalo, y con él apretado contra el pecho, bajó de nuevo a la piscina.

Él estaba tan ocupado con el bebé que no la vio llegar.

–Feliz Navidad de nuevo, Ric –le dijo.

Él se volvió y ella le ofreció el paquete.

–Iba a dárselo a tu padre como regalo de Navidad, pero ahora creo que es mejor que lo tengas tú.

Ric se incorporó para abrirlo y ella tomó en brazos al bebé para verle pasar las páginas.

Sami lo había puesto todo allí: fotos de ella, de sus abuelos, de sus padres, de la familia de su hermana, del apartamento de Reno, la foto que le habían sacado a Ric en el hospital nada más nacer, tarjetas de amigos felicitándola, comentarios del pediatra, más fotos del niño cuando tenía una semana, luego dos, tres, su habitación, su cuna, sus juguetes. Todo lo que se le ocurrió que pudiese alimentar los recuerdos de su abuelo.

–Esas tres fotos son de las ecografías. Es increíble que esa cosita tan pequeña sea nuestro Ric, ¿verdad? El técnico me dijo que tenía un latido fuerte y que todo parecía normal. No te imaginas qué alivio sentí.

Ric estaba tan callado que se preguntó si le ocurriría algo. Luego la miró con sus ojos negros brillantes como estrellas.

–Lo conservaré siempre, Sami –le dijo con una voz casi irreconocible.

–Cuando me dijiste que te daba pena haberte perdido sus dos primeros meses de vida y que no querías perderte nada más, me alegré de haber hecho esto por partida doble. Mientras lo disfrutas, voy a echar a este caballerete a dormir su siesta.

–¡Espera! No te muevas de donde estás.

Se levantó y entró a toda prisa en la casa. En un minuto salió de nuevo con Daimon.

–Nos va a hacer una foto con el móvil –explicó. Se colocó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, acercándola tanto que ella sintió un estremecimiento–. Quiero que sea para la posteridad. La pondré en la última página del álbum. Sácanos unas cuantas, Daimon. Luego quiero que Mara y tú poséis con el niño. Estoy decidido a llenar otro álbum de recortes en un abrir y cerrar de ojos.

«¿Cuándo, Ric? Aquí, en la isla, la vida no es real».

Cuando terminaron con las fotos subieron a acostar al niño y salieron de la habitación sin hacer ruido. Sami pensó que Ric emplearía aquel tiempo libre para hacer lo que hubiese ido a hacer a Paphos, de modo que nada podría haberla sorprendido más cuando le dijo que quería que lo acompañase al pueblo.

–Le he pedido a Mara que cuide del niño mientras estemos fuera. Quiero enseñarte la parte antigua de la ciudad.

–¿Y qué pasa con tu trabajo?

–Está en marcha.

¿Cuándo lo hacía? ¿En plena noche? ¿Cómo podía ocuparse del niño y de sus obligaciones?

–Si te parece que tienes tiempo, me encantaría ver un poco de la isla.

Mientras fuese con él, poco le importaba lo que hicieran. Estaba almacenando recuerdos para cuando volviese a casa.

–Hace un tiempo estupendo para ir sin abrigo, pero si quieres llevártelo, te espero abajo.

–Estoy bien así.

Cuando sus ojos sonreían de ese modo, se sentía completa.

–Entonces, aprovechemos el tiempo.

En cuestión de minutos conducían por la A6 en dirección a la ciudad que habían sobrevolado el día anterior, una urbe costera de cuarenta y siete mil habitantes de la que él le fue contando los orígenes

Una vez llegaron a la parte más nueva de Paphos, Ric se detuvo a comprar un carrito para el niño.

–Lo necesitaremos. Me gustaría llevarlo con nosotros cuando demos un paseo o en la villa.

Sami vio una tienda de ropa y entró a comprarse algo más que

ponerse. Todo estaba adornado para Navidad. Un poco más allá, Ric la llevó a una pastelería en la que vendían bebidas y *loukoumades*. Compró una bolsa de aquellas deliciosas bolas de donut con sirope para irlas comiendo durante la visita.

–Mis amigos y yo nos poníamos hasta las orejas de bolas de estas.

–Lo comprendo. No se puede comer solo una.

Siguieron con el recorrido. Nadie era más divertido que Ric cuando estaba despreocupado, y ella fue aceptando todas sus ideas porque era incapaz de decirle que no.

–Delante tenemos Palaepaphos, la ciudad vieja. Era la capital de la isla en tiempos grecorromanos, y el punto en el que se centralizaba el culto a Afrodita en todo el Egeo. Voy a llevarte a que veas algunos de los más impresionantes mosaicos que se conservan del palacio del cónsul romano.

Pasaron dos horas explorando restos de villas, palacios, teatros, fortalezas y tumbas.

–Todo esto es increíble, Ric.

–¿Verdad? Me pasaba aquí las vacaciones creyéndome que estaba en un mundo secreto. Ven, que quiero enseñarte una cosa más antes de que nos volvamos.

Sami no quería que aquel tiempo que estaban compartiendo se acabase, porque nada sería igual cuando Eliana llegara. Ojalá aquel momento pudiera durar para siempre.

Llegaron a una iglesia antigua, hermosa como una joya.

–Es el Agia Kyriaki Chrysopolitissa, uno de mis lugares favoritos. A mi madre le encantaba, y siempre nos traía aquí.

–¿Sigue funcionando?

–Sí. Incluso dicen misa en inglés.

Tenía una arquitectura fascinante.

–Desprende una espiritualidad muy especial.

Él la miraba con atención.

–Esta ciudad fue bendecida cuando Pablo de Tarso la visitó en el siglo primero después de Cristo.

Sami se quedó pensativa un instante.

–Y tú fuiste bendecido teniendo una madre a la que tanto querías y que te crió.

Ric se acercó a ella.

–Ahora comprenderás mejor por qué te estoy tan agradecido por cómo quieres a nuestro hijo. Tus abuelos hicieron un trabajo

magnífico contigo.

–Pat y yo no fuimos niñas fáciles precisamente. Los pobres se ganaron con nosotras un rincón en el paraíso.

A pesar de estar envuelta en los sentimientos que despertaban esos recuerdos, era consciente al mismo tiempo de que el reloj no dejaba de marcar los segundos.

–Creo que Mara debe de estarse preguntando ya si pensamos volver.

Ric sonrió.

–Seguro que estará rezando para que no volvamos aún.

Echaron a andar hacia el coche.

–¿Tienen hijos Daimon y ella?

–Sí. Dos hijas que se casaron y viven en Nicosia. Van ellos y vienen los nietos a verlos con regularidad.

–Me alegro por ellos –miró el reloj. No podía creer cuánto tiempo llevaban fuera–. Es casi la hora de que llegue el avión de Eliana. Tenemos que darnos prisa en volver a casa.

–Tranquila, tenemos tiempo.

Ric parecía no tener prisa y Sami intentó seguir su consejo, pero estaba demasiado inquieta. En cuanto llegaron a la villa entró a por el niño. Tenerlo en brazos siempre la tranquilizaba.

Mara lo había puesto en la hamaca mientras cocinaba, y al entrar se lo encontraron con los ojitos abiertos y tan contento... hasta que vio a su padre. Entonces empezó a llorar, pidiendo que lo tomara en brazos, algo que su padre no tardó ni un segundo en hacer.

Sami se echó a reír.

–¡Menudo teatrero es! Se pone a llorar en cuanto te ve.

–Es que conoce a su papá –respondió Mara sonriendo.

–Pues su papá tiene que prepararse para ir al aeropuerto –dijo Sami–. Dámelo a mí, no vayas a llegar tarde.

Ric se lo entregó sin demasiado entusiasmo por separarse de él.

–Menos mal que todavía le gusta venirse conmigo. Temía que me hubiera olvidado al enamorarse ahora de ti.

–Sami...

–Me lo llevo arriba –respondió sin querer mirarlo a los ojos–. Gracias por todo, Mara.

–Ha sido un placer. Hace poco que ha tomado su biberón, así que tardará un rato en tener hambre. Yo diría que ahora tiene sueño.

–Perfecto. Vamos a cambiarte.

Diez minutos después se había quedado dormido. Sami iba a darse una ducha cuando Ric apareció. Estaba increíble con una camisa de seda negra y pantalones negros. El corazón le latió desaforado.

–Quería que supieras que ya me voy.

–Ah... bien... luego te veo –el miedo de lo que podía pasar le hacía titubear–. Espero que todo vaya bien.

Sin decir nada, Ric se acercó a la cuna y le acarició la cabecita al niño.

–No tardaré, tesoro mío –susurró.

–¿Qué le has llamado?

–Mi tesoro. Cuando viniste en busca de mi padre, me trajiste el mundo entero contigo, Sami.

Sus palabras la llenaron por dentro.

–También es todo mi mundo –respondió, esforzándose por que no le temblara la voz–. ¿Me das algún consejo para cuando conozca a Eliana?

Una mirada seria le cambió el rostro.

–Que seas tú misma.

Eso no le servía de mucho.

–¿Cuántos años tiene?

–Veinticinco.

Era un año menor que ella.

–¿Habéis...?

–¿Que si nos conocemos en la intimidad?

–No es asunto mío.

–La respuesta es sí.

Sami no tenía derecho a sentirse herida por sus palabras, pero el caso fue que se sintió así. Pero prefería saberlo. La ayudaba a poner las cosas en la debida perspectiva. Él era un hombre joven y sano y Eliana su prometida. Las mujeres siempre tenían tendencia a dramatizarlo todo.

Bueno, pues ella no iba a ser así. Todo el mundo sabía que la mayoría de las parejas, comprometidas o no, no esperaban al matrimonio para dormir juntos, y el hecho de que ella no se hubiera acostado con otro hombre aparte de Ric la incluía en una reducida minoría.

–Ahora voy a contestar a la otra pregunta que te estás haciendo –dijo él–. He estado también con otras mujeres a lo largo de los

años.

–Si Eliana lo sabe, a lo mejor no se siente tan herida cuando le cuentes lo nuestro.

Él bajó la mirada.

–Es una idea agradable. Pensemos eso, ¿de acuerdo?

–Ric…

–Volveré dentro de cuarenta y cinco minutos.

–Estaré preparada. ¿Qué debo ponerme?

Él la miró de la cabeza a los pies.

–Estás arrebatadora con o sin ropa. Ponte lo que te resulte más cómodo.

Cuando Ric salió de la habitación, Sami se metió en la ducha y dejó que cayera el agua sin moverse. ¿Cómo podía hablarle de ese modo estando a punto de ir a recoger a su prometida?

Ir a la isla había sido un error. Ambos habían entrado en una predisposición vacacional hasta el punto de que la noche anterior las cosas habían estado a un pelo de salirse de control. El bebé debía de ser la razón por la que ambos habían bajado la guardia. Pero una cosa era segura: no iba a volver a colocarse en una posición tan vulnerable.

Lo único que quedaba por hacer era pasar las horas que se avecinaban del mejor modo posible y después volverse a su casa al día siguiente. Había hecho lo que pretendía para que Ric pudiera disfrutar del bebé, pero ahora había que ponerle punto final. No importaba si él pretendía tener a su hijo todo el tiempo a su lado, porque eso no era posible. Reno y Génova quedaban a miles de kilómetros de distancia. Después de la boda y la luna de miel hablarían por teléfono y se pondrían de acuerdo en el régimen de visitas.

Mientras le daba vueltas a cómo iba a decirle que se marchaba se secó el pelo y se maquilló. Luego sacó del armario su traje azul marino y lo combinó con una blusa de seda en un tono más claro. El resto de la ropa que había llevado consistía en dos pares de vaqueros y camisetas, y quería presentar su mejor aspecto. Nada de cuanto había llevado era lo bastante elegante para aquel primer encuentro con una princesa, fuera cual fuera el entorno del encuentro.

Cuando estuvo lista, bajó y le pidió a Mara que estuviese atenta al bebé mientras ella salía a ver el puerto cercano para disfrutar un rato de la vista. En el fondo lo que pretendía era que Ric y Eliana

llegasen mientras ella estuviese fuera. Así él podría presentarle al niño antes de que su prometida tuviera que enfrentarse a ella.

Mara se mostró encantada con el encargo y se ofreció a darle el biberón si se despertaba. Ella le dio las gracias y salió.

El sol se había puesto hacía una hora. No tardarían en llegar. Apenas quedaba luz y hacía más fresco, pero algunos barcos aún no habían vuelto a puerto. A un lado vio un avión privado salir del aeropuerto de Paphos. En otras circunstancias aquel momento del día le habría resultado mágico, pero lo único que podía sentir era un enorme peso en el corazón.

Echó a andar por el paseo marítimo. Todo el mundo sabía que las bodas eran para la novia. Una novia tenía derecho a esperar que los días anteriores a su boda fuesen días muy especiales, y le angustiaba pensar que por su viaje a Génova en busca del abuelo de Ric la alegría de Eliana quedaría empañada por completo.

Las predicciones de Pat acudieron a su memoria.

Ni Ric ni ella podían cambiar las cosas, pero ella estaba dispuesta a quitarse de en medio para calmar a Eliana y no causar más sufrimiento. Perdida en sus pensamientos no se dio cuenta de que llevaba fuera más tiempo del que pretendía. Se había hecho de noche y subía ya las escaleras que daban acceso a la villa cuando Daimon salió a su encuentro.

–Enrico me ha pedido que viniera a buscarte.

–Quería dejarle un rato a solas para que pudiera estar con Eliana y el niño.

–Llevan ya un rato en la casa y estaba preocupado por ti.

–Vaya, lo siento. ¿Dónde están?

–En el salón de la chimenea.

Sami entró en la casa y la atravesó para llegar al salón. Al girar en la esquina los vio sentados en el sofá, él con su camisa negra y los pantalones oscuros, más guapo que nunca, con el bebé en los brazos. La cabecita se le movía aún sin control, lo cual quería decir que estaba despierto. Los dos estaban arrebatadores.

Eliana estaba sentada a su lado vestida con un magnífico traje amarillo. Toda su persona rezumaba clase y podría haber pasado por una modelo con su larga melena castaña clara.

Capítulo 6

–Hola –dijo con suavidad para anunciar su llegada.

Al oír su voz, Ric se volvió hacia ella y se levantó. A juzgar por su expresión, era cierto que estaba preocupado.

Miró a Eliana, que había vuelto la cabeza hacia ella. Unos hermosos ojos color ámbar le dedicaron una gélida mirada, pero sus facciones clásicas carecían de emoción alguna.

Eliana no sabía que no tenía nada que temer por parte de Sami. Otra cosa era el bebé, porque Ric lo adoraba sin medida y pretendía ser un padre involucrado en su crianza siempre que le fuese posible. Sami suspiró por él.

–Christine Argyle, te presento a mi prometida, la princesa Eliana Fortulezza.

Ya sabía que se casaba con un miembro de la nobleza, pero oír el título de su prometida y verla en persona por fin era harina de otro costal.

–Es un placer conocerla, princesa.

Eliana se levantó.

–*Signorina* Argyle –respondió, y se dieron la mano.

La prometida de Ric estudió a Sami sin dejar traslucir emoción alguna. Aunque Ric había sido sincero con las razones que le empujaban a casarse con Eliana, nadie podía conocer los sentimientos que ella albergaba en su corazón. Había sido educada para mantener siempre la compostura, pero ahora que se encontraban en un momento tan difícil, Sami no pudo más que admirar su mesura.

–Venid –dijo Ric–. Vamos al comedor. Nos sentaremos a la mesa a charlar.

Sami se colocó tras la alta y esbelta figura de Eliana, en cuya mano brillaba un impresionante anillo de compromiso con tres enormes diamantes.

La sillita estaba sobre la mesa. Ric colocó al niño en ella y apartó las sillas para que Eliana y ella se sentaran. Dado que el niño parecía contento, Sami se sentó sin darle un beso, no fuera a

ponerse a protestar para que volvieran a tenerlo en brazos.

Mara apareció con café y dulces. Ric le dio las gracias y la mujer salió.

–Le he contado a Eliana todo lo que ocurrió en enero –declaró Ric mirándola a los ojos.

Sami se aclaró la garganta y miró a Eliana.

–Entonces, se habrá dado usted cuenta de que cuando acudí a la comisaría hace dos días pretendía, o mejor dicho, esperaba encontrar al padre de Ric.

–Sí.

Aquello era tan doloroso para ella que solo podía imaginarse lo aturdida y dolida que tenía que estar Eliana.

–No sé cómo decirle lo mucho que siento haberle causado este sufrimiento. No tenía ni idea de que el señor Degenoli había fallecido, o de que Ric había sobrevivido a la avalancha –le tembló la voz–. Cuando perdió la consciencia, yo creí que había muerto. Ni él ni yo nos atrevimos a pensar que saldríamos de aquella tumba vivos.

–Eso me ha contado Enrico. ¿Le ha dicho él que lo llame Ric? –le preguntó en un inglés con un marcado acento italiano.

De todas las preguntas que podría haber esperado que le formulase, aquella era la última que se podía imaginar.

–Cuando me di cuenta de que no estaba sola en la oscuridad pregunté quién estaba allí, y él me contestó que Ric Degenoli. Me llevé una enorme alegría al descubrir que hablaba inglés, y yo le dije que me llamaba Sami.

–¿Sami?

–Mi padre se llamaba Samuel, y de ahí el nombre con el que me llama mi familia –inclinándose hacia delante, apoyó los antebrazos en la mesa–. Eliana, créame que no tengo intención alguna de inmiscuirme en su vida, y menos aún de estropearla. Sé que van a casarse el día de Año Nuevo. Mañana por la mañana el niño y yo nos volvemos a Reno.

Evitó mirar a Ric al decirlo.

–Una vez haya pasado la ceremonia y su luna de miel, y su vida de casados se organice, podremos hablar del régimen de visitas, pero tenga por seguro que mi vida está en Norteamérica.

La otra mujer la estudió en silencio.

–Enrico me ha dicho que hay un hombre que quiere casarse con usted.

Sami no podía reprender a Ric por contárselo todo a su prometida. La verdad y solo la verdad. Además, seguramente sería más llevadero para Eliana que pensara que Matt y ella se iban a casar, pero no podía ser porque no iba a ocurrir. Ella no estaba enamorada. En las últimas veinticuatro horas había tenido la confirmación de ello.

–Es cierto, pero he decidido no casarme con él.

Su anuncio provocó que algo se encendiera en la mirada de Ric. Eliana ni se inmutó.

–Quizás si le explicara la situación, lo entendería mejor. Era pequeña cuando mis padres murieron, y aunque adoraba a mis abuelos, siempre eché de menos no tener madre y padre, de modo que cuando Ric nació me hice una promesa: que dado que no iba a conocer a su padre, me consagraría a él para criarlo del mejor modo que estuviese a mi alcance. Durante los dos últimos meses no he pensado en otra cosa y no veo a otro hombre dándole a mi hijo el amor que se merece.

Ver cómo trataba Ric al niño lo había sentenciado todo: solo su padre le serviría.

–¿Y de qué piensa vivir?

Esa pregunta sí que se la esperaba. La prometida de Ric podía pensar que su único interés radicaba en lo que pudiera obtener de él. Había llegado el momento de desengañarla.

–¿Le ha contado Ric que estaba estudiando ya antes de viajar a Austria?

–Algo me ha dicho.

–Voy a seguir con mis estudios. Ser ingeniera informática me proporcionará unos ingresos suficientes para cuidar de mi hijo y devolver mis préstamos.

–¿Está muy endeudada?

Sami entendía que sintiera curiosidad.

–Para cuando obtenga el título seguramente deberé en torno a los cuarenta mil dólares, pero iré devolviéndolos poco a poco cuando encuentre trabajo. Tengo la suerte de asistir a una universidad en la que puedo ocuparme del niño durante el día e ir a clases nocturnas. Cuando esté de vuelta en casa, os enviaré mis horarios y lo organizaremos todo para que Ric pueda ver a su hijo cuando le sea más conveniente. ¿Alguna otra pregunta?

La otra mujer tardó unos segundos en decir:

–No.

Entonces, no había más que hablar. Bien. Ya no podía seguir sentada allí. Si a Eliana le costaba mantener la fachada íntegra no lo demostraba.

Sami se levantó sin haber probado el café.

–Si me perdonáis, voy a poner al niño en su cuna y a acostarme.

Sacó al bebé de la sillita e iba a salir cuando se detuvo.

–Me alegro de que Ric la haya traído hoy aquí para que hayamos podido conocernos, Eliana. Os deseo toda la felicidad del mundo en vuestro matrimonio.

Aunque Eliana y Ric no eran novios el pasado mes de enero, tenía la sensación de que las extrañas circunstancias de la concepción del niño habían abierto una brecha entre ellos que no se iba a poder cerrar.

–Como supongo que tendréis muchas cosas de que hablar, os deseo buenas noches.

Eliana parecía aliviada, lo mismo que ella, que se apresuró a subir a su cuarto agradecida de que aquel temido momento hubiese pasado al fin. Una vez dentro dejó al bebé en la cama mientras se desnudaba y se ponía la bata. Luego lo bañó y le dio el biberón. Necesitaba sentirlo cerca.

Recordar la mirada que Ric le había lanzado en el comedor aún le ponía los pelos de punta. Era una mirada que decía que aún no había dicho su última palabra en cuanto a lo de que se volviera a Estados Unidos. Pero a pesar de lo encariñado que estaba con el bebé, tenía que enfrentarse a la realidad. El único modo de aliviar la tensión para Sami era volver a su casa.

Se tumbó en la cama y mientras llegaba el sueño repasó en la cabeza la escena del salón. No le cabía duda de que Eliana creía que había ido a Italia con la esperanza de que el padre de Ric le pagase los gastos de la universidad, y que después al descubrir que Ric seguía vivo, las cosas se le habían puesto aún mejor. El conde poseía una fortuna y haría cualquier cosa por su hijo. Ya lo había demostrado.

Eliana ya debía de haber pensado que otra clase de hombre la habría despachado con un buen pellizco para quitarse de encima el problema y sin que nadie se enterara, pero Ric no. A él no solo le encantaba la idea de ser padre, sino que disfrutaba enormemente jugando con el niño y ocupándose de sus necesidades. No se podía fingir esa clase de sentimientos.

Eliana tenía que estar viendo un aspecto desconocido de la

personalidad de su prometido que debía de contribuir a la idea de lo maravilloso que sería como padre para los hijos que tuviesen algún día. Pero tendría que ser capaz de dejar aquel obstáculo atrás para empezar a darse cuenta de lo excepcional que era Ric.

Se dio la vuelta para el otro lado. La reunión a tres bandas había sido la única posibilidad, pero todos habían salido marcados de ella. Miró al bebé, dormidito en su cuna, ajeno a cuanto estaba ocurriendo, y unas ardientes lágrimas le rodaron por las mejillas.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, eran las diez. Tendría que darse prisa si quería disponerlo todo y salir por la tarde de Paphos.

El bebé no estaba en su cuna. Ric y Eliana debían de haber entrado para ocuparse de él. Ellos o Mara. Con el pulso acelerado se puso unos vaqueros y una blusa antes de bajar rápidamente las escaleras. Esperaba encontrarse a Ric y a Eliana en el comedor de diario, pero fue el ama de llaves quien la recibió allí.

–Buenos días, Sami. Enrico está en la piscina con el niño. Te serviré allí el desayuno.

–Gracias, Mara.

Igual que el día anterior, encontró a Ric sentado a la mesa bajo la sombrilla, pero aquella mañana iba vestido con un traje azul claro y corbata, y en lugar de leer el periódico estaba jugando con el niño, cuyas animadas respuestas le llegaron al corazón. Había un biberón vacío junto a su taza de café. Al parecer, Eliana no se había levantado aún.

Ric la vio y se levantó, la quintaesencia del aristócrata genovés. «El padre de mi hijo». Ni en cien vidas que tuviera se habría imaginado formando parte de aquella escena.

–Me alegro de que te hayas despertado ya –le dijo él–. Tenemos que hablar, y Ric te estaba buscando.

Sami se inclinó sobre su hijo.

–Yo creo que tu padre me miente para que me sienta mejor, porque me parece que te lo estabas pasando de maravilla, ¿no es así? –tomó sus manitas para besárselas, y luego siguió por los mofletes y el cuello. Después se incorporó y miró al padre–. ¿Eliana aún no se ha levantado?

–Sí. Acabo de llevarla al aeropuerto. Se ha vuelto a casa en el avión de su padre.

Sami se quedó helada.

–Siento mucho el golpe que se ha llevado, Ric –se lamentó–. La noticia ha tenido que estropearle el sueño. Siendo la boda dentro de nada, no sé cómo ha conseguido mantener la compostura.

La expresión de Ric cambió.

–Las cosas no son así –respondió, y Sami se quedó inmóvil–. La reacción de Eliana ha sido radicalmente distinta de lo que yo esperaba.

–Me imagino que te refieres al inevitable escándalo –reflexionó ella–. Sé que será horrible, pero comparado con un bebé que necesita un padre y una madre, supongo que dentro de un tiempo acabará comprendiéndolo.

–El bebé apenas tiene que ver con lo que ha pasado.

Sami frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Esta mañana temprano me ha llamado mi abogado. Ya no soy propietario del título –suspiró–. Tus palabras al respecto han resultado proféticas porque saber que ya no iba a ser condesa es lo que ha roto en mil pedazos el sueño de Eliana. Me ha exigido que lo reclame.

–¿Le has dicho que eso es imposible?

–Ella no entiende esa palabra. Y en cuanto al pequeño Ric, no tiene la más mínima intención de ser madre adoptiva de mi hijo.

–Lo dirá porque querrá tener sus propios hijos contigo.

–No si no hay un título que pase a nuestro primogénito. Su solución al problema es impensable.

Su tono de voz despertó el pánico de Sami.

–¿Qué quieres decir?

–Que no considerará ni siquiera los derechos de visita. O renuncio a Ric y no vuelvo a verlo jamás, o la boda queda cancelada. Me da hasta Nochebuena para decidirme. Mientras no hablará de ello con nadie.

Sami tragó con dificultad.

–Eso es porque todavía no es madre. De serlo, jamás te habría impuesto tal condición. Eliana no puede hablar en serio. Es el dolor lo que la empuja a hablar así. Tienes que darle tiempo. En unos cuantos días será capaz de pensar con más claridad.

–No. Está completamente lúcida ya. Hasta el verano pasado, Eliana y yo solo nos conocíamos de algunas fiestas y no teníamos relación alguna. Lo que pasó entre tú y yo no le incumbe, pero

ahora está enrabietada porque no le había hablado de ti. Le dije, eso sí, que te había estado buscando y que no te había encontrado, y que por lo tanto había dado por sentado que estabas muerta. Y aunque te hubiese encontrado, jamás me habría imaginado que podía haberte dejado embarazada.

–Yo también tuve que explicárselo todo a Matt. Cuando el médico me dijo por qué no me sentía bien, estuve a punto de desmayarme y tuve que estar tumbada un buen rato antes de poder salir de la consulta. Me habló de la dieta y las vitaminas que tenía que tomar, pero yo casi ni le oí por el susto que tenía en el cuerpo. Si no me hubiera quedado embarazada, nada de todo esto habría ocurrido –movió despacio la cabeza–. Eliana no puede saber cómo nos ha afectado la situación, y es que es muy difícil de explicar.

–Y ella no quiere que se lo explique. Lo único que le importa es el título.

–Ric... yo estoy convencida de que cuando consiga recuperar la calma, se dará cuenta de que quiere ser tu mujer sean cuales sean las circunstancias.

–En eso te equivocas. Tú no has sido educada para ser princesa, con unas metas fijas que cumplir.

Sami se cruzó de brazos.

–¿Crees que no es capaz de comprender lo que significaría para ti renunciar a tus derechos paternales con Ric?

–No quiere comprenderlo porque para ella el bebé no es el factor.

–¡Pero es tu hijo!

–Eliana creció en el mundo de su padre en blanco y negro, de modo que es producto de ese entorno. Cuando su padre se entere de lo ocurrido exigirá que reclame el título porque sus deseos están por encima de todo. Me dirá que te dé dinero para que desaparezcas con el niño del que soy padre por un absurdo accidente.

Ella se estremeció.

–Sabía desde el principio que nadie iba a creernos.

–Desde luego, Eliana no. Cuando le dije que estabas en Austria trabajando para la agencia de viajes de tu hermana, se convenció de que te pusiste manos a la obra en cuanto viste que un tal conde Degenoli estaba registrado en el hotel y que empleando malas artes te acostaste conmigo antes de que se desencadenara la avalancha y que decidimos utilizar la tragedia como coartada para encubrir nuestro flirteo.

Sami se sentó en una silla.

–La verdad es que no puedo culparla por pensar lo que piensa.

–Yo tampoco. Piensa que viniste a Italia en cuanto el bebé ha podido viajar para poder sacarme dinero. De hecho, está convencida de que solicité la renuncia al título porque tú me llamaste desde Reno y me hablaste del embarazo hace tiempo ya. Y como en ese momento ya estaba comprometido con ella, ha dado por hecho que hice las disposiciones necesarias para poder reclamar a Ric como primogénito, y por lo tanto engañándola a ella.

–Su lógica es impecable, claro. Me temo que cualquiera que oiga nuestra historia pensará lo mismo. ¿Crees que Eliana tenía hace mucho tiempo la esperanza de casarse contigo?

–No tengo ni idea –respondió, agarrándose al respaldo de una de las sillas del comedor hasta que los nudillos se le pusieron blancos–. Nuestros padres se conocían de los mismos círculos profesionales, pero no se me ocurrió conocerla a ella hasta enero de este año. En noviembre le pedí que se casara conmigo y fijamos una fecha para la boda.

–Es encantadora. No muchas mujeres se enfrentarían a una situación como la nuestra con tanta serenidad.

–Es curioso, pero ella me dijo lo mismo sobre ti.

Sami no podía mirarle.

–Desgraciadamente, si Eliana piensa que la has mentido sobre nuestro primer encuentro, es que para ella soy una amenaza. No importa cuántas veces le diga que no quiero interponerme en vuestra felicidad porque no me creerá.

–Puede que en el fondo sí que te crea y que sea precisamente eso lo que más le moleste.

–¿Por qué dices eso?

–¿De verdad no lo sabes? No todas las personas que se hayan visto atrapadas en una situación como la nuestra habrán buscado consuelo como lo hicimos nosotros.

Sami sintió una oleada de calor.

–Lo sé –admitió.

–Siguen intrigándome los sentimientos de aquel día y la razón por la que actuamos como lo hicimos. Te aseguro que mi vida no ha sido la misma desde aquella experiencia.

–La mía tampoco –confesó ella en voz baja–. Quizás fuera porque estábamos convencidos de que nuestro tiempo se acababa y los dos éramos libres para actuar sin hacerle daño a nadie. Pero

ahora no se puede decir lo mismo.
–No. Y ahora tenemos un niño maravilloso que necesita a su padre y a su madre.
Tomó al pequeño Ric en brazos sin avisar, y lo alzó en alto, riendo. Aquella felicidad era toda una revelación, lo mismo que verlo besar y acunar al niño. Trataba a su hijo como si hubiera nacido entre sus brazos.
–Pero todo ha cambiado...
–Estoy de acuerdo. Todos hemos cambiado. Anoche Eliana sintió cierta tensión entre nosotros que no pudo romper. No olvides que me besaste ayer y el día anterior, Sami.
–¡No lo he olvidado!
En la habitación del hotel de Génova su cuerpo había cobrado vida como por voluntad propia y el día anterior se habían buscado el uno al otro ciegamente después de haber acostado a Ric. Solo en el último segundo había recuperado la cordura.
La miró con atención.
–Me alegro de oírtelo decir, porque aún no vas a volverte a Reno. Dado que ya has venido hasta aquí, los tres nos vamos a quedar unos días más y a disfrutar de este tiempo juntos mientras Eliana decide qué quiere hacer. A lo mejor llega a la conclusión de que desea este matrimonio lo suficiente como para comprometerse. Supondría enfrentarse a su padre, pero le he dejado muy claras mis condiciones. Si no puedo tener a mi hijo cuando acordemos, no me casaré con ella.
Sami no podía dejar de temblar.
–Qué espanto... la pobre ha estado esperando que llegase el día de su boda desde que anunciasteis vuestro compromiso en el mes de noviembre. Contradecir los deseos de su padre para seguir adelante contigo será muy duro, Ric. Si no es lo bastante fuerte para enfrentarse a él, se verá obligada a cancelar la boda y a sufrir la humillación de anular todo lo que ya tenga organizado para una boda importante y pública como la vuestra.
–En eso te equivocas, Sami. Estando mi familia aún de luto, la boda tendrá lugar en la capilla privada del *palazzo* y asistirán solo nuestras respectivas familias. La prensa no podrá acceder. La noticia se filtrará, por supuesto, como ocurre siempre, pero no habrá sesión de fotos, ni comunicado de prensa, ni recepción oficial.
–Pobrecilla –se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¿Por qué no la has acompañado?

–Cuando anoche te marchaste le dije que la llevaría de vuelta a Génova en mi avión hoy por la mañana y que hablaríamos con sus padres los dos juntos mientras el bebé y tú os quedabais aquí, y le pareció bien. Pero cuando llegamos al aeropuerto esta mañana cambió de parecer y me dijo que primero tenía que hablar ella sola con sus padres.

Por eso llevaba traje.

–¿Por qué crees que ha preferido que no estuvieras presente al hablar con ellos? Si tú mismo les explicaras lo ocurrido, no podrían dudar de ti.

–¿Quieres la verdad? –preguntó él con voz rasposa.

–Ric... ¡si no decimos la verdad, no tendremos nada!

–Ha dado por sentado que tú y yo nos hemos estado acostando juntos desde que llegaste a Génova. Anoche me pidió que no la tocase.

Sami gimió.

–¿Significa eso que...?

–Que ella ha dormido en la otra habitación de invitados.

–¿Te ayudó ella con el bebé anoche cuando te levantaste a darle el biberón?

–Si nos oyó, no hizo acto de presencia, desde luego.

–Ha tenido que pasarlo muy mal.

Él respiró hondo.

–Hay que ver en qué alta estima la tienes.

–No soy yo la mujer que lleva meses soñando con casarse contigo. Tiene que estar destrozada. Y con todo lo que está pasando la admiro aún más por su sinceridad, por difícil que le haya resultado serlo contigo.

Ric se pasó una mano por el pelo.

–Eres una mujer extraordinaria, Sami.

–No, no lo soy... Solo me estoy dando cuenta de lo duro que os está resultando a los dos todo esto. Yo tengo una vida a la que volver, pero vosotros tenéis mucho por delante si queréis que esto funcione –se tapó la cara con las manos–. ¿Le has contado la verdad sobre nosotros?

–¿A qué te refieres?

–A que no ha habido nada de nada desde que llegué a Italia.

–Yo no diría eso –respondió él en un tono que le produjo un estremecimiento.

–¡Sabes perfectamente a qué me refiero!

–Que tú y yo no hayamos acabado en la cama no quiere decir que estemos ciegos a lo que pasa cada vez que nos acercamos el uno al otro –hizo una pausa–. Aunque le hubiera jurado que no habíamos vuelto a hacer lo que hicimos en enero, ¿crees que habría servido de algo?

Entonces suspiró ella.

–No debería haber venido.

–Eso ya lo hemos hablado –respondió él con firmeza–. Y no vuelvas a decir semejante cosa.

Sami respiró hondo.

–Tienes que volverte a Génova para estar cerca por si Eliana quiere verte. Yo me volveré a Reno en el próximo avión que salga de Paphos.

–De eso nada. Ella me ha impuesto la condición de que tú y yo nos mantengamos alejados de la ciudad hasta el día de Nochebuena.

–Ric... dime la verdad. Si no da su brazo a torcer y no hay boda, ¿qué precio tendrás que pagar aparte de renunciar a la mujer a la que habías pedido en matrimonio? Y no insultes mi inteligencia intentando decirme que no va a afectar al resto de tu vida.

Su expresión era implacable.

–Eso es asunto mío.

–¡Pero a mí me preocupa! Mi reaparición en tu mundo ha causado un daño irreparable. Si alguien debe hablar con sus padres, tendría que ser yo. Les pediré a mi hermana y a su marido que me acompañen. Ellos darán fe de lo que le conté a Eliana. Y si conseguimos convencer a sus padres de que yo no pretendía extorsionar a nadie, ni separaros a vosotros dos, es posible que te perdonen por haber tenido una debilidad totalmente humana. Ellos son padres y entenderán que quieras ver a tu hijo con regularidad. Si Eliana está dispuesta a aceptar a Ric, el matrimonio puede seguir adelante.

La sonrisa con que la miraba no se reflejaba en sus ojos.

–Tu razonamiento es impecable, Sami. Serías una abogada de primera. Pero el meollo del problema radica en mi renuncia al título. Eliana se imaginaba a sí misma como la condesa Degenoli.

–¿De verdad piensas que no podría superar eso?

–No es cuestión de ella o de sus padres. El problema es que ha entrado en conflicto consigo misma, con sus valores. Daría igual que tu familia y tú os presentaseis ante sus padres y defendierais mi inocencia porque la guerra la tiene ella dentro. Como te he dicho

antes, voy a averiguar qué es lo que de verdad le importa.

Ric era un hombre maravilloso. Un verdadero premio que a aquellas alturas Eliana debía de haber aprendido a amar por encima de todas las cosas. Pero ¿y si no era el caso? ¿Y si lo quería con restricciones?

Dado que su matrimonio era concertado, resultaba obvio que había una voz dentro de Ric que le estaba refrescando las dudas que siempre debía de haber tenido sobre ella. Se había deshecho del título en cuanto había podido, quizás a modo de prueba para ella. De hecho, cuando le había preguntado si el título suponía una carga tan insoportable para él, su respuesta no le había dejado dudas.

Ric se quitó la americana y se aflojó la corbata, casi como si no pudiera esperar a deshacerse de los corsés de la sociedad.

–Cuando me haya cambiado saldremos a dar otro paseo en barco, esta vez en una dirección distinta.

–¿Y si alguien que os conozca a Eliana y a ti nos ve?

–Si ocurriera, no importará porque quien debería saber la verdad es Eliana. A estas horas ya habrá hablado con sus padres por teléfono y si no me equivoco tendrán organizada una estrategia para enfrentarse a las habladurías en caso de que quiera cancelar nuestro compromiso. Hasta entonces, nosotros somos libres de hacer lo que queramos. Cuando llegue el momento de marcharnos de Chipre, habrás visto muchos de mis lugares favoritos.

–Dijiste que venías a trabajar. Si me vuelvo a casa, dispondrás del tiempo que necesites.

–Si puedes darme una sola buena razón...

–Aunque sea Eliana quien haya fijado las reglas de esta intolerable situación, no está bien que nosotros estemos juntos así mientras sigues comprometido.

Ric se acercó a ella.

–Creo que la verdadera razón es más profunda que eso. Lo que pasa es que tienes miedo a quedarte a solas conmigo.

Sami abrazó con más fuerza al niño.

–Mi mayor temor es que tu prometida me considere siempre una mujer inmoral. Ahora es la opinión que tiene de mí; lo he sentido aunque no me lo haya dicho con palabras. Si está dispuesta a aceptar el régimen de visitas para que vuestro matrimonio salga adelante, no quiero que me odie para siempre. Eso podría afectar al niño. Además, me duele que no me conozca tal y como soy. La verdad es que tú tampoco me conoces, Ric. Estos últimos días no

han sido de vida real. Seguimos siendo desconocidos con vidas separadas que seguiremos viviendo cuando yo me haya ido.

El silencio entre ellos se podía cortar. Fue él quien habló al final.

–Entonces, permíteme conocer a mi hijo y a su madre mejor ya que tenemos la excepcional oportunidad de disfrutar de unos días juntos. Dado que vamos a compartir el resto de nuestras vidas, ¿por qué no empezar ahora mismo? Tú quisiste que Ric conociera sus raíces italianas y viniste a Génova a buscarlas. No malgastemos el esfuerzo que has hecho. Es ya un hecho que estás aquí con nuestro hijo, y hasta que tengas que volver, disfrutemos de él. Te juro que no haré nada que tú no quieras que haga.

Si algo sabía de él, es que era fiel a su palabra.

–Llenaremos los días de risas y diversión. Hace años que no disfruto así, y me atrevo a decir que tú tampoco.

Su voz tenía un matiz distinto, como un deseo de algo, una necesidad de confiar. Entre ese sentimiento y su promesa de comportarse con ella, su lógica la derrotó una vez más.

–Tendré que decirle a mi hermana que aún no voy a volver a casa.

Un brillo de satisfacción le iluminó a Ric la mirada.

–Hay un restaurante junto al mar con unas magníficas uvas negras colgando del emparrado. No podrás resistirte. La comida la deciden ellos: taramasalata, tahini, kebab, dolmade, huevos, queso feta, pan casero y cerveza. Te encantará. Y a nuestro *piccolo*, también.

De nuevo parecía rejuvenecido. A pesar de esforzarse por no sentir nada, su excitación era contagiosa, y tenía razón en una cosa: durante el resto de su vida iban a ser los padres de Ric, y unos cuantos días más juntos servirían para conocerse mejor y aportarían armonía en el futuro.

Si era sincera tenía que admitir que ella también lo quería. Conocer a Ric le serviría para entender mejor a su hijo cuando creciera y quisiera hablar de él durante el tiempo que estuviesen separados.

Había hablado cientos de veces con sus abuelos de los padres a los que no había conocido y sin esa información su vida no habría sido tan rica. Por el bien de su hijo, debía dejar de preocuparse por Eliana y hacer acopio de cuantos más recuerdos le fuese posible durante el tiempo de que dispusieran.

Capítulo 7

Sami había buceado con tubo y aletas en el sur de California, pero nada tan excitante como aquel viaje a las cuevas submarinas de cerca del cabo de Gata. Aprovechando el buen tiempo habían ido a diferentes sitios en los últimos dos días, tiempo más que suficiente para aficionarse con locura. Acompañados de Daimon y Mara, se ocupaban por turnos del bebé y salían a nadar.

Aquella mañana habían recorrido varios acantilados en aquellas aguas claras como el cristal y Ric le había ido identificando varias especies de peces. Conocía bien aquellas aguas y había obtenido su título de submarinismo siendo un adolescente. La tarde había sido la más fresca de todas. La temperatura era suficiente para disfrutar de la cubierta del barco, pero aun llevando el traje de neopreno el agua estaba fría.

Cada vez que volvían al barco para tomar un bocado y beber, Ric le preguntaba si ya estaba cansada, pero ella contestaba que no y se preparaba para una nueva inmersión en busca de especies que no hubieran visto nunca. En aquella ocasión vieron un mújol y un banco de percas de colores. ¡Qué delicia!

Cuando volvió a sacar la cabeza del agua, el sol estaba ya bajo en el horizonte. Empezaba a estar cansada, así que le hizo entender por señas a Ric que volviesen al barco.

Apenas había dado unas brazadas cuando un pez marrón y muy feo que no había visto antes se dirigió hacia ella. Antes de que pudiese pensar qué hacer, Ric la agarró por las caderas y la apartó. Cuando llegaron a la escalerilla del barco, se quitó las gafas.

–¿Qué era eso?

Ric se quitó también las suyas y echó ambas a la cubierta.

–Has escapado por los pelos de la picadura de un peje araña. ¿Estás bien?

–Sí, perfectamente.

Se lo estaban pasando tan bien que se había olvidado de cómo era su cara con aquella expresión tan seria. Sus cuerpos se rozaron al llegarles la ola provocada por la estela de un barco que pasó un

poco más allá.

–Hace tiempo me picó uno, y, obviamente, no es mortal, pero el veneno es más fuerte que el de una avispa. Viven ocultos en la arena, y venía tan directo a por ti que casi no me da tiempo a apartarte.

Su instinto de protección le obligaba a seguir mirándola, como si no terminara de creerse que estaba bien. Y, de hecho, Sami se sentía algo frágil, pero era por su proximidad.

–Gracias por salvarme –susurró. Estando tan cerca le ardían los labios por el deseo de besarlo. Desde el amanecer hasta el ocaso se lo pasaba maravillosamente en su compañía. No había hombre más inteligente o más excitante que él.

Pero tanta proximidad había desbocado su deseo. Si se rendía a la tentación de besarle habría perdido por completo la cordura, así que haciendo acopio del autocontrol que le quedaba se dio la vuelta y empezó a subir.

Pero en la escalerilla no pudo escapar de las manos con las que él la sujetaba por las caderas. Estaría intentando ayudarla, qué duda cabía, pero la agarraba como si le costase trabajo dejarla ir. Se apoderó de su cuerpo tal debilidad que casi no pudo subir.

Menos mal que Mara y Daimon estaban allí para recibirlos y ofrecerles toallas secas, que si no, le habría demostrado a Ric que estaba en lo cierto echándose en sus brazos incapaz de resistirse.

Sin mirarle, bajó apresuradamente para quitarse el traje de neopreno, y tras darse una ducha se vistió con los pantalones y la camiseta que se había comprado días atrás en Paphos. Una vez vestida, volvió a subir dispuesta a descargar sus emociones con su hijo, pero Ric lo tenía en brazos.

Al verla, lo besó en la cabeza y se lo tendió. El bebé se acurrucó rápidamente contra su cuello.

–Te ha echado de menos –comentó el padre–. No hay nada como el amor de una madre.

–Pues a mí me parece que ya conoce también a su padre.

Su comentario le encendió a Ric una luz en la mirada.

–Creo que tienes razón –contestó, mientras se ponía el chaleco salvavidas. En el de ella se demoró un poco más que en el suyo, y su mirada le caldeó la sangre de inmediato. El deseo que sentía por él era tan palpable que tenía que estarlo notando, pero Ric seguía fiel a la palabra dada de no hacer nada que ella no quisiera que hiciese. Ese era el problema.

Cuando acabó se dirigió al timón y puso el motor en marcha, pero no volvieron directamente a casa, sino que los llevó a una taberna de pescado en la que se podía bailar y que ponía música bouzouki. La invitó a bailar, pero ella contestó que no. Ya se habían tocado lo suficiente.

A Ric no pareció importarle su rechazo. Estaba embebido en la atención que su hijo despertaba en los camareros y en el resto de los clientes. A todo el mundo se le caía la baba con aquella preciosidad de niño. Daimon y él tomaron montones de fotografías. Al ritmo que iba sacando fotos cada vez que salían, llenaría un segundo álbum en un abrir y cerrar de ojos.

Tras disfrutar de otro día feliz volvieron a casa sobre las aguas azules y tranquilas. Aparte de algunos momentos para los que no estaba preparada se sentía cómoda con Ric, ya fuera construyendo castillos de arena en una playa aislada con la compañía de su hijo, ya fuera paseando en silencio.

En el viaje de vuelta a casa fue junto a él con la excusa de proteger al niño del viento, cuando en realidad era que no le gustaba separarse de él. Lo de la noche pasada había sido aún peor. Después de bañar al niño y acostarlo una vez se hubo tomado el biberón, Ric desplegó algunos mapas sobre la mesa y le contó los planes para el día siguiente, tras lo cual desapareció de su habitación. No quería que se fuese, y había estado a punto de rogarle que se quedara. Pero eso estaba prohibido.

Y cuando se acercaban ya a la villa cayó en la cuenta de que solo tenían dos días más hasta que él tuviera que volver a Génova. De momento Ric había conseguido cumplir su promesa de tener las cosas bajo control incluyendo a Mara y Daimon en sus actividades, y deseó perversamente que le pidiera que se quedase a charlar con él un rato cuando todos los demás se hubiesen acostado ya. Aunque sabía que no sería buena idea, ser consciente de que no iba a volver a disfrutar de una noche como aquella cuando volviese a Reno le helaba la sangre en las venas.

Al cabo de varios minutos llegaron al pantalán. Ric amarró y tomó al niño en brazos y ella lo siguió con la sillita y la bolsa del bebé. Estaban ya en el salón, cerca de las escaleras, cuando una voz femenina lo llamó.

Por el rabillo del ojo, Sami vio a una estilosa morena acercarse a él vestida con un pantalón plisado blanco roto y un suéter azul pavo real. Se parecía a Ric. De no ser porque tenía al bebé en brazos, su

hermana se habría echado sobre él para abrazarlo. Una larga retahíla de palabras en italiano se escapó de sus labios. Parecía preocupada.

–Claudia, habla en inglés, *per favore*. Si hubiera sabido que venías, habría ido a buscarte. ¿Ha venido Marco también?

–No.

Los ojos de Ric brillaron de emoción lo bastante para que Sami se convenciera de que pasaba algo.

–Te presento a mi invitada, Christine Argyle.

La presentación le confirmó a Sami que era la primera vez que le hablaba de ella a su hermana; si no, habría añadido algo así como: «La mujer con la que me quedé enterrado en la avalancha».

–Encantada de conocerte –la saludó cortésmente, aunque estaba claro que quería hablar a solas con él cuanto antes.

–Sami, te presento a mi hermana, Claudia Rossi. Ella y su marido, Marco, viven cerca del palacio de la familia en Génova.

–Me alegro de conocerte, Claudia. Acabamos de llegar de bucear y estamos cansados y hechos un desastre. Como tu hermano y tú querréis hablar a solas, voy a bañar al bebé.

–Preferiría que te quedases –dijo Ric antes de que hubiera podido quitarle al niño de los brazos–. ¿Qué emergencia te ha hecho venir hasta aquí? –le preguntó a su hermana.

–Eso es precisamente lo que vengo a averiguar.

Ric frunció el ceño.

–¿Han vuelto a tener problemas Vito y Donata? Creía que les iba mejor desde que él se hizo cargo de la operatividad de la empresa.

Claudia negó con la cabeza.

–No tiene nada que ver con eso. Ayer Eliana me llamó para pedirme que saliera con ella a hacer compras de Navidad.

Ric apretó los labios.

–Así que has venido hasta aquí para hablar de mi prometida.

–Sí. Nos fuimos a cenar y le pregunté por los planes de la boda, a lo que me contestó que tú conocías mejor la respuesta a esa pregunta que ella. Acto seguido se levantó de la mesa y me dijo que tenía que irse a casa. Se marchó sin sus bolsas con lo que había comprado.

–Eliana no debería haberte involucrado en esto.

Claudia miró un instante a Sami y de nuevo a su hermano.

–No sabía qué hacer. He intentado llamarte, pero tenías el teléfono apagado. Le dije a Marco que esto era importante y

acordamos que yo vendría para ver qué está pasando.

No le sorprendía que Eliana lo hubiese enredado todo para propiciar aquella visita. Sabía perfectamente hasta dónde era capaz de llegar para crear una emergencia sin descubrir sus secretos.

Estaba claro que esperaba que fuera él quien rompiera el silencio para decirle que renunciaba a su hijo por ella y que había recuperado su título, pero como la espera empezaba a prolongarse había recurrido a otras tácticas. Metiendo a su hermana en la situación cuando había prometido no hacer nada hasta Nochebuena había cometido un error fatal.

La confianza lo era todo para Ric. Sin ella, un matrimonio podía sobrevivir, pero por razones equivocadas.

–Sentémonos, ¿quieres?

Se acomodaron alrededor de la chimenea.

–Sami y yo tenemos una historia que contarte. Una historia real.

A medida que iban desgranándole lo de la avalancha y el embarazo de Sami, la expresión de Claudia sufrió una drástica transformación.

–¿De verdad es hijo tuyo? –exclamó, estupefacta.

Era tan increíble el modo en que dos personas desesperadas se habían aferrado a la vida once meses atrás...

–Sí. Y es la alegría de mi vida. ¿Quieres tenerlo en brazos? Así reconocerás que su genética es la de un Degenoli.

Ric se acercó a su hermana y le puso al bebé en los brazos. Luego le abrió la mantita para que pudiera verlo bien. El movimiento le despertó y sus ojitos de espesas pestañas negras se abrieron despacio.

–¡Oh! Angelito...

Su exclamación nació de tan hondo que Ric y Sami se miraron.

Claudia sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

–Veo en él a toda la familia. Y también a su madre –añadió, sonriendo a Sami–. Es el bebé más adorable que he visto nunca.

En cuanto habló, el pequeño Ric se echó a llorar. Parecía no gustarle aquella voz y aquel rostro desconocido, y volvió la cabecita buscando a su padre. Ric sintió que le daba un vuelco el corazón al ver que su hijo lo necesitaba. Nunca le había oído llorar así y se apresuró a tomarlo de nuevo en los brazos. El pequeño dejó de llorar de inmediato.

Claudia se echó a reír entre las lágrimas y se levantó para poder verle mejor. Aquel bebé había hechizado ya a su hermana, que de

no haber sido por la avalancha, seguramente no habría perdido al suyo.

Pero de no haber sido por esa dichosa avalancha...

–Eliana no está dispuesta a considerar los derechos de visita.

–¿Qué?

Con aquella exclamación le bastó a Ric para saber de qué lado estaba su hermana.

–Eliana me ha pedido que renuncie a él y a mis derechos de paternidad. Me ha dado hasta el día veinticuatro para que le dé la respuesta. Si no hago lo que me pide, cancelará la boda.

Claudia cerró los ojos un minuto.

–Pues si te ha dicho eso, es que no te conoce.

Ric sintió un enorme alivio al oírle decir eso.

–Hay otra cosa más, Claudia –dijo, y le contó lo del título–. Sabes que yo siempre lo he considerado una costumbre arcaica que no debería haber existido jamás. Cuando se sepa, me granjearé un montón de enemigos, pero no me importa.

Su hermana abrió mucho los ojos.

–¿Cuánto tiempo hace que lo solicitaste?

–Después del entierro de papá. Hace dos días me llamó mi abogado para decirme que ya es oficial. Ya no soy el conde Degenoli. Nadie en nuestra familia tendrá que sufrir por causa de un título absurdo.

–¿Sabe Eliana lo que has hecho?

–Sí. Se lo conté cuando vino, pero le dije a Mario que no quería que se hiciera público hasta que Eliana y yo hayamos solventado nuestros asuntos. No quiero ponerla en una posición incómoda, ni a ella ni a su familia.

–Claro que no. Tú nunca harías tal cosa –respondió Claudia, y sin más abrazó a su hermano y de paso al bebé–. ¡Cuánto me alegro, Ric! Cuando se entere Vito, se va a sentir como un hombre nuevo. Para papá siempre fue el segundo, y siempre se ha sentido inferior a ti.

–Creo que esa es la razón de que haya tenido tantos problemas, sobre todo a partir del servicio militar. Se ha sentido permanentemente desplazado. Ahora no le quedará más remedio que revaluar sus pensamientos. Estaría bien que pudiéramos volver a ser hermanos de verdad. Al menos eso es lo que yo espero.

Claudia se colgó de su brazo.

–Desde lo de la avalancha te encuentro cambiado, pero lo que os

pasó a Sami y a ti es imposible de describir.

–Descubrir que tengo un hijo ha cambiado mi mundo. Estaba comprometido con Eliana, pero si no puedo tener a Ric en nuestra vida, no puedo casarme con ella.

–Por supuesto –su hermana miró al bebé–. Había empezado a quererla mucho y siento lo que va a sufrir, pero si ha pensado que iba a ponerme de su parte es que tampoco me conoce a mí. Daría lo que fuera por tener un hijo como Ric, aunque no fuese mío.

«Que Dios te bendiga, Claudia».

–Obligándote a elegir entre ella y tu hijo cuando no tiene por qué ser así, está cometiendo el mayor error de su vida –le temblaba la voz–. Tengo que hablar con ella en persona y hacérselo ver. A lo mejor puedo convencerla de que retrase la fecha de la boda para que pueda superar la impresión y sea capaz de pensar con claridad.

–Creo que no serviría de nada. Es el título lo que más le importa, pero eso no es posible, al menos ahora.

Si alguien podía convencer de algo a quien fuera era Claudia, pero estaba casi seguro de que ni Eliana ni su padre darían su brazo a torcer.

–¡Gracias a Dios! –exclamó, y lo besó en la mejilla–. Si me disculpáis, voy a llamar a Marco para decirle que vuelvo mañana por la mañana.

–Mientras, nosotros vamos a preparar al niño para acostarlo. Mañana desayunaremos todos juntos y te acompañaremos al aeropuerto.

Sami le deseó buenas noches a Claudia y Ric y ella salieron juntos del salón. Cuando llegaron al dormitorio y comenzaron a preparar el baño del bebé, ella lo miró.

–Tu hermana se ha emocionado mucho al tener al niño en brazos. ¿Es que no puede tener hijos?

–Sí, pero cuando la avalancha mató a mi padre, Claudia tuvo un aborto. Estaba de dos meses.

–Dios mío... debió de ser terrible para ella.

–Nuestros hijos habrían sido de la misma edad.

Sami suspiró.

–Pobrecilla. Verte a ti con un bebé que no sabías que existía ha tenido que ser un trago agridulce para ella. Necesita volver a quedarse embarazada.

–Estoy de acuerdo. El médico dice que sería lo mejor para ella, pero Marco dice que se resiste por temor a volver a perderlo.

–Pat tuvo un aborto entre sus dos hijos y pasó esos mismos temores. Es un momento muy difícil.

Ric echó agua en la barriguita del bebé, que pataleaba con tal fuerza que la sacaba toda del lavabo. Aquella criatura era un milagro. La idea de separarse de él y de la madre que lo había traído al mundo era impensable.

–He visto eso mismo en Claudia, pero esta noche todo me parecía muy lejano. Aun estoy celebrando el nacimiento de nuestro hijo y no tengo sitio para la tristeza –le besó los mofletes–. Creo que este tragoncete tiene hambre.

–Seguro. Hace una hora que tenía que haber comido. Voy a prepararle el biberón y se lo das.

–Cuando esté dormido, necesito hablar contigo en privado, fuera de la villa. Le pediré a Claudia que se ocupe de él. Entre Mara y ella lo cuidarán bien mientras nosotros nos acercamos al puerto. Es uno de los lugares más bonitos, y su mejor momento es la noche.

Sami sentía mariposas en el estómago mientras Ric conducía por la carretera costera que los llevaba al puerto. Había esperado el momento de estar a solas con él. Aquella noche estaba impresionante con un jersey de cuello redondo y vaqueros.

Mejor haría en concentrarse en el paisaje que veía pasar por la ventanilla. Turistas de todos los rincones del mundo, amantes, parejas de jubilados, adolescentes, entraban y salían de las tiendas que en un mosaico de colores celebraban la llegada de la Navidad con una excitación contagiosa. Aromas a cocina salían de los restaurantes que se alineaban frente al mar y el romanticismo de la zona recibía el espaldarazo del castillo de Paphos iluminado para celebrar la Navidad.

Ric paró el coche en un alto lejos de otros coches para que pudiera disfrutar de la vista.

–Esta fortaleza fue creada en la época de esplendor de Bizancio; luego fue reconstruida por los lusignanos, más tarde por los venecianos y por último por los otomanos. Lo que estás viendo es una de las dos torres construidas en 1222. Por desgracia, la otra quedó destruida en un terremoto.

–Estar en Chipre es como vivir en un museo arqueológico al aire libre. Gracias por haberme traído aquí, Ric –entrelazó las manos y siguió hablando–. Tengo que darte las gracias por todo lo que has

hecho por mí estos días: las excursiones en barco… te agradezco mucho las molestias que te has tomado para que estos días fuesen maravillosos.

–Yo también los he disfrutado, más de lo que te imaginas. Me ha dado tiempo para pensar en el futuro, que es de lo que quería hablarte. Nuestras vidas van a estar conectadas de ahora en adelante y creo que sería bueno que empezásemos con los trabajos preliminares.

A Sami se le aceleró el pulso de repente.

–¿Cómo vas a planear nada si no sabes aún si te vas a casar o no?

–Lo uno no tiene nada que ver con lo otro. No importa lo que ocurra entre Eliana y yo. Ric ya forma parte de mi vida, y quiero hablar sobre cómo vamos a compartir a nuestro hijo con la mayor facilidad posible.

–No hay facilidad posible, Ric, viviendo cada uno en un continente.

–Entonces quizás podamos cambiar eso.

A Sami le latía el corazón desaforado.

–¿Cómo?

–Podrías venirte a vivir a Chipre.

Sami cerró los ojos con fuerza.

–No puedes estar hablando en serio.

–Escúchame primero: Ric y tú viviríais en la villa. En la universidad de Limassol, que queda a diez minutos en helicóptero desde mi casa, imparten clases de Ingeniería Informática. Con Mara y Daimon para ayudarte podrías obtener tu título y estar con el niño el mismo tiempo que estarías con él en Reno.

–¡Yo no hablo griego!

–Con tu cabeza, no tardarías en hablarlo. Yo te ayudaría.

–Ric… no puedes estar hablando en serio.

–¿Por qué no? Si me caso, podría tomar un avión desde Génova todos los viernes por la noche después del trabajo y volver el lunes por la mañana. Tendrías tiempo para relajarte, para estudiar, para viajar… lo que quieras. Es una solución práctica para nuestro problema y así nuestro hijo podría vernos a ambos con regularidad. Traeríamos a tu familia a visitarte con frecuencia, y ni a Claudia ni a la mujer de Vito, Donata, podríamos mantenerlas lejos mucho tiempo. Donata quiere tener hijos, y cuando Vito se vea en Ric, también lo querrá.

–Y, claro, Eliana estaría encantada con el arreglo.

Estaba tan sobrecogida que su voz sonaba prácticamente irreconocible.

–Si llegamos a casarnos, podrá venir conmigo o quedarse en Génova. Como quiera.

–No lo aceptará y lo sabes.

–Pues tendrá que hacerlo. Formará parte de nuestro acuerdo nupcial.

–Es una idea absurda.

–¿Tienes otra mejor?

Los pensamientos de Sami iban a toda velocidad.

–No puedo trasladarme aquí sin más...

–¿Ni siquiera por el bien de Ric? ¿Hasta qué punto estás dispuesta a sacrificarte para darle un hogar estable con su madre y su padre?

–¡Eso no es justo!

–Podría serlo más si me permitieras correr con los gastos tuyos y de Ric para que no tengas que preocuparte por el dinero ni por los préstamos para estudiantes.

–¡Tú no eres mi marido!

–Pero soy el padre de Ric –replicó él sin inmutarse–. Mi hijo lo es todo para mí.

–¡Y para mí!

–Precisamente. Por eso nos necesitamos el uno al otro: para que esto funcione y todos seamos felices. Quiero que Ric y tú lo tengáis todo. Pasaste el embarazo sola y lo has estado criando sin ayuda, y ahora que me has encontrado y que estoy vivo, estoy dispuesto a hacer lo que sea. Ahora me toca a mí, y estoy en mi derecho como padre de Ric.

–Tu generosidad me deja sin palabras, pero lo que me pides es imposible.

–No es imposible, sino práctico. Tomar un avión una vez a la semana para ver a Ric tiene más sentido para mí que volar a Reno cada semana para poder verle, pero si no me queda otro remedio, lo haré.

–¿Cómo vas a hacer eso? –exclamó, alarmada–. Eso no sería vida para ti. No podrías atender tu empresa, y tu mujer no lo soportaría.

–Es lo que estoy dispuesto a hacer si tú no te sientes capaz de mudarte aquí. Daré más responsabilidades a Vito. Las observaciones de Claudia sobre él me han ayudado a verlo bajo otra luz.

–Pero, Ric…

–No hay peros que valgan, Sami. Después de habernos quedado atrapados y de que la vida nos diera una segunda oportunidad, ¿cómo no vamos a dar a nuestro hijo toda la felicidad que esté en nuestras manos? Si no te sientes capaz de mudarte aquí, me compraré una casa en el lago Tahoe para estar cerca de vosotros. El sitio es perfecto.

–¿Cuándo has estado allí?

–Antes de empezar la universidad, viajé a Estados Unidos con amigos. Es uno de los lagos más hermosos que he visto jamás. Compraría un barco para que Ric y yo disfrutáramos de sus aguas. Pero como te he dicho, tienes a tu disposición una casa en el Mediterráneo. Ric crecerá trilingüe, lo cual será una gran ventaja para él.

Como siempre, tenía un modo de exponerle las cosas que le resultaba imposible de rebatir. No podía discutir su lógica. Tenía los medios económicos para hacer lo que quisiera, pero se negaba a ver el mayor escollo que tenían delante.

–Hasta que no sepas lo que ha decidido Eliana, no tiene sentido seguir con esta conversación.

–En eso estoy de acuerdo. Te he dicho lo que pretendo hacer de un modo u otro, así que tienes hasta Nochebuena para decidir qué plan te gusta más.

Puso en marcha el coche y regresaron a la villa. Al volverse hacia el volante la había rozado ligeramente. Era increíble que el más mínimo roce le provocara un estremecimiento que le sacudía el cuerpo entero.

–A lo mejor Claudia consigue que Eliana vea las cosas de otro modo –dijo Sami, desesperada por encontrar un tema de conversación.

En la oscuridad del interior del coche la expresión de Ric parecía casi salvaje.

–Si para entonces mi prometida no ha sido capaz de asimilar lo ocurrido, es que no es la persona que yo creía que era.

Parecía tan distante que no pudo discernir cuáles eran sus sentimientos al respecto.

–Es posible que no sea capaz de amar si siente que he perdido atributos. Hay personas a las que les ocurre eso. Pero si haber crecido como una princesa con dinero y poder significa tanto para ella que no puede aceptar la situación, las cosas tendrán que ser

diferentes.

En ese sentido, Matt había sido maravilloso. Aunque conocer su embarazo había sido un duro golpe para él, había seguido insistiendo en su deseo de casarse con ella y de querer a su hijo. Pero eso era antes de que ella descubriera que Ric estaba vivo y que quería ver crecer a su hijo.

Si se decidía a casarse con Matt y vivir con él en Oakland, Ric se compraría una casa allí para poder estar con su hijo. Ya no había otra salida. Yendo a Génova había cambiado su destino.

–Dentro de unos días tendré mi respuesta, Sami.

Ella bajó la cabeza.

–Estoy empezando a comprender por qué te has desprendido del título. Quiero que nuestro hijo crezca con una vida normal, sin pensar que es mejor que los demás.

Él suspiró.

–Esa era la idea.

Si Eliana no le quería lo suficiente para olvidarse de su orgullo y aceptar a su hijo, no se merecía a aquel hombre. Y ella... y ella tenía que admitir que se había enamorado de él. Como una colegiala, apenas podía respirar cada vez que oía su voz o le veía entrar en una habitación.

–Ric, dime una cosa con sinceridad.

–Lo intentaré –él sonrió.

–¿Ha habido alguna otra mujer en tu pasado antes de Eliana? ¿Has querido casarte con alguna otra persona?

Él se echó a reír.

–¿Crees que alguna mujer me partió el corazón en el pasado y que ya no he querido tener nada con ninguna otra?

Sami se sonrojó. No debería haber dicho nada.

–No intentes psicoanalizarme, que no te va a servir de nada. Lo cierto es que me enamoraba de cada mujer a la que me acercaba, pero para desesperación de mis padres, no me veía casado con ninguna de ellas. ¿Y tú? –le devolvió la pregunta–. ¿Por qué no te has casado?

–Pues porque no he conocido al hombre adecuado –respondió sin dudar.

–El hombre adecuado... me pregunto si existe tal cosa.

–¿Te presionaba tu padre para que te casaras con Eliana?

–Tenía la esperanza de que así fuera, pero no –respondió–. Decidí casarme con ella por mi propia voluntad, empujado por

razones que solo me incumbían a mí.

No se esperaba oírle decir algo así, y la revelación la alcanzó con la fuerza de una avalancha. Aquello cambiaba por completo la perspectiva de las cosas. Después de decidir compartir su vida con ella, Eliana lo había desilusionado con su interés por el título y su incapacidad para aceptar a su hijo. Aquella realidad le estaba haciendo sufrir, pero lo ocultaba.

–¿Tus padres se llevaban bien?

–Para ser un matrimonio concertado les salió sorprendentemente bien. Mi padre tenía sus aventuras y mi madre miraba para otro lado.

Quizás de ahí procediera su cinismo.

–No sé qué tal les va a mis hermanos en sus respectivos matrimonios –continuó explicando–, pero los dos se casaron enamorados, aunque hace poco y las dificultades aún no han llegado. ¿Qué más quieres saber?

Habían llegado a la villa y él detuvo el coche y paró el motor.

–Lo siento si te he ofendido con mis preguntas.

–¿Ofendido? –se volvió a mirarla. La luz de la luna entraba por el parabrisas y se reflejaba en sus ojos negros–. Que tengas curiosidad me parece refrescante. Nada ha cambiado desde que nos quedamos atrapados en la avalancha porque ya entonces te encontraba refrescante. Por primera vez en mi vida estaba con una mujer que no sabía nada de mí y que no podía identificarme. Nos aceptamos el uno al otro sin ideas preconcebidas. Lo que viniera de ti era auténtico y sincero. Creo que eso fue lo que propició lo que ocurrió después entre nosotros, y ahora, después de haber pasado unos días contigo, ha dejado de ser un misterio para mí.

Para ella tampoco lo era. Pero temía que si permanecía en el coche un minuto más, acabaría confesándole su amor.

–Será mejor que entremos a ver al niño, no se haya despertado en nuestra ausencia.

–No te marches aún –le pidió él–. Mara me habría llamado si hubiera algún problema. He pensado que con esta luna llena podríamos dar un paseo por la playa. Su luz hace que el pez dólar suba a la superficie y te gustará verlo. Te he traído una chaqueta por si tienes frío.

Que Dios la ayudara, pero no quería entrar aún en la casa. Al menos caminando estaría en movimiento, porque estar allí sentados en la oscuridad era una invitación abierta a olvidar las normas y a

rogarle que la besara. Pero si hacía lo que él quería sería solo culpa suya.

–Bien, pero que no sea un paseo muy largo.

–Nos volveremos en cuanto tú me lo digas.

Recogió del asiento trasero una cazadora de cuero y se la ofreció. Bajaron del coche y ella se la puso antes de que él diese la vuelta al coche.

Dejaron atrás el puerto, muy cerca el uno del otro, pero sin tocarse. No había nadie más allí. La luna había dibujado un camino de oro sobre el agua que parecía acompañarles. Las luces de un barco parpadeaban en la distancia.

–Mira, Sami, ven.

Estaba tan imbuida en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta de que él se había detenido. Al volverse lo vio agachado cerca del agua y se acercó.

–¡Oh! ¡Pero si son exactamente como un dólar de plata!

–Les gusta ascender a la superficie de noche y bañarse a la luz de la luna.

–Qué adorables. Se diría que no tienen una sola preocupación en el mundo. A mí también me gustaría poder hacer eso. ¿Dónde están sus hijos?

Él se rio.

–La verdad, nunca me lo he preguntado. En verano nadaremos en estas aguas de noche y lo averiguaremos.

Hablaba como si su traslado a Chipre fuese ya un hecho.

–¿Pican?

–No. Son inofensivos como nuestro hijo, pero no indefensos. Si presienten el peligro, desaparecen como esos cuerpos celestiales con los que nos comparaste hace días. Es sorprendente que nuestras órbitas hayan vuelto a solaparse –la miró un instante antes de continuar–. Pero ahora puedo verte el pelo. Brilla tanto como la luz de la luna. Me sorprende que no pudiera iluminar la prisión en la que estuvimos. Una vez nos hubimos reconciliado con nuestro destino, el tiempo que pasamos juntos fue celestial, Sami. Maravilloso.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Nunca lo olvidaré. Cada vez que mire a Ric, lo recordaré.

–Eso es porque es perfecto, y para nosotros también lo fue. Me tenías hechizado, Sami.

–No me digas esas cosas, por favor, que bastante difícil es ya –le

rogó–. Volvamos a casa, y prométeme que no volverás a hablar de ello.

–Te prometí que no haría nada que tú no quisieras, pero eso no puedo prometértelo –respondió, irguiéndose. Tenía una virilidad de la que ella no podía defenderse–. Ya eres parte de mí. Nos entregamos el uno al otro y engendramos a nuestro hijo, y a partir de ahora tendremos que asimilar esa realidad. Es absurdo verlo de otro modo.

Sami se mordió el labio inferior.

–¿Y piensas que hablar de ello nos va a servir de algo?

–No.

Sin pensarlo, Sami echó a correr hacia la villa y no paró hasta llegar al dormitorio y acercarse a la cuna. El bebé dormía en paz. Y mientras estaba allí contemplándolo sintió las manos de Ric sobre sus hombros. No le había oído entrar en la habitación, y su contacto la hizo sentirse extrañamente alegre.

–He tomado una decisión –dijo él, y su aliento le rozó la sien–. Mañana por la mañana nos volvemos a Génova con Claudia. Tengo que hablar con Eliana en persona. A estas alturas ya ha tenido que tomar una decisión, y el hecho de que no haya llamado supongo que significa que no quiere seguir adelante con la boda. Me niego a seguir jugando a esto y a esperar hasta el día veinticuatro. Estate lista a las seis para salir hacia el aeropuerto.

Capítulo 8

Ric le apretó los hombros suavemente y salió del dormitorio. Sami permaneció de pie junto a la cuna un largo rato y luego comenzó a preparar el equipaje. Aun después de haberlo recogido todo, haberse puesto el pijama y haberse metido en la cama, seguía sintiendo la huella de sus manos.

No podría decir cuándo se quedó dormida, pero eran solo las tres menos diez cuando el llanto de su hijo la despertó. Encendió la lámpara y se levantó rápidamente para tomarlo en brazos. Desde su llegada a Chipre, era la primera vez que se levantaba a atenderle por la noche. Ric había reclamado para sí ese trabajo desde el primer momento. A pesar de sus esfuerzos por hacerle callar, la criatura lloraba cada vez con más fuerza. Lo dejó sobre la cama para cambiarle el pañal, y todo parecía estar correcto. Palpó su carita y su frente, pero no tenía fiebre. Mientras le ponía el pañal limpio, Ric, despeinado y con una bata marrón, entró descalzo en la habitación.

–¿Qué crees que le pasa? –parecía ansioso–. Nuestro *piccolo* nunca se despierta a estas horas.

–Puede que tenga gases.

En cuanto vio a su padre, el niño lloró todavía con más desconsuelo. Sami lo tomó de la cama y se lo puso al padre en brazos, y en cuanto lo acurrucó contra su hombro y comenzó a hablarle en italiano con toda suavidad, dejó de llorar, aunque de vez en cuando se le escapaba algún sollozo, haciéndole temblar.

Ella sonrió.

–Está claro que no hay nada que papá no pueda solucionar.

–Sami...

–Es cierto. Se siente seguro contigo. Cualquier niño querría tener un padre como tú, pero no todos tienen tanta suerte –sacó de la bolsa otro biberón–. Mientras tú se lo das, yo me voy a dormir el resto de la noche.

Apagó la luz y se metió de nuevo en la cama, dando por sentado que se acomodaría en la silla como hacía siempre, pero lo que hizo

fue rodear la cama y tumbarse al otro lado sobre la colcha para poner al bebé entre ellos.

–Seguro que está más a gusto con los dos.

«No, Ric…».

–¡Qué hambre tiene!

Desde luego. El niño estaba devorando su biberón, haciendo ruiditos que provocaron las risas de su padre.

–Después de verte comer a ti, he llegado a la conclusión de que se te parece.

–Vaya por Dios.

–No ha sido difícil de descubrir después de verte repetir tres veces de esos *mezes* del restaurante.

–La verdad es que me encanta el pescado.

–Estaba delicioso. Si Ric se cría aquí, seguro que acaba encantándole. ¿Tenéis algo así en Reno?

–¡Ni remotamente parecido y tú lo sabes! Allí es todo a base de hamburguesas y pizzas.

La idea de vivir en Chipre no se le había ido aún de la cabeza, pero no podría hacerlo. No sería justo para Eliana ni para su matrimonio.

¿Y si acababan no casándose?

Pues tampoco estaría bien, porque a ojos de todos ella sería una mantenida. Pero en Reno sería ella el cabeza de familia y él el padre que iba de visita, como cualquier pareja de divorciados. No dormirían juntos. Eso también lo tenía claro. No estaba dispuesta a convertirse en la amante de un hombre, aunque fuera el más maravilloso de la Tierra.

Estaba convencida de que su prometida daría su brazo a torcer con tal de casarse con él. Sólo necesitaba un poco más de insistencia, y estaba esperando a que Ric acudiera a su lado. Bueno, pues su plan había tenido éxito porque él había decidido acortar sus vacaciones para ir a verla. Las seis de la mañana llegarían en un abrir y cerrar de ojos.

Un sonoro eructo se oyó en la habitación y Sami sonrió.

–¿Lo has oído? ¿Por qué no lo llevas a la cuna para que puedas descansar antes de que nos tengamos que levantar?

–¿Has oído eso, *figlio mio*? Tu mamá quiere deshacerse de nosotros.

–Desde luego –mintió ella.

Sintió que el colchón se movía.

–Entonces te dejamos descansar. Pero si lo haces para estar radiante mañana, te diré que no lo necesitas.

«Sigue así y seré tuya para siempre».

A las nueve de la mañana siguiente, el avión de Ric tomaba tierra en Génova. Durante el vuelo, Sami había ido charlando con Claudia, que resultó ser una persona encantadora. Hablaron de su aborto y del nacimiento de Ric. Sami tuvo la impresión de que en otras circunstancias habrían llegado a ser amigas.

Una limusina los esperaba en el aeropuerto y, cuando iban a subir, Sami miró el capó. ¡El adorno había desaparecido!

Como el faraón que hizo borrar el nombre de Moisés de todas las columnas y documentos históricos, Ric había borrado de su vida el título nobiliario. Sus guardaespaldas ya no lo llamaban «Excelencia». Si todo aquello le complacía no dio muestras de ello. Naturalmente, tendría la cabeza puesta en el encuentro con Eliana.

–Te dejaremos a ti primero en casa, Claudia.

Pasaron muchas de las maravillas arquitectónicas de la ciudad y llegaron por fin a la casa señorial de Claudia, una de las propiedades de la familia Degenoli. Sami lo dedujo por el dibujo del marino realizado en el hierro forjado de la puerta.

Claudia abrazó a su hermano y le prometió llamarlo más tarde. Luego la abrazó a ella.

–Tengo unas ganas locas de que Marco os conozca a ti y al niño.

Sami apretó su mano un segundo.

–Te llamaré –le dijo en voz baja para que Ric no pudiera oírla, y Claudia le devolvió el apretón para confirmar que había recibido el mensaje. Tras besar al pequeño Ric en las mejillas, salió de la limusina y entró en la villa.

Ric le pidió al conductor que los llevase al *palazzo*. Debió de pedirle también que escogiera la ruta más hermosa. Avanzaban despacio por una zona que según Ric recibía el nombre de Saint Porphyrius. Los artesanos locales mostraban sus productos en la calle, y las plazas de la parte vieja de la ciudad estaban adornadas con escenas navideñas.

La limusina giró en una esquina y tomó una cuesta que conducía a un palacio de tamaño medio construido en una colina.

–¡Qué maravilla! –exclamó–. ¿Qué historia tiene?

–Los genoveses lo llaman el *Palazzo Vermiglio*. Fue construido en

el siglo XVII. Se traduce por bermellón, debido al color de su fachada.

–El color es único, desde luego. El interior tiene que ser también increíble.

–¿Te gustaría verlo?

–Hoy no, Ric. Teniendo en cuenta el motivo por el que hemos vuelto a Génova, lo último que me interesa es hacer turismo.

–Será una excepción.

Su tono risueño la despistó. Sabía que le gustaba bromear, pero aquel no era el momento.

–Ric... hablo en serio.

–Yo también.

La limusina cruzó una verja de hierro y se hizo a un lado. Cuando se detuvo, varios de los guardaespaldas de Ric abrieron las puertas y uno la ayudó a bajar con el bebé.

–Iremos primero a tu habitación –dijo él antes de pasar a hablar italiano con algunos de los presentes.

«¿Mi habitación?».

Qué tonta. No se había dado cuenta de que aquella era su casa. Pero su grandeza la había dejado muda. ¿Cuántos hombres nacidos como él, en aquellas circunstancias, considerarían deshacerse de su título? Ver dónde vivía la hizo apreciar una nueva dimensión del sufrimiento de Eliana.

El bebé seguía dormido en su sillita. Cuando le había dicho a Ric que su niño le recordaba a los príncipes de los cuentos no tenía ni idea de hasta qué punto era verdad.

–Si ya has dejado de darle vueltas a la cabeza, podemos entrar.

Los hombres se ocuparon de sus cosas para que él pudiera tomar su brazo. Atónita, Sami se dejó conducir a una puerta lateral. Allí la esperaba un hombre de mediana edad llamado Mario que hablaba un italiano muy rápido y que insistía en seguir llamando «Excelencia» a Ric.

Su anfitrión la llevó a una adornada escalera sin darle ocasión de hacer preguntas. Empezaron a subir por aquellos peldaños de mármol blanco hasta llegar al primer piso, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros y tapices. A la mitad, Mario abrió la puerta de doble hoja que daba acceso a una suntuosa suite.

–Esta es tu habitación, Sami –explicó Ric–, y al lado está la del niño.

Aquella opulencia la tenía tan obnubilada que se olvidó de

caminar, y luego tuvo que apresurarse para seguirle cuando él ya estaba en otra puerta de doble hoja. Una persona del servicio de la casa que se identificó como Sofía los estaba esperando.

Se le escapó un grito al ver las habitaciones del niño. En un lado había una exquisita cuna que debía de llevar años en la familia.

–¡Esto no puede ser real!

Una de las sonrisas que tanto le gustaban apareció en los labios de Ric.

–Te aseguro que es tan real como tú y yo. Se preparó para el primogénito del quinto conde Degenoli. ¿Le preguntamos a nuestro hijo si le gusta su nueva habitación?

Antes de que pudiera contestar, un alboroto al otro lado de la puerta le hizo darse la vuelta. Un hombre estaba interrogando a Sofía en italiano.

–¿Vito? –lo llamó Ric–. Habla en inglés, *per favore*, y pasa.

Otro italiano guapo como el demonio y de cabello negro como la noche entró en la habitación. Era de la misma estatura que Ric y sus rasgos Degenoli eran inconfundibles. Sami sintió un escalofrío al verle una cicatriz en el cuello. Le quedaba por debajo de la línea de la mandíbula, seguramente una herida de su experiencia militar.

–Vito, te presento a Sami, Christine Argyle, de Reno, Nevada. Sami, ya sabes que Vito es mi único hermano. Él y Donata viven en la otra ala del palacio.

Su hermano inclinó levemente la cabeza y la estudió de los pies a la cabeza.

–Sami es la madre de mi hijo, Ric, quien hasta ahora no se ha despertado desde que bajamos del avión.

El otro hombre parecía atónito. Miraba al bebé y a su hermano alternativamente.

–Así que es cierto lo que Claudia me dijo por teléfono anoche.

–De principio a fin.

Ric besó otra vez a su hijo y lo sacó de la sillita para ponérselo al hombro.

–Ven a verlo y se te disiparán las dudas.

Vito se acercó a mirar al bebé y no tardó en sonreír.

–Es tuyo, sin duda. A Donata le va a dar algo cuando lo vea. Hoy no se encuentra muy bien, pero luego se levantará.

–¿Quiere tenerlo en brazos? –le ofreció ella.

–¿Me está permitido?

Parecía gustarle bromear tanto como a Ric.

–Siempre que quiera. Usted y el marido de Claudia son sus únicos tíos italianos. Tiene otro, pero norteamericano, casado con la única hermana que tengo, Pat.

Vito la miró fijamente un momento más. Luego tomó al bebé y se lo puso contra el hombro como su hermano.

–¿Cómo se llama?

–Ric Argyle Degenoli.

Vito movió la cabeza.

–Quién nos lo iba a decir... monseñor Tibaldi habría dicho que Dios nos arrebató uno en la avalancha, pero nos dio otro.

–Estoy de acuerdo con que lo diría –respondió Ric–. De hecho, creo que somos los padres más sorprendidos del planeta.

–Creo que hay otra persona más sorprendida aún –replicó Vito, serio.

–Te refieres a Eliana, claro.

–¿A quién si no?

–He quedado a mediodía para hablar con ella.

Vito entregó a Sami el bebé y miró a su hermano.

–Contéstame a otra pregunta: ¿es verdad que te has deshecho del título?

–Sí. Ahora jugamos todos en la misma liga. Después de siglos, los futuros Degenoli se verán libres de esa carga.

Vito parecía no dar crédito a sus oídos.

–¿Cuándo iniciaste el proceso?

–Poco después del fallecimiento de papá, pero he tenido que pasar por un montón de papeleo.

–¿Lo sabe Eliana?

–Sí.

Vito silbó.

–Mamá siempre decía que te gustaba jugar con fuego.

–¿Acaso no jugó ella con fuego casándose con papá?

El silencio llenó la habitación un instante. Ninguno de los dos necesitó decir una palabra para saber lo que el otro estaba pensando.

Vito rompió el silencio.

–La veré más tarde, *signorina* Argyle –rozó la mejilla del bebé con el dorso de la mano y salió.

Sami se acercó a la cuna y dejó al niño. Se le habían vuelto a cerrar los ojos.

–Está precioso en esta cuna. Incluso creo que a tu hermano le ha

dado envidia.

–Son muchas las razones por las que la familia Degenoli no volverá a ser la misma.

Sami suspiró.

–¿Vas a marcharte ya?

–Cuando tú estés instalada como es debido.

–No te preocupes por mí.

–Nunca he conocido a una mujer tan fácil de complacer. Si cuando yo no esté necesitas algo, descuelga el teléfono y marca el cero. El personal te ayudará en lo que necesites.

–Gracias. Anda, deja de preocuparte por mí y ve a reunirte con tu prometida. Tengo la impresión de que la sorpresa que vas a darle pesará en tu favor.

–No hasta que no hayamos hablado tú y yo.

–¿De qué tenemos que hablar otra vez?

–He visto tu cara antes de que se marchara Vito, y ya es hora de que sepas algunas cosas de mi vida que no te he contado aún, pero lo que me espera hoy me ha hecho tomar la decisión de contártelas.

Sami frunció el ceño. Tenía la impresión de que no iba a gustarle lo que iba a escuchar.

–Vámonos a tu alcoba para no molestar al niño. Lo que tengo que contarte me llevará un rato.

Asustada por sus palabras, salió de la alcoba y Ric la siguió. Dejó la puerta entreabierta por si el niño se despertaba. Fuera lo que fuese lo que iba a contarle la había puesto nerviosa y buscó refugio en la primera silla tapizada que encontró.

Él permaneció de pie.

–El padre de Eliana es de Milán, uno de los industriales más ricos del país, que se casó con una princesa genovesa, lo cual hace de Eliana también una princesa. He pasado años conociendo a jóvenes solteras que mis padres me tenían preparadas para que eligiese. Cuando cumplí los veintiuno, les dije que no quería casarme y que dejasen de esperar algo que no iba a pasar, lo que les dejó desesperados, aunque no me tomaron en serio del todo. Antes de que mi madre falleciera, me rogó que me dejase de tonterías y que me casara con Eliana Fortulezza, que sería una esposa maravillosa y muy bonita. Me sorprendió que sintiera preferencia por ella. Como estaba muy enferma le dije que lo consideraría seriamente solo por darle paz a su espíritu, pero sin intención de planteármelo de verdad. Después de su funeral, lo aparté de mis

pensamientos.

Sami lo escuchaba atentamente.

–Habían transcurrido menos de seis meses de su muerte cuando mi padre y yo viajamos a Imst para asistir a la boda de mi primo con una austriaca de la nobleza de ese país. Yo no quería ir porque sabía que mi padre me daría la lata con mi soltería, pero el pobre tenía gripe y no quise que fuera solo. Nos hospedamos en el hotel que nos unió a ti y a mí. La boda tuvo lugar en la iglesia Maria Himmelfahrt.

–Recuerdo haberla visto cuando llegaba en el tren. Es imposible no verla.

Él asintió.

–Antes de que volviéramos a Innsbruck para tomar el vuelo de vuelta, mi padre quiso quedarse en la ciudad unos días para recuperarse. La noche antes de la avalancha me confesó que tenía problemas económicos, lo cual no me sorprendió porque años antes Vito y yo habíamos sabido por un tío nuestro de Paphos que nuestro padre era un jugador empedernido.

Sami gimió.

–Debió de ser terrible enteraros.

–Ni te lo imaginas. Teniendo en cuenta la cantidad de dinero que mi padre tenía a su alcance, se nos heló la sangre. La fortuna que la familia había reunido a lo largo de cientos de años podía ser como un manantial que no cesaba, pero si se le exprimía durante años acabaría secándose y sería la ruina de la familia –respiró hondo–. Vito y yo nos enfrentamos a él, pero mi padre se rio en nuestra cara y nos espetó que nos ocupásemos de nuestros propios asuntos. Me dijo que yo no tenía derecho a cuestionar sus actos porque el título aún no era mío, y a Vito le espetó que nunca tendría derecho a poner en tela de juicio sus acciones porque no era el primogénito. Estoy convencido de que esa respuesta fue la razón de que mi hermano se enrolase en el ejército. Estaba harto de mi padre. Ya estaba bastante afectado por el hecho de que fuese un mujeriego, y no quiso quedarse a presenciar cómo dilapidaba la fortuna de la familia. Desgraciadamente, Donata pensó que había perdido el interés por ella, pero lo que pasaba es que mi hermano se sentía tan avergonzado de mi padre, el hazmerreír de Génova, que no se sintió capaz de hablar con ella al respecto. Su silencio dañó hondamente su matrimonio, pero Donata ha seguido a su lado. Vito no es consciente de la suerte que tiene.

–Cuánto lo siento, Ric.

–Aún no sabes lo peor. Cuando le pregunté a mi padre por el alcance de sus problemas, me dijo que el padre de Eliana había liquidado algunas de sus mayores deudas. Aquello fue como una bomba para mí, porque significaba que el que hubiera necesitado la ayuda de alguien tan poderoso y rico como su padre quería decir que venía arrastrando aquellos problemas desde hacía años y que por lo tanto eran tremendos. No necesitó decirme más. La implicación estaba clara como el agua. Si me casaba con Eliana, sus deudas quedarían olvidadas.

Sami se levantó de golpe.

–¡Pero eso es horrible!

–Puede que ahora comprendas mejor mi aversión por el título y todo lo que representa. Era evidente que mi madre conocía el problema que tenía mi padre con el juego, y que por eso en su lecho de muerte me empujó de esa manera hacia Eliana. Siempre le fue leal a mi padre y de ese modo no tenía que decirme la verdad.

–Oh, Ric...

–Su confesión me revolvió el estómago. Me hirió. Y seguía sin decirme de qué cantidad de dinero estábamos hablando. Era demasiado cobarde para confesarlo, pero estaba claro que si pretendía obligarme a casarme con Eliana era porque la cantidad era astronómica. Solo que su hija obtuviera el título y las posesiones de la familia Degenoli satisfaría la deuda. Mi padre debió de ver el desprecio en mi mirada porque se vino abajo y se echó a llorar como un bebé. Nunca le había visto hacer algo así y me di cuenta de que era un hombre roto por los dos vicios que le habían esclavizado a lo largo de toda su vida. Cuando empezó a rogarme que me casara con Eliana, tuve que salir de allí.

Sami se llevó una mano a la boca, incapaz de hablar. El horror era demasiado fuerte.

–Cuando abrí la puerta para bajar, me gritó pidiéndome que se lo prometiera. Estaba a cuatro patas y parecía tan frágil como si tuviera cien años. Al final acabé diciéndole que con el tiempo acabaría casándome, pero no por él, sino por el bien de la familia. Esa fue la última vez que lo vi con vida.

Lo que le había contado era espantoso, y ella se sentía completamente inútil.

–¿Lo sabe Eliana?

–No. Su padre carece de escrúpulos cuando se trata de conseguir

sus propósitos. Dirige la vida de su hija con instinto criminal, y la ha protegido de todo porque está convencido del resultado final. Para un hombre dominado por la codicia, el dinero no es suficiente. Quería tener el título para legitimarse de una vez por todas, y yo soy el objetivo que ha perseguido desde un principio; por eso permitió que mi padre siguiera endeudándose cada vez más hasta que lo tuvo contra las cuerdas.

Sami empezó a temblar.

–¿Y qué hará cuando descubra que ya no eres conde?

–Tengo una idea bastante aproximada de cuál será su reacción. No te preocupes, que estoy preparado.

La vida de Ric estaba en peligro. Lo presentía.

–¿Y Eliana?

Él respiró hondo.

–Por desgracia, es otra víctima de la religión de su padre, cuyo dios es el dinero. Él dirige por completo su vida. Desde el mes de junio he hecho cuanto estaba en mi mano por ser complaciente con ella, preservar mi cordura y conseguir que nuestro matrimonio funcionase. Pero la inesperada muerte de mi padre puso ciertos engranajes en marcha que me obligaron a actuar con rapidez. Por supuesto no había contado con que volvería a verte en esta vida.

Otro temblor la estremeció. Si le ocurriera algo a Ric...

–Nuestra conexión emocional creó una complicación que ha tenido el mismo efecto que cuando arrojas una piedra al agua. En lugar de ponerme manos a la obra con la tarea de conocer mejor a Eliana con el fin de casarme con ella, me pasé semanas buscándote. Aunque mi padre había muerto, sabía que tendría que acabar honrando mi compromiso. Pero en todo esto hay otra verdad: que de no ser por la promesa que le hice a él, seguiría buscándote.

«Ric...». Cuando le defendía en la habitación del hotel, antes de conocer su verdadera identidad, lo había definido como el hombre más honorable que había conocido. Lo creía entonces, y lo creía ahora con toda la certeza de su alma.

–Cuando quedamos sepultados bajo la nieve, supe que mi padre había muerto. Mientras esperábamos a que llegase el fin, me di cuenta de que esa promesa nunca se cumpliría. Recé por Claudia y Vito, que quedarían a merced del padre de Eliana una vez concluyera el funeral de mi padre. No me cabía duda alguna de que se lo quitaría absolutamente todo, y que la historia de la familia aparecería en titulares por todo el país.

–Pero sobreviviste a la avalancha.

Desde entonces había estado llevando aquella pesadilla sobre los hombros, haciendo equilibrios al borde del precipicio.

La historia le había enseñado que los reinos se perdían o se ganaban al hilo de las promesas selladas con tierras y dotes. En aquel caso, el comportamiento escandaloso de su padre había dado al traste con el imperio de la familia Degenoli, y no era justo. Como él había dicho, era un sistema arcaico y perverso.

Recordó entonces el día en que le preguntó si era rico. Él había respondido con lo que ahora sabía que era un acertijo. En cuanto Eliana cancelase la boda, la familia quedaría arruinada. Y ella no podría soportarlo. Si no hubiese viajado hasta allí, nada de todo aquello habría ocurrido. Ric corría ahora un grave peligro por su culpa.

Le había dicho que tenía sus propias razones por las que pedir a Eliana en matrimonio, y ahora que las conocía, llegó a la conclusión de que tenía que abandonar el país. Si el padre de Eliana presionaba demasiado, podía ir a por lo que Ric más estimaba: su hijo.

Llegado aquel punto solo quedaba una cosa por hacer, pero primero tenía que deshacerse de Ric:

–Después de lo que me has contado, no puedo permitir que estés aquí un segundo más. Tienes que ir a ver a su padre y encontrar una solución.

Él se encogió de hombros.

–Puede que no haya nada que solucionar ahora que sabe que en la transacción ya no hay título. Ya veremos.

–Ric... tiene que haber algún modo de arreglarlo.

–Quizás. Pero ya conoces los pecados del padre y yo soy su hijo, con un hijo propio y sin título.

Podía incluso llegar a la agresión física. ¿Sería esa la razón de que Ric no diera un paso sin sus guardaespaldas?

Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin poder contenerlas.

–Daría cualquier cosa por poder ayudarte. ¿Qué vas a hacer?

–Lo que tengo que hacer –respondió él, y había tanto dolor en su mirada que se sintió rota por dentro–. ¿Y tú qué vas a hacer mientras yo esté fuera?

Aunque estuviera sufriendo, su preocupación por ella era constante.

«Finge, Sami. Que no lo adivine».

–Anoche no dormimos mucho, así que me voy a echar un rato

mientras el niño duerme. Luego llamaré a mi hermana para contarle que estoy en un auténtico palacio con un hombre que se ha negado a ser rey.

Ric respiró hondo.

–No sé cuándo volveré. Seguramente será tarde.

–Ten cuidado.

Capítulo 9

En cuanto Ric salió de la habitación, Sami sacó el móvil del bolso para llamar a su hermana. No iba a hacerle mucha gracia que la despertara a las dos de la madrugada, pero era una emergencia. Tres timbrazos bastaron.

–¿Sami?

–Siento despertarte a estas horas, Pat, pero necesito que me hagas un favor y no tengo tiempo para hablar. Aquí son las once de la mañana. ¿Podrías reservarme un vuelo que salga de Génova esta tarde o esta noche para Estados Unidos? Llámame cuando hayas hecho la reserva, por favor. Te quiero.

Colgó y se dirigió a la mesilla para usar el teléfono de la casa. Un hombre le contestó.

–¿Podría ponerme con Claudia Rossi, por favor?

–Un momento.

La hermana de Ric se puso al aparato.

–¿Sami?

–Hola, Claudia. Me alegro de hablar contigo, pero querría hacerlo en persona. ¿Crees que podríamos vernos para comer hoy? Quizás en alguno de tus restaurantes favoritos.

–Claro que sí. Te recojo en la entrada lateral. ¿Dentro de media hora te parece bien?

Claudia sabía que algo no iba bien y estaba accediendo a su petición. La abrazaría por ello.

–Perfecto. Gracias –colgó.

Dado que ya iba vestida con su traje azul marino y su blusa blanca, lo único que tenía que hacer era poner unos pañales en la bolsa del niño y la leche que pudiera necesitar durante el vuelo. No podía llevarse el equipaje. Sería un lastre. Tenía que parecer una madre que salía a pasar un rato con una amiga.

Cuando llegó el momento, puso a Ric en la sillita. Estaba a punto de salir cuando le sonó el móvil.

–¿Pat?

–Hecho. A las cinco en punto, vuelo de TransItalia para Nueva

York. Luego tomarás otro de Continental hasta Reno.

–Gracias, hermana. Ahora tengo que irme.

Salió de sus habitaciones y atravesó el magnífico vestíbulo con el bebé. Varias personas del servicio la saludaron con una inclinación de cabeza. La limusina de Claudia la esperaba en la entrada lateral. Ric seguía dormidito.

Se acomodó junto a Claudia y le preguntó en voz baja:

–¿Nos oye el chófer?

–No, a menos que conecte yo el interfono.

–Perfecto, porque necesito de tu ayuda. Tenemos que organizarlo para ir al aeropuerto sin que los guardaespaldas de Ric se enteren.

–¿Te marchas?

–Tengo que hacerlo. ¿Conoces la historia de las deudas de juego de tu padre?

–Un poco.

–Entonces tendré que contártelo todo para que lo entiendas –en breves palabras le resumió la terrible historia. Ya era hora de que la familia de Ric supiera por lo que estaba pasando y el peligro que corría–. Al enterarme de lo implacable que es el padre de Eliana he pensado que tenía que evitar que nuestro hijo pudiera convertirse en su moneda de cambio para hacer que Ric acepte lo que quiera proponerle.

–Yo tampoco lo permitiría –respondió Claudia con vehemencia–. Estás haciendo lo correcto y voy a ayudarte. Aunque Ric no vuelva a hablarme en la vida, valdrá la pena cuando sepa por qué te has marchado.

Sami le apretó la mano a Claudia.

–Ric no soportará que me haya llevado al niño, pero la situación es demasiado volátil para que yo me quede más tiempo en Italia.

–¿Sabes que Vito me ha llamado antes de que lo hicieras tú? Al saber lo de su renuncia al título, ha sumado dos más dos y quería que abandonases el palacio. Los dos estuvimos de acuerdo en que lo mejor era que no estuvieses aquí hasta que lo de Eliana se resuelva de un modo u otro.

Sami suspiró aliviada.

–¿Tienes idea de cómo podemos hacerlo? Mi vuelo sale a las cinco.

–De vez en cuando, yo también he eludido a mis guardaespaldas. Déjalo en mis manos.

Claudia presionó el interfono y le dijo algo en italiano al conductor.

–Le he dicho que nos lleve a la villa a comer y que se quede allí hasta las cinco, que es cuando debes estar de vuelta en el palacio. Pasará esa información. Cuando lleguemos a la villa, entraremos y comeremos, y luego te esconderé en la parte trasera del coche de mi secretaria. La *signora* Bertelli viene todas las mañanas a las ocho y se marcha a las tres. Los guardias no se enterarán. Ya le darás las instrucciones de camino al aeropuerto.

A Sami le dolía el corazón lo indecible, pero a pesar de ello sonrió.

–Eres brillante, Claudia.

Ric salió de Fortulezza por última vez. Sus asuntos estaban concluidos y la agonía había terminado. Todo lo que había pertenecido a la familia Degenoli, propiedades y dinero, estaba ahora en manos del padre de Eliana.

Debido a su padre, ni Vito ni él tenían trabajo, y ninguno de sus hijos disponía de un techo bajo el que guarecerse.

Al menos en Génova.

Pero se las había arreglado para salvar los bienes de su madre, que bastarían para que todos pudieran empezar una nueva vida en Chipre y ser una familia de verdad.

Era libre, en el sentido más pleno de la palabra.

El corazón le latía como el acero golpeando un yunque. En lo único que podía pensar era en Sami y en su hijo. Subió a la limusina y le pidió al conductor que lo llevase al *palazzo*. Una vez llegó a la puerta, entró a toda prisa y subió los peldaños de dos en dos para llegar al segundo piso.

–¿Sami?

Llamó a la puerta de su habitación y al no recibir respuesta abrió y volvió a llamarla. No obtuvo respuesta. Sus cosas estaban aún allí. Entró apresuradamente en la habitación de su hijo. Tampoco estaba allí. A lo mejor se lo había llevado a dar un paseo. Llamó a Mario.

–¿Has visto a nuestros invitados?

–No. La señora y el bebé se marcharon con su hermana para comer en la villa alrededor de las once y media. Que yo sepa, siguen allí.

–Gracias.

Colgó y llamó a Claudia, pero saltó el contestador. Frustrado, llamó a Carlo.

–Tengo entendido que la *signorina* Argyle y mi hijo siguen con mi hermana.

–Así es. Su hermana le dijo al chófer que la *signorina* se marcharía a las cinco para volver al palacio.

Ric miró el reloj. Eran las cuatro y media.

–No me contesta al teléfono. Hazme un favor y llama a la puerta, que necesito hablar con ella. Dile que me llame.

–*Bene*.

Un minuto después, sonó su teléfono.

–¿Claudia? Tengo entendido que Sami está contigo. ¿Quieres pasármela, por favor?

–Me temo que ya se ha marchado.

–Entonces, ¿dónde está? Yo estoy en el palacio y aquí no están.

–Mira, Ric...

La duda que percibió nítidamente en la voz de su hermana le encogió el corazón. Cuando Claudia empezaba una frase con aquellas palabras era porque temía algo.

–¿Dónde está?

–En... en el aeropuerto.

«Lo sabía».

–¿A qué hora sale su avión?

–A las cinco.

–¿Qué compañía?

–TransItalia a Nueva York. No te enfades, Ric. Tenía miedo de que el padre de Eliana pudiese intentar controlarte yendo a por tu hijo y...

–Sé exactamente cómo funciona la cabeza de Sami, pero también sé algo que ella desconoce y que todo va a salir bien, así que no te preocupes. Ya te lo contaré después.

Colgó y llamó a Carlo.

–Ve al aeropuerto y detén el vuelo de TransItalia que va a salir a las cinco para Nueva York. La *signorina* Argyle y mi hijo están en él.

–Pero... ¿cómo es posible?

–Estamos hablando de mi hermana, que se conoce todos los trucos del manual y unos pocos más. Tomaré el helicóptero y me reuniré contigo allí.

De camino al helipuerto que había detrás del palacio llamó a

Mario.

–Que el personal recoja todo lo que la *signorina* Argyle ha dejado en su suite y que lo lleven lo antes posible a mi avión.

–Por aquí, *signora*.

Una de las auxiliares de vuelo indicó a Sami un asiento junto a la ventana en la parte trasera del avión. Con tanta conmoción, Ric estaba despierto. En cuanto se sentó, lo sacó de la sillita y se lo puso sobre el pecho para acariciarle la espalda.

–Nos vamos a casa, tesoro.

Había llorado tanto que pensó que no le quedaban más lágrimas, pero los sollozos del niño se le contagiaron y volvió a llorar.

El avión se llenaba con rapidez. No se podía creer que de verdad fuesen a marcharse. Tenía la sensación de que le estaban arrancando el corazón del pecho.

Conociendo a Ric, sabía que volvería a verle, pero seguramente sería ya un hombre casado cuando dispusiese del tiempo suficiente para volar hasta Reno. Había encontrado el modo de solventar los problemas con Eliana y su padre para preservar el honor de su familia, pero entre ellos dos nada volvería a ser igual.

Imágenes de la semana que habían pasado juntos se le aparecían ante los ojos como si estuviese viendo una película, lo cual estaba siendo una verdadera tortura que llegó a su punto culminante cuando se encendió la luz que indicaba que se abrocharan los cinturones de seguridad. Aquello era el fin.

Tuvo que dejar al niño en su sillita y abrocharle el cinturón. Cuando hubieran despegado podría volver a tomarlo en brazos e intentaría consolarlo. El tercer asiento de su fila lo ocupaba un pasajero con uniforme militar de faena, que se volvió hacia ella y le sonrió.

–Hola. Soy Gary.

Un héroe de carne y hueso. No pudo evitar devolverle la sonrisa.

–Hola. Yo soy Sami. Y él es Ric.

–Es precioso.

–Gracias, pero estaría más guapo si no estuviera tan enfadado.

No pudo oír lo que el soldado le contestaba porque dos italianos trajeados que no parecían pasajeros caminaban por el pasillo hacia ella. Iban examinando a todo el pasaje.

Al acercarse, Sami reconoció a uno de ellos y contuvo el aliento.

Los guardaespaldas de Ric... se le aceleró el corazón.

Los hombres llegaron ante ella a toda prisa.

–*Signorina* Argyle, hay una irregularidad en su pasaporte. Tendrá que acompañarnos por orden del comisario.

¿El comisario Coretti estaría metido en el ajo?

El soldado abrió de par en par los ojos y luego se levantó para dejarlos pasar. Uno de ellos recogió la bolsa y otro al pequeño.

–Buena suerte –le dijo el soldado al verla pasar.

Estaba demasiado impresionada para contestar, porque detrás de los guardaespaldas había aparecido un tercer hombre. El brillo de sus ojos negros era inconfundible.

–¡Ric!

Debió de darse cuenta de que las piernas empezaban a temblarle porque de pronto se encontró en sus brazos.

–Agárrate a mí, cariño. Y no vuelvas a soltarte jamás.

–¿Qué... qué significa esto? –gimió ella.

Ric apoyó la cara en su pelo.

–Significa que soy libre para pedirte que te cases conmigo. Y como no digas que sí en este mismo instante, te garantizo un enorme montón de problemas.

Sami no tardó un segundo en darle su respuesta en forma de beso. Después de contenerse durante tanto tiempo, la necesidad que sentía de él era irrefrenable.

Los pasajeros comenzaron a aplaudir. Incluso oyó algunos silbidos. Como música de fondo oyó a su hijo llorar como un poseso, pero por una vez tenía que atender primero a sus necesidades.

–Te quiero, Enrico Alberto Degenoli decimotercero, pero eso tú lo has sabido desde el principio.

–Sami, *tesora mia*, te adoro.

Alguien carraspeó a su lado.

–Excelencia –susurró uno de sus guardaespaldas–, tenemos que bajar del avión para que pueda despegar.

Sami se rio.

–Me parece que te va a costar más de lo que te imaginabas deshacerte del título.

–Mientras no sea yo el que padezca por ello, me da igual. Y no te separes de mí...

Tres días después caminaba por el pasillo central de la iglesia de Paphos del brazo de su marido, sonriendo a los rostros de familiares y amigos queridos que habían ido hasta allí para verlos casarse. Su hijo estaba en brazos de Pat, y cuando Sami miró a su hermana tuvieron uno de esos momentos de comunicación sin palabras. Pat le lanzó un beso. Sami le devolvió una brillante sonrisa.

Las puertas de la iglesia se abrieron y dejaron entrar el sol. ¡Qué maravilloso día para una boda! Miró al guapísimo hombre con el que acababa de comprometerse de por vida. Estaba tan enamorada de él que no podía contenerse.

–Ay, Ric…

–Lo sé –le dijo él, que le había leído el pensamiento–. Yo también estoy deseando que nos quedemos solos.

–Unas cuantas fotos más, unos besos al niño, y nos vamos.

Todo el mundo los siguió fuera de la iglesia. Hubo muchos abrazos y besos, pero estaba claro que a Ric le costaba un triunfo separarse de su hijo. Sami podría sentirse celosa, pero no era así.

Por fin subieron a la parte trasera del coche y Vito los llevó al puerto, donde los esperaba el barco. Los ayudó a embarcar, abrazó a Sami y después a su hermano.

–He hablado de ello con Donata –le oyó decir–. Está encantada con la idea de que nos vengamos todos aquí.

Ric le devolvió el abrazo.

Se metieron bajo cubierta y Ric tomó la cara de su mujer en las manos.

–¿Qué te decía Vito?

–Ya te lo contaré luego. Antes quiero quitarte el vestido de novia. Parecías un ángel, Sami –le susurró antes de besarla en los labios–. Pero ¿me perdonarás si te digo que he estado deseando quitártelo desde el momento en que te he visto con él?

Ella sonrió juguetona.

–Yo también tengo que confesarte algo: llevo once meses deseando estar en los brazos del hombre que me abrazó en la avalancha. Solo nos teníamos el uno al otro y muy poco aire para respirar, pero creo que he debido de recrear ese momento cien veces.

Sus ojos ardían como ascuas cuando la llevó hasta la ca-ma, y ella lo abrazó con un amor que ya no tenía que ocultar.

Perdieron la cuenta del tiempo en su deseo de darse placer. Su amante desconocido era ahora su marido, un hombre con el que

hacer el amor le aportaba una felicidad inenarrable. Horas después salieron del camarote a la cubierta y descubrieron que se había hecho de noche.

Se sentaron y Sami se recostó sobre él.

–Umm... –ronroneó al pasarle la mano por la mejilla–. Me gusta la sensación de tu barba. ¿Sabes que me gusta todo de ti, tanto si hay luz para verlo como si no la hay?

Su risa la hizo feliz.

–No hay tanta oscuridad aquí como aquel día, porque lo que veo me hace volver a desearte. Te deseo tanto que es casi indecente.

–Entonces es que estamos hechos el uno para el otro.

–Dime una cosa –susurró él, besándola en el cuello–. ¿Te estaba tirando los tejos ese soldado?

–¿Qué soldado? –preguntó–. Ah, ¿el del avión?

–¿Conoces algún otro?

–No –Sami se rio–. Solo me dijo que Ric era precioso.

–Entonces, le perdono.

–Eres un sol... ahora háblame de los planes de Vito.

–Con el dinero en efectivo, el palacio y la villa de Claudia, la deuda que mi padre tenía con el de Eliana queda saldada.

–¿Tanto?

–El vicio de mi padre fue su perdición, pero no quiero hablar de él. La buena noticia es que Vito ha accedido a entrar en el negocio conmigo y fundar una nueva compañía marítima con lo que nos queda del legado de mi madre.

Sami le cubrió la cara de besos.

–Sé lo mucho que significa para ti estar cerca de tu hermano.

–Sé que lo sabes. Será divertido ver si somos capaces de volver a levantar el imperio Degenoli con nuestras propias manos, hombro con hombro. Mis hermanos van a comprarse su propia villa aquí en Paphos para que todos podamos vivir juntos.

–Es perfecto, pero hay una cosa que no me has contado: ¿cómo te fue con Eliana?

–Es que su padre no me permitió acercarme a ella. Cuando acabó nuestra reunión me dijo que estaba en el palacio de invierno que el príncipe Rodolfo tiene en Torino, intentando recuperarse.

–¡Es horrible!

–No lo creas. No ha sido capaz de asimilar el hecho de que tenga un hijo y no la culpo por ello. Rodolfo es su tipo y está soltero. Creo que tienen futuro juntos porque él es un príncipe. Mucho más que

un conde.

–Ric... –suspiró Sami, hundiendo la cara en su cuello.

–Pero no quiero que vuelvas a pensar en eso. Lo único que me importa eres tú. Viniste a Italia como yo esperaba que hicieras con un regalo de Navidad que me ha traído la mayor felicidad del mundo. Creo que fue mi deseo de encontrarte lo que te trajo aquí.

–Seguro. Sentía una fuerza superior a mi propia voluntad. Ric y yo te necesitamos desesperadamente.

–Entonces, demuéstramelo otra vez, Sami. Ya no podría vivir sin ti.

Tampoco ella sin él.

Tampoco ella.